

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004162304

PQ
8497
G6
P3
1966
v.2

LIBRES

Manuel
González
Prada



1848

1918



PQ
8497
G6
P3
1966
v. 2

M. González Prada

PAJINAS LIBRES

Fondo de Cultura Popular

Lima

EDICIONES CONCORDADAS 1966

LIBERTAD D'ESCRIBIR

I

Cuando ejercemos cargos concejiles, pagamos contribuciones o salimos a morir en el campo de batalla, nadie averigua nuestra manera de pensar; pero el día que emitimos francamente nuestras ideas, caemos bajo la férula de ministros, fiscales, alcaldes, prefectos, sub-prefectos, gobernadores, comisarios, alguaciles, monaquillos, curas, canónigos, obispos i arzobispos.

En el teatro nos vemos ante la **Comisión de Espectáculos**, especie de Inquisición formada por hombres ignorantes que se arrogan la facultad de poner límites a la inspiración del dramaturgo y practicar con hacha de leñatero amputaciones que necesitan bisturí de cirujano.

En el periódico no tenemos la censura previa, sino la licencia difícil i morosa, la fianza personal, la caución pecuniaria, el hisopazo del obispo, la denuncia del fiscal, el sablazo del prefecto, la mordaza del intendente i la emboscada del esbirro.

II

El **Reglamento de Teatros**, vigente desde 1849, parece redactado por doncellas que hacen su primera comunión. Para juzgarle, véase una sola muestra:

"Artículo 34.— Cuando el sensor sólo encuentra

"impropias o indignas de exhibirse una o algunas escenas, pasajes o frases de las obras, no prohibirá su representación, sino que suprimirá o sustituirá las partes sensurables, si de ellos no resultase deformidad".

Así, pues, cuando la **Junta censora** (hoy **Comisión de Espectáculos**) reciba una tragedia de Quintana, una comedia de Bretón o un drama de Echegaray, el censor de turno, ya sea leguleyo, mercachifle o boticario, tiene derecho de enmendar los yerros a un Echegaray, a un Bretón o a un Quintana.

! esa manía de alterar o mutilar obras ajenas se propaga de modo amenazante: cómicos de la legua, motilonos hasta no leer de corrido, agregan, quitan, desplazan, descomponen i componen escenas enteras; así que muchos dramas representados en Lima no serían conocidos ni por sus mismos actores.

La **Comisión de Espectáculos**, tan meticulosa en conceder **pase** a comedias erizadas de algunas púas contra Gobiernos o Congresos, contribuye más que nadie a convertir el escenario en plaza de toros al fomentar la representación de inepticias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hay ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión a los hombres públicos, i ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas o bailes de vientre. Especialistas en Coreografía, los miembros de la **Comisión** avalúan el mérito de los artistas por el diámetro de las pantorrillas, la transparencia en el calzón de punto i la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La **Comisión**, que traquea siempre a los autores nacionales como el domine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros i empresarios: a todos les considera como dependientes, subordinados o domésticos de la Municipalidad. A más

algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilman al empresario i al actor con gastos de licencia, multas i cuanta gabela cabe imaginarse. No se cuenta las entradas de favor i localidades gratis para los miembros de la **Comisión**, sus parientes i sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden a número considerable.

Por fin, en la **Comisión de Espectáculos**, todos hacen i deshacen de los edificios, como atacados de monomanía arquitectónica: uno manda condenar una puerta, otro abrir una claraboya, éste ensanchar un pasadizo, aquél bajar un techo, sin que falte alguno que ordene dorar las cornisas o poner asientos colchados para que descanse muellemente su esposa o su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorga pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel i más repugnante de los legados españoles, la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille i un Talma, quizá poseeremos antes de mucho, veinte rivales de Cúchares i Pepe Hillo.

III

Por aberración inaudita, vivimos hoy bajo la lei de Imprenta promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluido de amputarse la cola monárquica.

El Código Penal de 1862 no avanza mucho sobre la Ley Orgánica de 1823: las penas señaladas a los hombres que intenten mudar la religión del Estado escandalizarían a los menos intolerantes. Algunos ar-

títulos de tal Código parecen fragmentos arrancados a un concilio del siglo IV.

Setenta años de labor parlamentaria no han bastado para elaborar una buena Ley de Imprenta. I sobran razones para temer un retroceso el día que senadores i diputados modifiquen la Ley de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos i desastados alambiques: todo licor que destilan tiene deajo a cobre.

El escritor irreligioso no sufre hoy la pena de asistír leprosos o enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado a espatriación o arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados Gobiernos, la independencia del Jurado i el buen juicio del pueblo, sirvieron de correctivo al espíritu menguado de la Ley. No puede negarse que en el carácter nacional se encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado i aguzado por el clero, el Perú rechaza hoy la persecución religiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia de escritos contra el dogma o andan a caza de herejes i librepensadores. Parodiando a Federico el Grande, los gobernantes del Perú dejan escribir herejías con tanta libertad que les dejen cometer barbaridades. La autoridad eclesiástica da el grito de alerta para que la autoridad civil ordene la denuncia del escrito i abra juicio al autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro i menudean los latidos, para lanzar a galgo en la pista del venado.

El Gobierno toma a cuestión a cargo i despliega la autocracia de su poder, cuando se trata de escritores opositoristas i periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados: no hai voz, diario, libertad ni garantías para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes.

nes prefecturales o resiste a sufrir una depresión moral en las antecámaras de Palacio.

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taponarle la boca. I el día que se impone silencio al escritor independiente i valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el Congreso discute el ascenso de un coronel o la demarcación territorial de Chumbivilcas, mientras los diarios llenan su columna con editoriales sobre la canalización del Rímac o la colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los Gobiernos emplean el régimen de multas i depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar quinientos soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa, de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos i multas rezan sólo con los diarios independientes, o mejor dicho, semanarios, porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periodiquillos intermitentes o eventuales, algunas veces heroicos, encierran la única expresión sincera del sentimiento popular.

Hoy no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista, i la oposición comodina de uno que otro editorial se reduce a la fórmula o convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos a batalla donde se arroja plomo, sino a simulacro donde se quema pólvora.

Todos los Gobiernos, al inaugurarse, "ofrecen garantías a la emisión del pensamiento, i se congratulan de ver en la prensa o cuarto poder del Estado un co-laborador inteligente para la magna obra de la reje-nación nacional". Otorgan unos pocos meses de respiro i deshago; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso i concluyen por justificar a los ante-

riores Gobiernos. Entonces regresamos a la vida normal: en nuestro régimen político, la legalidad i la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos i los Echeniques, los Baltas i los Piérolas, los Iglesias i los Cáceres, fueron en la prensa de Perú como tiburones en el mar.

IV

Cuando faltan garantías para censurar a las autoridades, cuando en las graves cuestiones políticas, religiosas i sociales no se puede emitir libremente las ideas los hombres enmudecen o consagran toda su fuerza intelectual a discusiones insípidas, rastreras i ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual y el interés casero. El periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sin mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? Pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas i comunicados? Improperios contra el candidato que no fomenta la impresión, insolencias que revuelven la bilis, literatura de verduleras, buena para leída por meretricies. Profesión semejante concluirá por llamarse empujadora industrial de jitanos que compran a resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta i venderle por hojas sueltas.

Para elevar el espíritu de una prensa no hai remedio mejor que libertarla. El diario más libre a la vez que más instructivo i moderado se encuentra hoy en la Gran Bretaña. Cierta periódico inglés, sea cual fuere

su tinta, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concéde amplio lugar a los intereses humanos: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pujilato de dos individuos en las columnas de un periódico; i recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fue la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del panfleto soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida i ajitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden a eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios de Estados Unidos, Italia Bélgica i hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimieron nunca ni se imprimirán tal vez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; y todas las ideas, por absurdas i estrafalarias que parezcan, poseen su órgano i su público. I nadie goza de privilegio. No se hable de Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas i es republicano, i de todas las republicanas si es demócrata; pero hágase una rápida excursión a las monarquías, i se verá que ni el mismo, soberano se libra de la caricatura o del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como unidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpes que el del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, i en algunas partes reina tan mezquina i meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados a pedir la

hospitalidad de los teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea i resuelve los más arduos problemas sociales, dirige flechazos a las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas desfilan los individuos con sus propios nombres, figuran con señales tan marcadas q' todo el público sabe de quién se trata y adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario y acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres o apodos.

I ¡aquí nos hacemos cruces con la caricatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde aparecen algunas punzadas contra las autoridades i ponemos el grito en el cielo por la comedia salpimentada con una que otra alusión personal! Nos pagamos de frases huecas i sofisticadas, i creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la perogrullada de invocar "el santuario de la vida privada", hablamos de acogernos "al sagrado del hogar doméstico" i sentamos el "principio de combatir las ideas del hombre público" sin entrar en las faltas del individuo".

V

La distinción entre vida pública i privada, esa invención de los astutos para brindarse el sitio vulnerable, presenta su lado cómico, pues el individuo que se siente herido por un saetazo demanda si el tiro va lanzado contra el hombre público o el privado, no hace más que parodiar a Maître Jacques, al anfibio criado de Harpagon, cuando preguntaba socarronamente a su amo: "¿Con el cochero habla usted o con el cocinero?"

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también

ensanchamiento de la familia, i nadie, por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad i vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

Lo que irónicamente dijo Larra de la **berruga** i de la **moza** debe tomarse a lo serio, si para derribar, por ejemplo, a un mal ministro, hacer destituir a un juez prevaricador o dar en tierra con un prefecto rapaz, no se conoce medios más eficaces que cebarse en la **moza** i la **berruga**. ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? Quién sabe la psicología de ciertos individuos s'es. aplica bien con la desviación siniestra de los ojos o el arqueamiento de la espina dorsal. Las anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales. No se cura al enfermo colocándole bajo su almohada un libro de Terapéutica o Cirujía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no s'escarmienta ni se corrije a un mal hombre público regalándole el **Espíritu de las Leyes**, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

Donde l'actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hai que derrocar personas antes d'elucidar principios. ¿A qué revestirnos de mansedumbre que no poseemos? ¿A qué endulzar jesuíticamente las frases que destilan veneno? ¿A qué finjir que tiramos al aire, cuando dirijimos la flecha contra el ojo de Filipo? En vez de alusiones hipócritas i solapadas, en vez de murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal i desembozado ataque al grupo i al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven

de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo la vida se convertiría en guerra de sombras, la historia en procesión d'espectros. Cuando combaten dos ejércitos no s'entretienen en destrozarse a balazos las banderas enemigas: dirijen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

¡Qué! el agresor ¿se libra de convertirse en agredido? Quien da estocadas certeras ¿no se espone a recibir mandobles mortales. Los políticos se defenderán astuta i eficazmente, porque no usarán el ataque de los galos, que se desnudaban el pecho, sino la emboscada de los **pabellones negros** que abren su agujero en la tierra, se ocultan, i el instante menos pensado descargan el rifle a la espalda del enemigo.

Cierto, el individuo que no se injiere en las luchas políticas i vive modestamente confinado en la penumbra del hogar, puede exigir el silencio i el olvido; nadie toca, nadie tiene derecho de tocarle; pero el hombre que se lanza a la contienda pública i osadamente s'espone a la luz meridiana en calles i plazas, no debe lamentarse ni protestar al verse examinado con microscopio i descrito en sus más minuciosos rasgos intelectuales, morales i físicos: sube al escenario, i todos adquieren derecho de aplaudirle o silbarle.

I conviene no reconocer diferencia entre el político de acción i el periodista, considerándole como un político pasivo: el hombre que se instituye juez o acusador de los Gobiernos, director espiritual de las muchedumbres i propagandista o defensor de una idea, ese hombre ejerce una función pública; pertenece a todos como el actor i el político. ¿Quién ignora que la palabra elocuente de un periodista ejerce más influencia en la marcha de un estado que las leyes de un Congreso i los decretos de un Ministro? Si es mucha la acción, que sea mucha la responsabilidad. I ¿ante qué

se hará efectiva?, sólo ante la opinión pública que para fallar bien necesita conocer la vida íntima del periodista.

Se ha dicho con muchísima razón: "Los hombres que gastan su actividad en las luchas políticas i ejercen acción sobre los acontecimientos del mundo, pertenecen a la discusión i no s'escaparán con la muerte ni con el tiempo". En la historia de la Humanidad abundan exhumaciones de vidas privadas, i nadie protesta. Si juzgamos a los muertos, que no pueden defenderse ni atacarnos ¿por qué no juzgaremos de igual modo a los vivos, que tienen lengua para hablar i manos para mover la pluma i la espada?

No hai, pues, derecho de abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en el claustro i se vive como el cerdo en la pocilga. Por el contrario, todos deben allanar la casa del hipócrita para exhibirle i escarnecerle, haciendo que su castigo sirva de provechosa lección. El nombre público no queda salvo ni se reviste de carácter sagrado, por acucillarse en un rincón de su alcoba o introducir la cabeza en su vaso de noche. Porque la víbora se guarece en su nido ¿dejamos de aplastarla? Porque el tigre s'esconde en su cubil ¿dejamos de abalearle?

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes, la verdad; por lo demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad. No importa que a l'altivez i franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores: hipócritas, pero no arrepentidos, que sientan zumbiar el azote justiciero.

(VI)

Nosotros, como habitantes de verdadero limbo intelectual, nos encontramos en condiciones de recibir un rayo de luz, venga de donde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos i teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas i **Comisiones d'Espectáculos**, alentemos al escritor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, i dejemos al público frente a frente del autor para que ensalce al bueno i ejecute al malo. No tenemos la invasión de lo deforme ni el entronizamiento de lo nauseabundo i pornográfico: nuestro nivel moral no lo consiente ya, i si lo consintiera, no habría por qué lamentarnos: pueblo capaz de gozarse en la representación de un drama pornográfico i nauseabundo, recibe la obra que merece. España nos da el ejemplo: en Madrid no existe censura teatral. ¿Acaso los teatros barceloneses i madrileños se distinguen por la relajación i la licencia? Nada, pues, de leyes arcaicas i restrictivas: acudan todos, buenos i malos autores, que el tiempo depurará las obras para conocer a las buenas el lugar debido. Como en el orden físico el monstruo perece, así en el mundo intelectual lo malo desaparece en el olvido.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo

la tutela de prefectos y subprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, i sólo en caso de injuria inmerecida o de imputación calumniosa, dejemos a ofensor i ofendido batallar con el Jurado. ¿Hai algo tan ilójico i tan absurdo como penar la injuria merecida i la difamación cuando se prueba la verdad del hecho imputado? Si llamamos estafador al estafador, falsario al falsario i asesino al asesino, aparte de no decir más que la verdad, practicamos la buena acción de informar a los hombres honrados para que se guarden i precaven del estafador, del falsario i del asesino. ¡Cómol, un ladrón me desvalija en una calle pública, cien testigos presencian el acto, la justicia impone una pena al delincuente, la sentencia se publica en los diarios, i yo no puedo afirmar con la pluma que mi ladrón es un ladrón. Se dirá que el delincuente de ayer puede ser hoi un hombre honrado; posible, i en ese caso le queda la misma prensa donde se le difama para manifestar su arrepentimiento i su corrección. El sólo hecho de considerarse a la difamación como un delito, manifiesta que las leyes sociales se fundan en la hipocresía, ¿Que las cosas son dadas muchas veces en provecho de los bribones? ¿Qué puede temer de la injuria o de imputación calumniosa el honrado? ¿Qué puede temer la persona honrada? El buen nombre es una usurpación si no se funda en la verdad; si se funda en ella no hai miedo de perderlo, porque si pueden llamarme ladrón dejaría de ser honrado. Porque si el médico me llama tuberculoso ¿tengo yo los pulmones llenos de microbios?

¿Por qué autorizar la injerencia del Clero en cosas de imprenta? ¿Por qué reconocer en el Código penal delitos i faltas contra la Religión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el Ca-

tecismo de Perseverancia ¿por qué no castigamos también al teólogo que en sus panegíricos infrinje el **Arte de Hablar**? Pecado contra pecado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, **Jurados mixtos**; i si un obispo denuncia un folioteo contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la Gramática.

El Estado, al infligir penas por los delitos religiosos, se arroga el derecho de fallar en asuntos que no conoce ni le competen. ¿Cómo sabe que la religión católica es la única verdadera? Al afirmarlo implícitamente con sus leyes, se convierte en Concilio ecuménico, falla ex-cátedra y se infiere en cuestiones resueltas por alguien más competente que el Estado —la Ciencia. A más, cuando se pena al hereje i al incrédulo, se corre el peligro de herir a la parte más esclarecida de la sociedad, a la que sabe i piensa. Aunque la Iglesia fragüe leyendas sobre la vida i la muerte de sus enemigos, el dictado de hereje, en lugar de significar vergüenza i oprobio, sirve de timbre glorioso para designar al hombre que desea ver con sus ojos y caminar con sus pies.

Muchos apolojistas de la secta romana ven un milagro patente de la divina Providencia en el establecimiento, propagación i persistencia del Catolicismo. ¿Por qué tanto miedo entonces a la libertad de imprenta i a la propaganda irreligiosa? ¿Temen acaso los buenos creyentes que con el simple artículo de un hereje la divina Providencia varíe de convicción i cese de continuar el milagro?

Con la libertad de imprenta se concede al Catolicismo una ocasión magnífica para confundir a sus detractores, afianzar su triunfo i más que todo justificar

sus jactancias, porque no hai mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo argüir ni por vencido al combatiente que no tuvo arena para luchar. Si la Religión católica se llama luz ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza ¿por qué rehuye el combate? Si verdad ¿por qué se asusta con el error?

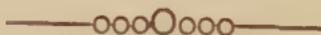
Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballeros a sabios i filósofos, pero observan la buena preocupación de cortar las manos al paladín que intenta recojerlo. La Iglesia comprende mui bien su precaria situación i no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta luz en candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de mediana pluma para destripar su Firmamento de **baudruche**. De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresar ni tan intolerante como una Religión en las postrimerías de su existencia. Surabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado de carbones ardientes.

En ningún tiempo ni en ningún país convino más la libertad d'escribir que hoi en las naciones sud-americanas. Las ideas muertas i enterradas ya en Europa, renacen para cundir i dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces i con distintos nombres, las falanjes retrógradas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia i el Perú mismo, les sirven de fortalezas i cuarteles jenerales. La última batalla contra lo viejo i lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable i tenaz, porque las preocupaciones religiosas se parecen a los bueyes de la **Odisea**, que muertos i asados mujen.

A todas horas i en todas partes se clama por la regeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en Constitución de parada, mientras el último

de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas o no disfrute de garantías para encararse con el poder i fustigarle por las concusiones, las ilegalidades i las injusticias.

Hai hombres civilizados que logran atrofiar la cabeza de los vivos, como los Guambizas del Morona consiguen reducir a pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra **Lei de Imprenta**, los peruanos concluiremos por llevar en los hombros la cabeza de un mono microcéfalo.



PROPAGANDA Y ATAQUE

I

Vicio capital de la literatura peruana, la fraseología. Tómese un diario i recórrase el editorial: ¿qué se encuentra? palabras. Tómese un semanario i léase las composiciones en verso: ¿qué se encuentra? palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras i palabras!

Padecemos de logomanía o logomaquia i deberíamos realizar el proyecto, concebido por Saint-Just, de imitar a los lacedemonios i fundar un premio de laconismo. Sí, laconismo, no para convertir el idioma en jerga telegráfica, sino para encerrar en el menor número de palabras el mayor número de ideas; no para dilucidar las cuestiones en una simple jaculatoria de cinco líneas, sino para conceder al pensamiento el desarrollo conveniente i a la frase la extensión indispensable: podemos ser ditusos en una línea y concisos en un volumen.

Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo i hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso i ancho: el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Entre la indecisión i vaguedad de la turbamulta, se delínean dos grupos de escritores: unos que hablan a lo Sancho Panza, con idiotismos, dicharachos i re-

franes; otros que s'espresan a lo don Quijote, solemnemente, en clausulones altisonantes i enrevesados.

Tenemos jerigonza judicial, jerigonza universitaria, **jerigonza periodística**, jerigonza criolla-arcaica, en fin, todas las jerigonzas que dicen al idioma como las erupciones cutáneas a la piel. Todo hay, menos el estilo franco i leal que precise la fisonomía del individuo, que diferencia al hombre de los otros hombres, que encierre la manifestación exacta del yo. Todo hai, menos el lenguaje claro i sustancioso, con la virtud del agua i del pan, no cansar.

No surge una personalidad eminente que seduzca i se imponga, lo que es un bien i un mal: un bien, porque toda eminencia literaria induce a imitación i ahoga la libre iniciativa del individuo; un mal, porque **no habiendo superioridades, la falsificamos i nos convertimos en adoradores de medianías i mediocridades.**

Los viejos se repiten o se esterilizan, los jóvenes no se estereotipan aún con rasgos definidos i claros. Muerto Althaus, paralítico i moribundo Salaverry, espatriado Arnaldo Márquez, tal vez por carecer aquí de aire i espacio ¿quién nos queda? Sin embargo, naciones desdeñadas por nosotros poseen hoy un Montalvo i un Llina, un prosador i un poeta.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: a organismo raquítrico, sangre anémica. ¿I cómo pensaremos bien si todavía respiramos en atmósfera de la Edad Media, si en nuestra educación giramos alrededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos espeler el virus teológico, heredado de los españoles?

Hasta en los cerebros con presunción de sanos reina espantosa confusión, pues las ideas más diver-

jentes i divorciadas cohabitan en amigable consorcio. No se pida lójica: soneto que se abre con apóstrofe racionalista se cierra con declaraciones de fe; discurso con exordio en favor de Darwin lleva peroración en defensa del Génesis. Para concebir algo semejante al desorden estrambótico de nuestra verbosidad incoercible, imagínese la promiscuidad de un ejército en derrota, o el revoltijo después de un incendio: por la boca de un costal repleto con los comestibles de una bodega i las alhajas de una joyería, brotan en visible confusión, nabos i rubíes, garbanzos i brillantes, roscas de morcilla i collares de perlas.

Predomina el catolicismo liberal o liberalismo católico. Periodistas i literatos arrojan a un solo molde el **Syllabus** i la **Declaración de los derechos del hombre**. Adoran en dos altares, como ciertas mujeres consagran al rezo la mitad del día i al amor libre la otra mitad. Olvidan que el liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria: organismos con alas de pájaro i cuerpo de reptil, seres que hoi vuelan i mañana rastrean.

Muchos, con aire de emprender el décimotercio trabajo de Hércules, cojen la pluma i disertan horas de horas sobre libertad de cultos, sobre cementerios laicos i especialmente sobre los dos tesoros de su arca santa, el **patronato nacional** i el **exequatur**; pero cuando se ofrece aceptar los principios de la Ciencia positiva i aplicar sus lójicas i tremendas conclusiones, cuando llega la ocasión de blandir el hacha para dar el golpe recio, entonces retroceden espantados, i ¡adiós décimotercio trabajo de Hércules!

Los escritos de nuestros más audaces liberales parecen orjías bajo la cúpula de una catedral: entre cho-

que de vasos, vapores de vino i gritos blasfemos, s'es-
cucha de cuando en cuando el resoplido del órgano, la
interminable salmodia de fraile soñoliento i el chispo-
roteo de velas hisopeadas con agua bendita.

En fin, el diagnóstico de la literatura peruana se
resume en una línea: congestión de palabras, anemia
de ideas.

Inténtese hablar al pueblo de sus intereses i fá-
cilmente comprenderá que si antes se hizo todo con
él, pero en beneficio de unos cuantos, llega la hora
que él haga todo por sí i en beneficio propio. Al escri-
tor le cumple abrir los ojos de las muchedumbres i a-
leccionarlas para que no las coja desprevenidas el gran
movimiento de liquidación social que se inicia hoi en
las naciones más civilizadas.

Harto se habló a la Humanidad de sus obligacio-
nes, para que se recuerde ya de sus derechos. ¡Abaja
esas mentiras convencionales de **respeto** i **resignación**!
Todas las antiguallas respetadas, aunque no respetar-
bles, sirvieron de cómplices a la tiranía relijiosa, polí-
tica i social. Consideramos el trascurso de siglos co-
mo una sanción, cuando, por el contrario, los errores
más antiguos merecen más odic i guerra más implaca-
ble, porque más tiempo engañaron al hombre i más
perjuicios le causaron. Abramos bien los ojos i veremos
claro: veremos que muchos individuos nos "parecen
colosos porque al medirnos con ellos nos arrodillamos"
veremos que respetamos hoi como sagradas las abo-
minaciones que nosotros mismos consagramos ayer, ve-
remos que nos conducimos como el niño que vuelve
sus espaldas a la bujía i s'espanta con la gigantesca pro-
yección de su propia sombra.

Esa palabra **resignación**, inventada por los astutos
que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes
que sufren iniquidades i atropellos, debe desaparecer

de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía en el oprimido. Quitamos al poderoso algo de su poder, al rico algo de su riqueza, i veremos si conocen i preconizan la **resignación**. La Tierra produce aún los frutos necesarios para alimentar holgadamente a la Humanidad, continúa siendo para sus hijos la madre de fecundas i preñadas ubres, i si hai hambre i miseria en unos mientras hai hartazgo i riqueza en otros, es porque el hambriento i el miserable, en lugar de rebelarse i combatir, se resignan cristianamente a sufrir su desventurada suerte.

Basta ya de compensaciones celestes i d'esperanzas ilusorias en una justicia sobrehumana, basta de narcóticos i derivados que desalientan para l'acción, rebajan la enerjía i convierten al hombre en la eterna víctima del hombre. Nadie se halla en la obligación de sufrir para que otros gocen, de ayunar para que otros coman, de morir para que otros vivan. Por el contrario, los desheredados tienen derecho de usar todos los medios para sustraerse a su desgraciada condición. ¿Por qué desmayar de hambre a las puertas del festín, si violentando la entrada se consigue manjar i sitio para todos? Los despojos sociales nacieron de la violencia, se fundan en la violencia más o menos solapada, i combatirlos violentamente es ejercer el derecho de contes-
tar a la fuerza con la fuerza.

El **respeto** i la **resignación** pueden haber llenado el martirolojio romano i el cielo; pero sólo el irrespeto i la rebeldía conquistaron la Naturaleza i cubrieron de dolores el camino de la Humanidad. Un solo acto de rebeldía suele producir más bienes a la especie humana que todas las **resignaciones** i todos los **respetos**. Donde irradia un foco de luz, donde se derrumba una preocupación o un error, donde surge algo que sublima el pensamiento i ensancha el corazón, estemos seguros

que ahí corrieron el sudor i la sangre de algún irrespetuoso i de algún rebelde.

¿A quién le cumple más que al escritor la indisciplina i la insumisión? El debe marchar siempre a la cabeza de los insumisos e indisciplinados, tan ejeno a los aduladores del Poder como a los cortesanos de la muchedumbre. Para demandar justicia no aguarda hora propicia ni ocasión favorable, sino que la exige siempre en todo lugar, principalmente cuando se corre peligro al demandarla i cuando todos tiemblan i callan. I en esto se diferencia del político.

Los políticos de profesión, los que se desvelan por ganarse prosélitos, hablan siempre con atenuaciones, circunloquios i estratagemas, mientras que el hombre verdaderamente libre lanza el pensamiento en su más cruda integridad, sin que le importe nada herir los intereses de las clases acomodadas ni sublevar la cólera de agrupaciones ignorantes i fanáticas.

II

Muchos pueblos al sufrir un descalabro, guardan la fuerza d'elasticidad suficiente para regresar al punto de la caída. Nosotros, vencidos por Chile, permanecemos colados al suelo como sustancia glutinosa.

Da grima ver el apego senil al camino trillado, el culto sin disidentes a la diosa rutina, el respeto servil a hombres huecos e instituciones apolilladas, a mitos aéreos i entidades metafísicas. En tanto que nuestros vecinos marchan al trote o a la carga, nosotros no sabemos de marcar el paso.

Aquí no vivimos como hermanos, a la sombra del mismo techo, respirando el mismo ambiente i amando

las mismas cosas, sino disputándonos un rayo de Sol, como jitanos en feria; tratando d'engañarnos sórdidamente, como tahures en mesa de garito; odiándonos interiormente con el rencor implacable de oprimidos i opresores.

A juicio de Bolívar, "no hai buena fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía i la vida un tormento". En el Perú de hoi, no existe honradez privada ni pública: todo se viola i pisotea cínicamente, desde la palabra de honor hasta el documento suscrito. La vida política se funda en fraude, concusión i mentira; la vida social se resume en la modorra egoísta, cuando no en la guerra defensiva contra envidia, calumnia i rapacidad del vecino.

En todo país civilizado funcionan grupos homogéneos o, cuando menos, se bosquejan embriones de partidos con sus hombres i sus credos: nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianzas de vientre. No poseemos elementos individuales que reunir en un cuerpo solidario i compacto, porque los ciudadanos útiles i probos esquivan la lucha, se sustraen a l'acción i viven acurrucados en el carapacho de su yo. El malo triunfa i manda, hace i deshace, mientras el bueno resume su filosofía en cuatro palabras: tranquilidad en la digestión.

¿Qué tenemos? En el Gobierno, manotadas inconsistentes o remedos de movimientos libres; en el Poder judicial, venalidades i prevaricatos; en el Congreso, ríñas grotesca sin arranques de valor i discusiones soporíferas sin chispa d'elocuencia; en el pueblo, carencia de fe porque en ninguno se cree ya, egoísmo de nieve porque a nadie se ama i conformidad musulmana porque nada s'espera. Pueblo, Congreso, Poder Judicial i

Gobierno, todo fermenta i despide un enervante olor a mediocridad. Abunda la pequeñez en todo: pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios i crímenes.

El escritor no s'exime del envilecimiento jeneral. ¿Dónde la boca libre que hable a las multitudes como se las debe hablar? ¿Qué publicista rompe la mordaza de oro? ¿Qué poeta truena con la cólera enjendrada por el odio al malo? El escritor que paladea la miel de un cargo público, enmudece o aplaude; el diarista que inútilmente husmea las migajas del erario nacional, vocifera i ataca: con rarísimas excepciones, sólo hai cortesanos rastrosos u opositores despechados. Los que distribuyen la propina i marchan, como ídolos de la India, contemplando a sus pies una muchedumbre de creyentes arrodillados, esos saben lo que significan las reverencias del periodista en el editorial, las congratulaciones del profesor en el discurso universitario i las lágrimas del poeta en la corona fúnebre.

Como profesamos un liberalismo a flor de piel, como nos hicimos al grillete del colono, ignoramos hacia dónde tenemos que ir i no acertamos ni a mover los pies con desembarazo. La independencía nos abrumba, como una montaña de plomo. Se decía que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, regresan a revolotear i picar en derredor de la jaula. Siguiendo la tradición de los autores cortesanos que elejían sus Mecenas entre los duques i los marqueses, nosotros mendigamos patrocinio i renta de Gobiernos, Congresos i Municipalidades. A la mendicidad de los individuos responde la mendicidad colectiva: las sociedades libres demandan subvenciones i carácter oficial. Somos los hermanos mendicantes de la Ciencia i de la Literatura.

Mas, sería mui aventurado afirmar que nuestra

miseria social venga exclusivamente de la guerra con Chile: cierto, la derrota apoca, pone en relieve todos los vicios del vencido, infunde gran desaliento en los ánimos, pero no cambia súbdita i radicalmente el modo de ser de una sociedad; una conquista duradera u ocupación secular es una inoculación, una guerra de pocos años es una simple sangría. Podremos estar anémicos, mas ¿por qué agangrenados? Lo natural habría sido que, pasada la guerra, hubiera **venido** la reacción.

Cunde hasta el servilismo internacional: las agrupaciones literarias i científicas tienden a convertirse en academias correspondientes de las reales academias españolas. Literatos, abogados i médicos, vuelven los ojos a España en l'actividad vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados i maestros literatos, se pavonean con las medallas o emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban i crecían con la librea del amo.

En resumen, hoy el Perú es organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus.

III

Ardua tarea corresponde al escritor llamado a contrarrestar el influjo del mar político: su obra tiene q' ser de propaganda i ataque. Tal vez no vivimos en condiciones de intentar l'acción colectiva, sino el esfuerzo individual i solitario, acaso no se requiere tanto el libro como el folleto, el periódico i la hoja suelta. Pero actúase personal o colectivamente, de nada serviría la más fogosa propaganda si no viniera simultáneamente con el ataque decidido a política i políticos.

¿Qué fué nuestra política. El arte de gobernar a los hombres como se gobierna una máquina o un rebaño. ¿Qué nuestros políticos?, sindicato de ambiciones malas donde por una selección invertida predominaron como flor i nata al médico sin clientela, el banquero en liquidación, el periodista sin suscritores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el ingeniero sin contratos, el militar sin hojas de servicio i señaladamente el abogado sin pleitos.

Por el rodadero de la política bajó todo a corromperse en charco cenagoso i pútrido. Las más preciosas discusiones de forma i de palabras, cuando no en riñas de intereses individuales o de camarilla. ¿Qué sacamos de todas nuestras divagaciones bizantinas? ¿Qué de todos nuestros panfletos berberiscos? ¿Qué libertades conquistamos, después de las consignadas en las primeras Constituciones? Sacudimos la tutela de los Virreyes i vejamos bajo la tiranía de los militares, de modo que nuestra verdadera forma de gobierno es el **Caporalismo**. Emancipamos al esclavo negro para sustituirlo con el esclavo amarillo, el chino. El substratum nacional o el Indio permanece como en tiempo de la dominación española: envuelto en la misma ignorancia i abatido por la misma servidumbre, pues si no siente la vara del Corredor, jimebajo la férula de l'autoridad' o del hacendado; si no paga tributo en oro, da contribución en carne; si no muere en la mina, sucumbe en los campos de batalla. Hasta vamos haciendo el milagro de matar en él lo que rara vez muere en el hombre: la esperanza. La historia nacional se resume en pocas líneas: muchas reformas políticas en ciernes adelantos sociales casi ninguno, es decir, estancamiento; porque la civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos i la ilustración de unos cuantos, sino por el bienestar común i el nivel intelectual de las masas.

I sin embargo, la política resume todo el ideal de la juventud. Salidos apenas de las universidades ¡qué!, hasta en los bancos del colejio, los adolescentes refrenan sus arranques de libertad, se adaptan a las pequeñeces del **medio** i adquieren todos los refinamientos i malicias del cortesano envejecido con la adulación i la mentira. No les pidamos el noble sentimiento de independendencia, nada de lo que en otros países constituye el patrimonio de las almas recién abiertas a la conciencia de la vida. Su físico mismo les caracteriza: la humildad del semblante, la curvatura del cuerpo, la sumisa inflexión de la voz, denuncian al hombre destinado a momificarse bajo la piel de un senador, de un ministro, de un juez o de un merecido empleado. Que la política no se diferencia de la magistratura ni de l'Administración o empleomanía i parasitismo: del cargo público se sale a la política, i de la política se vuelve al cargo público, de manera que los tres poderes públicos deben ser considerados como talleres donde se fabrica el artefacto nacional: el empleado. Como hubo castas en Indias i **maestrías** en la Edad media, así hai en el Perú familias de presupuestívoros o empleados por herencia secular. Para esas familias toda profesión, toda carrera, toda industria son estaciones para llegar a la Caja Fiscal. Hombres que en artes, ciencias o industrias hubieran dejado una huella luminosa, malograron sus buenas cualidades i en lo mejor de la vida se hicieron inválidos de la inteligencia. A las puertas del Congreso, de Palacio i de las oficinas públicas, debíamos repetir las lamentaciones del poeta inglés en el cementerio de un'aldea.

Si la política es el mal, si el político es el enemigo ha de concluirse que el escritor viva encerrado en sí mismo, ajeno a las evoluciones de su país, como ser caído de un astro superior? Por escluirse un hombre de la

política ¿deja de verse influido i arrastrado por los acontecimientos? Cuando un partido retrógrado invade el Poder i promulga leyes restrictivas de la libertad de imprenta ¿no sufre daño directo el escritor? Quien vive cerca de un pantano, lejos de querer prescindir de los miasmas, trata de aplicar el drenaje a las aguas detenidas. Aún más, aunque un hombre se libre de un perjuicio ¿no le sufren los otros? Por un egoísmo cobarde i frío ¿dejaremos desencadenarse el aluvión porque arrastra al vecino sin amenazarnos a nosotros?. Si algo debe lamentar el hombre que siempre manejó una pluma es no haber consagrado los mejores años de su vida a colaborar en una obra de rejeberación social, i si de algo puede congratularse i enorgullecerse un escritor es de haber emitido una idea fecunda, estirpado un error o introducido un rayo de luz en algún cerebro nublado por las preocupaciones de casta i secta. "Cuando empecé a escribir, dice Zola, tuve un extraordinario "desprecio de la política... Eso que era en mí la opinión simplista de un poeta exasperado, se me figura "hoi la cosa más pueril : más imbécil... La política se "me ha presentado como lo que es en realidad, como "el enardecido campo donde se lucha la vida de las naciones, donde se siembra la historia de los pueblos "para las futuras cosechas de verdad i de justicia. He "comprendido que los espíritus más elevados pueden "evolucionar ahí, realizando la mejor de las tareas: el "bien de los otros".

Si alguien tiene obligación i derecho de inmiscuirse en las discusiones políticas, es el escritor, no para quedar oscurecido i anulado en ellas, sino para iluminarlas i ensancharlas; no para defender una legalidad de convención i mentira, sino para descorrer anchos horizontes de justicia; no para divagar sobre interpretaciones de leyes o subsistencia de formas tradicionales i

pueriles, sino para elevar las cuestiones políticas al rango de cuestiones sociales. Sereno entre el desencadenamiento de las malas pasiones i de los bajos instintos, indiferente a los cambios personales que no entrañan reformas provechosas a las muchedumbres, el escritor defiende al oprimido contra el opresor; en las horas de más envilecimiento de los pueblos i de tiranía de los poderes hace oír una voz humanidad i de justicia. El político de profesión es soldado que en la humareda del combate no ve más allá del estrecho círculo que le rodea; el escritor es viajero que desde una eminencia sigue las evoluciones de los ejércitos i prevé mejor el resultado final de la batalla. ..

Nada tan mezquino de miras como un hombre eternamente confinado en la política. Si fiel a su partido se ajita en órbita de microbio, no concibe nada más allá de su grupo i realiza una obra de interés personal o d'egoísmo; cuando no, rencores i venganzas; s'infidel a sus correligionarios, va de agrupación en agrupación ejerciendo el ignominioso papel de tráfuga i mero deador público. Hasta el gran estadista, el modelo de jenerosidad i nobleza, el prototipo de las llamadas virtudes cívicas, descubre algo irreductible i maquinal que infunde antipatía: es siempre el hombre del **buen éxito**, de la **cosa juzgada** i de la razón d'Estado. Sacerdote laico, todo lo sacrifica en aras del Dios-Estado, como el clérigo católico lo inmola todo en holocausto del Dios-Iglesia. Aunque se jacte de librepensador i ateo, es el peor fanático de la peor de todas las religiones, pues tiene su Gran Fetiche en el Estado, su Papa en el Jefe del Poder Ejecutivo, su Concilio ecuménico en el Parlamento, sus Santos Padres en la Magistratura, su Biblia en la Constitución i las leyes.

Por eso, cuando se intenta amenguar el mérito de un escritor diciendo: ese hombre no es político, tra-

dúzcase en esta frase que implica un'alabanza. Ese hombre es a la política como el bisturí a la carne fungosa, como el desinfectante al microbio.

En compendio: el escritor debe inferirse en la política para desacreditarla, disolverla i destruirla.

Sí, los políticos son los verdaderos enemigos, i con ellos se necesita, no sólo el ataque jeneral i en globo, sino la espargacion individual para cojerles uno por uno i practicar una viviseccion moral. Sí, la política es el mal, i toda propaganda debe tender a utilizar en provecho de las reformas sociales todas las fuerzas desperdiciadas nei en luchas i divagaciones políticas.

Aunque se escandalicen los adoradores de mitos i de fraseologías tradicionales, conviene prescindir de cuestiones sobre fundamentos del Estado i principios del Gobierno i repetir con un verdadero pensador: cualquier Gobierno, con la mayor suma de garantías individuales i lo menos posible de acción administrativa. Al comparar las garantías que el **súbdito** inglés disfruta en la Gran Bretaña con las vejaciones que el **ciudadano** sufre en el Perú, se comprende que las formas de Gobierno nada o muy poco significan para la libertad del individuo. ¿Qué vale más: habitar en una autocracia rejida por un Marco Aurelio o en una república gobernada por un Cáceres o un Pérola?

Hai que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento i de su miseria; nunca se verificó escelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto. ¿Por qué asustarse o escandalizarse? Cuanto se diga ¿no lo palpan nacionales i extranjeros? La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco.

Pero de nada serviría revolcar siempre a la Nación en su propio lodo i enconarla noche i día sus llagas, si al mismo tiempo no se levanta el espíritu de las mu-

chudumbres que rastrean en la costa, si ni se sacude con rudeza brutal a esos hombres señolientos que perdurablemente cabecotan en las faldas de la Gran Cordillera, si no se da continuas descargas eléctricas al organismo amenazado de parálisis. Se necesita herir i punzar a las multitudes, no por el malévolo prurito de ofenderlas i exasperarlas, sino por el jeneroso deseo de estimularlas para el bien i enardecer el coraje para l'acción. Nada temamos que mui pocos oigan i entiendan; cuando vibra una voz sincera i franca, los más ignorantes paran el oído i escuchan. Lo que se toma por insuficiencia de las **masas** para comprender las ideas, debe llamarse impotencia del escritor para darse a entender. Si el tecnicismo i las demostraciones particulares de la Ciencia figuran como letra muerta para el ignorante o no iniciado, las conclusiones capitales ofrecen tanta claridad i sencillez que los entienden los cerebros de instrucción más rudimentaria. ¿Se requiere haber estudiado a fondo Astronomía para comprender que la Tierra se mueve al rededor del Sol? ¿Se requiere haber estudiado a fondo Historia Natural para comprender que entre el hombre i los animales superiores no median diferencias inexplicables? ¿Se requiere haber estudiado a fondo sociología para comprender que la personalidad humana es sagrada i que todos poseen derecho a su parte de aire, de luz i de vida? ¿Fueron grandes teólogos todos los hombres que siguieron la predicación de Lutero? ¿Fueron grandes sociólogos los soldados de Cronwell i los voluntarios de la Revolución francesa?

Quien no se deja comprender, no sabe expresarse: el arte de la elocuencia depende mucho de saber colocarse al nivel intelectual de su auditorio. "Quién desprecia la multitud desprecia la Razón misma, desde que la juzga incapaz de comunicarse i hacerse oír; por

"el contrario, sólo es verdadera filosofía la que se cree
"nacida para todos y profesa que todos nacieron para
"la más elevada verdad" i deben tener su parte della
"como del Sol".

CUARTA PARTE VÍCTOR HUGO

I

Víctor Hugo ha muerto. El poeta del Siglo, el eco sonoro colocado en el centro de nuestra sociedad, acaba d'estinguirse.

Para escribir la vida del ilustre muerto se necesitaría comprender la historia literaria de nuestro siglo. Lo que un autor francés afirmaba de Sainte-Beuve debe con más razón aplicarse a Víctor Hugo: "Ningún hombre de su época se rozó con mayor número de ideas". Ninguno, tal vez, realizó con la pluma prodigios mayores: él destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo i convirtió en campo de batalla la república literaria del siglo XIX.

Su nombre, como el **Islam i Sangre** de los mahometanos o el **Santiago i Sierra España** de las huestes castellanas, repercutía como grito de combate. Cuando el cuerno d'Hernani resonaba, todos los espíritus independientes se apercibía a luchar, porque el romanticismo francés, que había empezado con Chateaubriand por una exaltación algo mística i algo monárquica, se fué modificando con Víctor Hugo hasta significar emancipación del pensamiento, quiere decir, libertad en la Ciencia, en el Arte i en la Literatura.

Siempre que Víctor Hugo quiso levantar su voz de bronce, todos guardaron silencio para recoger las palabras i entregarlas a los vientos de la Tierra. Los escritores de su tiempo le apostrofaban como Dante a Virjilio: "Tú eres el guía, el señor i el maestro".

Aunque los naturalistas pretenden derivarse de Stendhal i Balzac, revelan a cada paso la filiación romántica, dejan ver que avanzan en la inmensa trocha montada por la hacha de Víctor Hugo. Zola, en sus continuos arranques de mal humor, había de seguir involuntariamente el impulso del **Maestro** i no poderse quitar el penacho romántico.

Ser traducido al español, inglés, italiano, alemán, griego i ruso, saliendo a luz lo mismo en París que en Madrid, Londres, Roma, Berlín, Atenas y Sampetersburgo, sólo él lo consiguió. En todas partes se introdujo a dominar, a imponerse. ¿Qué literatura no conserva hoy huellas de imitación romántica? (1).

II

Víctor María Hugo nació en Besancon el 26 de febrero de 1802, i fueron sus padres el Jeneral José Leopoldo Sejisberto Hugo, hijo de un carpintero de Nancy (2), y Sofía Francisca Trébuchet, hija de un armador de Nantes. Vivió, pues, más de ochenta i tres años, viendo desaparecer a los principales autores de su tiempo: A. de Musset, Vigny, Lamartine, Sainte-Beuve, Dumas, George Sand, etc., a sus hermanos Eujenio i Abel, a su hija Leopaldina, a su esposa i a sus hijos Carlos i Francisco. De sus descendientes le quedaban, su hija Adela, encerrada desde 1872 en una casa de locos, i sus nietos Jorge i Juana.

Hijo de un soldado que hoy atravesaba los Alpes mañana los Pirineos, Víctor Hugo, a las seis semanas

(1).— Catulle Mendes, *La Légende du Parnasse contemporaine*, págs 24 y 25.

(2).— E. Fournier.— *Souvenirs poétiques de l'école romantique*, E. Biré.— Víctor Hugo avant 1830.

de nacido, fué llevado por sus padres a Marsella, i después siguió residiendo en Córcega, la Isla de Elba, París, Turín, Florencia, Roma, Nápoles i Madrid, donde permaneció en el Colegio de Nobles desde principios de 1811 hasta la Primavera de 1812.

A los diez años empezaba ya a escribir sin conocer la métrica, a los doce componía sus primeras versas consagrados a Orlando, i de los trece a los dieciséis, no sólo había escrito innumerables composiciones, tanto originales como traducidas del latín o imitadas de Ossian, sino un poema sobre el diluvio, el cuento **Rug Jarqal** la tragedia **Itamano**, la comedia **De algo sirve el acaso**, el melodrama **Inés de Castro**, etc. A los quince años obtuvo una mención en el concurso de la Academia francesa, i a los dieciocho ganó el título de maestro en los Juegos florales de Tolosa. Chateaubriand le llamaba con justicia "el niño sublime".

Desde fines de 1818 hasta principios de 1821 colaboró asiduamente en el **Conservador Literario**, periódico bimensual, fundado por él i sus hermanos. Sus escritos del **Conservador** se distinguen por el subido tinte monárquico, religioso i hasta clásico.

En 1822 dió a luz con el título de **Odas i Poesías diversas** su primera colección de versos i obtuvo de Luis XVIII una pensión anual de 1,000 francos i contrajo matrimonio con Adela Foucher, la virgen celebrada en el libro V de las **Odas**, la esposa ofendida i glorificada en los **Cantos del Crepúsculo**.

De 1823 hasta 1830 inclusive, publicó **Hon de Islandia** (1823), **Nuevas Odas** (1824), la reedición esplanada de **Buc Jarqal** (1826), **Odas i Baladas** (1826), **Cromwell** (1827), las **Orientales** (1829), el **Ultimo día de un condenado a muerte** (1829), **Marion de Lorme** (1829), i **Hernani** (1830). Estas obras levantaron una tempestad de aplausos i recriminaciones.

El profecto de **Cromwell** produjo tanta resonancia,

que alguien le llamo el **Decálogo romántico**. La primera representación **d'Hernani** se convirtió en la encarnizada lucha de dos partidos, en el Waterloo de la clásica tragedia francesa. Con la obra de Victor Hugo se impuso el drama romántico, rematándose la campaña empezada por Alejandro Dumas con **Enrique III** i por Alfred de Vigny con la traducción de **Otelo**. Como los veteranos del Imperio s'enorgullecían de haber peleado en Austerlitz, así los viejos románticos se vanagloriaban de haber asistido a la tornada **d'Hernani**. "Esa noche di che Théopile Gautier, decidió de nuesta vida" (3).

En aquella época, antes de los treinta años, Victor Hugo había inspirado ya el odio implacable que Byron infundió en ciertos meticulosos espíritus de Inglaterra i el amor llevado al delirio que Goethe despertó en algunas nobles almas de Alemania. Si no faltó quien l'execrara como el Atila de la Literatura, hubo también hombre acometidos de hugolatría. Refiere Théopile Gautier que al ser presentado a Victor Hugo por Petrus Borel i Gérard de Nerval le faltó poco para desmayarse como Ester en presencia de Asuero. Lo que más le sorprendía en Victor Hugo era "la frente monumental, de simplicidad i belleza sobrehumanas, frente digna de llevar la corona de un Dios o un César" (1).

De 1830 en adelante la fecundidad de Victor Hugo raya en asombrosa; como Lope de Vega y Goethe, lo abarca todo, lo emprende todo i lo puede todo. Cuando los demás incuban una estrofa o un canto, él produce un poema o un libro. Unos brillan como poetas líricos, otros como épicos o dramáticos; pero él se

(3). — Histoire du romantisme.

destaca sobre todos como el poeta único i de una pieza. Todo lo canta, desde la concha del Océano hasta el musgo de las montañas, desde el sapo hasta la estrella, i desde el amor que hace morir hasta el odio que hace matar. Vuela como el cóndor i trabaja como la hormiga. Asombra con la intensidad i extensión de su vida: no se abruma con la faena diaria, no siente la impotencia de la vejez, i por más de medio siglo publica volúmenes tras volúmenes que vienen al campo de la literatura francesa como creciente inundación de un Nilo inagotable.

III

Su obra, semejante al escudo de Aquiles, encierra la completa figuración de la vida, merece titularse como el libro de Humboldt, **Cosmos**.

Para estudiar el espíritu de nuestro siglo necesitamos leer las páginas del gran poeta: conociendo a Víctor Hugo, sabemos lo que fuimos, lo que somos, lo que anhelamos ser. Más que el tipo de una raza, debe llamarse el hombre representativo de una época.

Víctor Hugo pertenece a la familia de los jenos eminentemente progresivos que se despojan hoy del error adquirido ayer: pájaros en eterna muda, a cada movimiento de sus almas dejan caer una pluma descolorida i muerta. Realista en l'adolescencia, bonapartista en la juventud, republicano en la edad viril, socialista en la vejez, sintetiza la evolución de un cerebro que avanza en espiral ascendente. Vilipendiarle por la

(1).— Soumet escribía en 1820 a un amigo: "Cet enfant (V. Hugo), a une "tête bien remarquable, une véritable étude de Lavator". (E. Bire.— Víctor Hugo avant 1830).

variación de sus ideas vale tanto como acusar a la semilla de transformarse en árbol. La piedra que baja en virtud de su peso, traza la línea recta; el tren, el humo i hasta el águila, siguen las entrantes i salientes de una curva para ganar en altura. Pasar de monárquico a republicano, de creyente a librepensador, significa ascender. Con razón, en 1853, comparando su vida intelectual con la tempestuosa carrera de Ney i Murat, exclamaba que "el orgullo en l'ascensión era permitido "cuando en el último tramo de la escala luminosa se había encontrado la proscripción".

Erró al figurarse que la Restauración de los Borbones daría libertad al pueblo francés i que el pontificado de Mastai Feroni sería pacto de alianza entre la Iglesia i la civilización; pero combatió infatigablemente por la segunda República, vivió cerca de veinte años en el destierro i clavó en la picota de los **Castigos** al Emperador de Sedán i al Pontífice de Menana.

Su acción política no iguala su influencia literaria. Si como Par de Francia sostuvo duelos de palabras, tan gloriosos como las justas de los antiguos padines no arrastró con sus discursos a las muchedumbres no tuvo en sus manos la suerte de Francia, no representó el encumbrado papel de Lamartine. Su gloria política se funda en haber sido un Homero con gorro frijio i blusa democrática. El quitó a la Poesía las immaculadas alas de serafín, que Lamartine le había revestido, él la sacó de la ebúrnea torre donde Alfred de Vigny la quiso mantener encerrada, él l'alejó del palacio donde un tiempo se gozaba en murmurar monótonos cantos de servidumbre i lanzándola a la tribuna parlamentaria, al club jacobino i a la plaza pública, la hizo relampaguear como Mirabeau, tronar como Danton i herir como las encolerizadas i justicieras muchedumbres del 93.

La lectura de Víctor Hugo, como poderoso estimulante, hace brotar ideas; sus palabras actúan en el cerebro, como abono en la tierra. Siendo mucho lo que dice con sus versos, es más lo que sugiere. Cuando concluimos de leer a unos de sus poemas i cerramos los ojos, parece que las más recónditas células de nuestro cerebro se iluminaron con repentina luz sidéreal; con unos poetas soñamos, con otros sentimos, con Víctor Hugo pensamos. Con él, "no sólo experimentamos l'admiración por el escrito, sino también el gozo d'encontrar en el poeta al pensador ligado con todos los problemas que interesan a la Humanidad" (2).

En su poesía, radicalmente humana, desborda la piedad hacia los desgraciados i relampaguea contra los opresores. El no temió como Byron ni desesperó como Leopardi, i si alguna vez blandió la espada de fuego siempre montó en su frente olímpica el nancho de la escarapela. Hasta en los **Castigos**, en ese tremendo libro de cólera i venganza, asoman la piedad i el amor,

Cuando produce atesora el calor de la vida. Sus poemas no se limitan a hermosas cristalizaciones minerales: son cuerpos organizados en que se palpa el movimiento de la savia o la circulación de la sangre. Como lo declara él mismo "tiene corazón hasta en la cabeza, entrañas en la inteligencia". "Quiero, dice a la araña i la hortiga porque son aborrecidas". Esa inmensa conmiseración, que abarca todó cuanto vive o existe, le inspira una filosofía optimista verdadera filosofía de poeta: según Víctor Hugo, el mal desaparecerá un día no sólo de la Tierra sino del Universo, i todos seremos eternamente felices bajo el ala paternal de Dios.

(2).— Eugéne Véron.— L'Esthetique.

como fosforescencias en mar tempestuoso i negro.

Si no deja como Goethe una huella indeleble en las Ciencias naturales, imprimió en el idioma francés la efígie inalterable de su jenio: queda como el insuperable maestro de la forma i del colorido. Contribuyó más que nadie a enriquecer el lenguaje poético, ya pidiendo voces al vocabulario científico, ya incrustando en sus frases locuciones populares, ya rejuveneciendo i renovando las vetustas i manoseadas figuras retóricas de los pseudo clásicos franceses. Sus composiciones hierven de metáforas, donde adquieren forma tangible i concreta las ideas más vaporosas i más abstractas: al decir que piensan con imágenes se l'ensalza en lugar de abatirle. Con sus imágenes enormes i exuberantes hace recordar las flores jigantes i estrañas que flotan sobre las aguas del Amazonas.

El dió a los palabras la ductilidad del oro i la maleabilidad de l'arcilla plástica. Las frases dijeron siempre cuanto les mandó decir, produjeron las grandisonancias que les ordenó producir. Los ritmos le obedecieron como a César sus leiones. Tiene versos lapidarios que encierran síntesis admirables, ideas que parecen presentimientos de leyes científicas o tajos de luz abiertos en lo impenetrable. Hasta cuando el pensamiento se pierde en las abstracciones metafísicas o en las nebulosidades apocalípticas, el verso conserva su inimitable sonoridad, i produce el efecto de música subterránea o recuerda el ritmo a galope de un caballo en las tinieblas.

El adolescente que en 1816 escribía: "Quiero ser 'Chateaubriand o nada'", consiguió más de lo deseado, fué el poeta del Siglo.

IV

Voltaire se levanta como el escritor francés más digno de colocarse frente a Víctor Hugo; la tarea de moleadora del uno en el siglo XVII vale tanto como la obra literaria del otro en el siglo XIX. Voltaire, que se realiza con el mérito de haber escrito a riesgo de libertad i vida, presenta una desventaja. Sin decir con Pascal: "ingenio burlón, mal ingenio", puede asegurarse que si la Humanidad ríe con los escritores alegres, no adora más que a los hombres serios: Momo, no será nunca la divinidad de un pueblo. Ingenio esencialmente satírico, aguzado por irresistible comezón de risa, Voltaire lo sacrifica todo al placer de lanzar un chiste i descubrir la parte vulnerable de sus adversarios. Víctor Hugo es un carácter radicalmente grave; la chispa francesa no brota en él espontánea, sino estudiadamente. Lo que en Voltaire concluye por una risotada rabelesiana, en Víctor Hugo termina por estupendos estallidos de cólera dantesca. Voltaire aplica en la piel de su enemigo vejigatorios microscópicos; Víctor Hugo descarga mandobles que matan o dejan cicatrices indelebles. Voltaire no causa respeto: viejo medio alegre i medio libertino, es el **papá Voltaire**; Víctor Hugo infunde cierto alejamiento: patriarca optimista i bondadoso, es el **padre Hugo**. Sin embargo, el uno se completa con el otro i algo habría faltado a la Humanidad si no hubieran existido Voltaire i Víctor Hugo. Ambos poseyeron la audacia en las ideas, la universalidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatividad infatigable, la vejez sin decrepitud i la fuerza tenaz de arraigarse a la vida.

Francia tuvo la gloria de producir a Napoleón Bonaparte, el hombre de la espada, i a Víctor Hugo, el

hombre de la pluma. El uno abre el Siglo con sus campañas, el otro le cierra con sus libros. El uno representa la plenitud en la vida de l'acción, el otro la exuberancia en la vida del pensamiento. Víctor Hugo es el Napoleón de la palabra, Napoleón el Víctor Hugo del hierro. Soldado i poeta se distinguen por la enormidad i la fuerza. Si el uno gana batallas, el otro escribe poemas, i el artista no cede ante el guerrero, pues tanto valen los **Castigos** o las **Leyendas de los Siglos** como las Pirámides o Marengo. Ambos sintieron los éstasis de la victoria, ambos probaron las amarguras del destierro, ambos sembraron amores profundos i odios implacables, ambos hicieron repercutir su nombre en los más apartados rincones del Globo. Reyes d'Europa rindieron vasallaje a Napoleón; esceptuando a Lamartine i A. de Vigny, los poetas franceses del período romántico siguieron las huellas de Víctor Hugo. Como Bonaparte, muere en Mayo, mes de las aves, de las flores i de los poetas. Hai una diferencia: Napoleón terminó su vida, triste, desamparado, en una isla estéril; Víctor Hugo acaba de morir tranquilo, en el seno de sus amigos, llorado por un gran pueblo que le da por catafalco el Arco del Triunfo, por tumba la cripta del Panteón. La muerte así equivale a una transfiguración.

Los siglos correrán, i todas las medianías que surgen para deslumbrar a sus contemporáneos desaparecerán en las tinieblas del olvido, mientras la figura ideal de Víctor Hugo irá creciendo en proporción a la distancia que la separe de nosotros. Como se dice, la Grecia de Homero, la Italia de Dante, la España de Cervantes i l'Alemania de Goethe, se dirá la Francia de Víctor Hugo.

RENAN

I

Al mismo tiempo que Víctor Hugo hizo de la poesía un arma democrática i demoledora, vino Renan a convertir la erudición en arte mágica de infundir la incredulidad.

Después de Lutero i Voltaire, pocos hombres encendieron polémicas más virulentas ni desencadenaron cóleras más furibundas.

Al traducir el **Libro de Job**, Renan se presentó como un nuevo escomulgado entre los mil autores inscritos en el Índice; al perder su cátedra en el Colegio de Francia por haber negado los dogmas del Catolicismo, se rodeó de celebridad entre librepensadores i eruditos; pero al escribir la **Vida de Jesús**, se convirtió en objeto d'execración universal, en cabeza de turco donde los más inofensivos se juzgaron con derecho de asestar un puñetazo.

Como en tiempo de las Cruzadas, justos i pecadores se creían obligados a romper una lanza en Tierra Santa, así, desde 1863 hasta 1870, los buenos i malos discípulos del Nazareno tomaron a punto de honra esgrimir la pluma contra Renan. Mil salieron a la palestra, desde Pío IX que le llamó "el blasfemador francés", hasta el obispo Dupanloup que le amenazaba con los "rigores del brazo secular".

Hubo más: protestantes i papistas, que nunca lo-

ran ponerse de acuerdo, se confabularon tácitamente para denigrar el libro i escarnecer al autor. No se conoce hoy la ira que sintieron algunos protestantes porque el hijo de Athanase Coquerel trató a Renan de querido amigo.

Hubo más todavía: los librepensadores le atacaron por razones contrarias, pues encontraron la obra llena de miramientos, transacciones i reticencias, cuando habían querido que la pluma de Renan se hubiera transformado en arma hiriente i cortante, en la segunda lance de Lonjino.

Se formaría una biblioteca muy voluminosa, aunque no muy amena, con todo lo escrito para insultar a Renan i rebatir la **Vida de Jesús**. Al estallar la guerra franco-prusiana, comenzó el apaciguamiento hacia el reje i declinó una literatura cultivada por hombres que suplían el jenio con las buenas intenciones.

Renan, que no tuvo muy desarrollado el órgano de combatividad, continuó encerrado entre sus papeles a dejar su siríaco, su hebreo, su arábigo, ni su griego, mientras zumbaba el huracán i se desencadenaban los truenos. Apenas si concedió importancia al decreto imperial que le destituía de la cátedra en el Colegio de Francia, apenas si una que otra vez se sulfuró con los repetidos i malévolos ataques de Dupanloup. La controversia con adversarios intransigentes i de mala fe, el combate rastroso donde se gasta más lodo que pólvora, no cuadraban con la índole del hombre que reunía la mansedumbre de Kant a la sencillez de Spinoza.

Nunca sostuvo polémicas. "En la polémica, decía, el que sabe encontrar el lado frágil de sus adversarios i cebarse en él, no tocar las cuestiones inciertas, guardarse de toda concesión, en fin, renunciar a la presencia misma del espíritu científico" (3). Calumniado como nadie, nunca se vindicó, no creía en la

"eficacia de las calumnias, estaba persuadido que para los espíritus serios la rectitud del hombre honrado "se revela siempre" (4). "Odiar a los tontos ¡gran Dios! "Responder a todas las ineptias, gastar su vida en "una lucha infecunda, entregarse a merced de los insultadores, concediéndoles derecho de figurarse que "pueden herirnos ¡qué locura!, cuando el mundo es tan "vasto, cuando el Universo encierra tanto secreto que "adivinar, tanta magnificencia que contemplar" (1—A).

Los enemigos de Renan eran lobos que aullaban inútilmente; él, un termita infatigable i silencioso que seguía carcomiendo el madero del Calvario.

II

Hoy nos admira el escándalo suscitado por la **Vida de Jesús** en la Francia bonapartista i gachmoña. Un pueblo donde escribieron Bayle, Fréret, Diderot, Voltaire i d'Alembert, donde pasó el soplo racionalista i laico de la Revolución, donde Dupuis i Volney redujeron toda la leyenda del Evangelio a un mito solar, donde Palmy cantó la **Guerra de los Dioses**, donde Laplace, Stendhal i Proudhon hicieron gala de ateísmo ¡escandalizaba porque un erudito negaba la divinidad de Jesús!

Sin embargo, (*) muchos contemporáneos de Renan hicieron tanto como él y acaso más en lenguaje menos apacible, sin que el aire se cargara de tempestades. No contando con las traducciones de Strauss, Feuerbach y algunos otros alemanes, merece recordarse a

(3).— *Etudes d'histoire religieuse.*— *Préface.*

(4).— *La chaire d'hebreu au Collège de France.*

NOTA A LA EDICION: Los siguientes acápites han sido tomados de la edición de Madrid, Biblioteca Andrés Bello, del año 1915. De allí el uso de la "y" en vez de la "i", además de algunas palabras no cambiadas por el autor en posteriores ediciones que no modifican sustancialmente el contexto.

trix Larroque (1), que niega el origen sobrehumano de la Biblia y combate uno por uno todos los dogmas cristianos; á A. Peyrat (2), que destruye la divinidad de Jesucristo y la autenticidad de los cuatro evangelios; a Félix Pécaut (3), que no admite la perfección humana de Jesús.

Si Renan procede con atenuaciones, circunloquios y cortesía, no debe inferirse que intenta una obra de conciliación entre el fanático y el ateo, ni afirmar con Jules Levallois que la **Vida de Jesús** levantó unánime tempestad en los bandos más opuestos, porque "nada importa tanto a los hombres como una tentativa de reconciliación que no se realiza". (4) Ciertamente, Renan al convertir en hombre al Dios usa de gran cautela; pero todos los subterfugios morales, todas las edulcoraciones de lenguaje, no pasan de recursos literarios para ganarse la benevolencia del lector. Jesús se diseña en rasgos tan admirables y simpáticos, se ha empujado tanto con los adornos adventicios de la leyenda, representa un modelo de mansedumbre tan sublime, que al embestirle con odio y rabia se despierta invencible antipatía de los lectores, se pierde toda probabilidad de buen éxito en el ataque, se emprende una obra perjudicial y contraproducente.

Renan mide muy bien la magnitud de su demolición, sabe que basta despojar a Cristo del barniz divino para que venga por tierra el edificio inmenso del dogmatismo. Emprende con toda conciencia una labor profundamente radical, y sólo por maquiavelismo puede calificarse de "respetuoso disidente" y proclamar que "algún día la Iglesia le invocará como apologista".

Examen critique des doctrines de la Religion Chretienne.

Histoire élémentaire et critique de Jesus.

Le Christ et la conscience.

Déisme et Christianisme.

No; la Iglesia le anatematizará siempre como al peor enemigo, y con razón, por incurrir en el imperdonable delito de hacerse leer, por causar a la fe católica el mismo daño que puñal escondido en ramo de flores ó veneno en copa de oro. Generalmente, las vidas de Jesús pecan de ilegibles y enojosas, en tanto que la de Renan es atrayente, ligera, por decirlo así, alada. Tiene sabor helénico, y en muchas páginas transciende a idilio virgiliano. Si no merece titularse un libro divino, en el sentido que los ortodoxos dan a la palabra, debe llamarse algo que vale mucho más, un libro perfectamente humano. Al terminar su lectura, se ve que el hijo de María gana inmensamente con perder la divinidad, pues de sombra mística y legendaria se transforma en personaje real e histórico. Ningún hombre puede quejarse de que se le haya consagrado monumento igual, y si volviera Jesús al mundo, tal vez preferiría ver encarecida sus acciones puramente humanas en el libro de Renan a ver glorificados sus prodigios de taumaturgo en los Evangelios.

La **Vida de Jesús** posee un mérito indiscutible, una excelencia que la impone y la hará vivir: la forma. Renan confiesa que gastó un año en corregirla, porque el asunto requería toda sobriedad y toda simpleza. Y con su trabajo asiduo consiguió lo que más enorgullece al artista, disimular el arte. En las muchas cualidades del estilo resalta la suprema, la que parece resumirlas todas, la claridad: no se necesita volver sobre una frase para comprender el sentido, no hay que desperdiciar en interpretarla el tiempo que debe aprovecharse en meditarla. Como decía Joubert de Platón: "el lenguaje se colora con el esplendor del pensamiento".

La **Vida de Jesús** comprueba una vez más el don que tienen algunos escritores franceses de componer

con materiales ajenos un libro de apariencia original. La indigesta erudición de los exegetas alemanes se convierte con Renan en disertación agradable; o de otro modo: la melaza turbia de los autores germánicos, al sufrir las manipulaciones del gran estilista francés, se clarifica y se cristaliza con las facetas del diamante.

III

A Renan hay que examinarlo por distintos lados, porque no es una esfera sino un poliedro irregular.

El se pinta así: "Estuve predestinado a ser lo que soy: un romántico que protesta del romanticismo, un utopista que predica en política el á ras del suelo, un idealista que inútilmente se afana en parecer burgués, un tejido de contradicciones que recuerdan el hicoervo de la escolástica, dotado de dos naturalezas. Una de mis mitades se ocupa en demoler a la otra, como el animal fabuloso de Ctesias se comía las pasas sin notarlo" (1).

Si un tonsurado cuelga los hábitos, se convierte menudo en enemigo implacable del Catolicismo y en el más terco refutador de sus dogmas. Sólo en un fraile ex-papista como Lutero se concibe una cólera tan violenta contra los papas. Renan se manifiesta simpático sin hiel, hereje con la seráfica unción de un eclesiástico. Habla del Catolicismo con respeto, casi con veneración; rebosando de ternura inefable, recuerda sus primeros años de fe; confiesa que a la educación religiosa debe todo lo bueno que hay en su naturaleza; y se lamenta de haber contristado con sus ideas heterodoxas a sus primeros institutos, los venerables sacerdotes de Tréguier. De ahí parece que sus libros encierren un mérito raro en nues-

o *La Chute d'un ange* i *Jocelyn* forman el principio i fin de la obra proyectada por Lamartine.

tro siglo —la serenidad. Aunque Renan se manifieste sentimental y melancólico, se aleja mucho de los autores que escriben en continua exaltación nerviosa. Se cierne sobre los acontecimientos y las personas como si fuera de otro planeta, muchas veces como el Micróme gas de Voltaire.

Renan no pasó del misticismo a la voluptuosidad. Cortó su carrera eclesiástica i abandonó el seminario de San Sulpicio, no para entregarse libremente a sus pasiones, sino porque la meditación i la lectura de los alemanes, particularmente de Hegel le probaron que sus antiguos maestros no eran infalibles. Confiesa que toda la vida se mantuvo casto, que sólo amó a cuatro mujeres: su madre, su hermana Enriqueta, su esposa i su hija, que en los días de la vejez vino a comprender las palabras de Eclesiastés: "Anda, pues, come tu pan i regocijate con la mujer que amaste un día". Sin embargo, "desde de niño entreveía la hermosura como don tan superior que el talento, el jenio, la virtud misma, eran nada en comparación"; i en su vejez escribe frases que recuerdan a Heine predicando la rehabilitación de la carne o a Zola defendiendo la dignidad i nobleza del acto jenésico: "¡Qué, dice, la obra por excelencia, la continuación de la vida estará ligada con un acto ridículo o grosero!". Quizá en todo su erotismo "senil hai un simple recurso literario, un contajio de "naturalismo. Sólo así puede esplicarse que haya escrito: "El libertino tiene razón y practica la verdadera "filosofía de la vida".

Renan se presenta como ave rara en su época en su nación, por el desinterés o "desprendimiento de los "bienes temporales", según decía él mismo.

(1) Hasta acá los acápites tomados de la edición de Madrid.

Sus obras le produjeron muy poco: mientras novelistas i dramaturgos acumulaban sumas fabulosas i vivían rejiamente, él vejetaba en la medianía i, a no ser por el Gobierno de la República, habría muerto en la escasés. Cuando el Imperio, al quitarle la cátedra d'hebreo, quiso darle una compensación, él la renunció altivamente. Sin ser despilfarrador como Lamartine o pródigo como Dumas, no tuvo como Voltaire i Víctor Hugo la ciencia práctica de la vida. Su felicidad habría consistido en que alguien hubiera tomado a cargo alojarle, alimentarle, vestirle i calentarle, dejándole completa libertad de pensar i escribir. Poco más o menos la dicha del buen abad que pide una buena biblioteca sin desdeñar un buen rectorio.

Contrariamente al pesimismo jeneral, Renan se regocijaba de haber nacido i proclamaba el placer de vivir. Siempre se mostró satisfecho, salvo que toda su satisfacción no pasara de un velo discreto para disimular los combates interiores. Quizá ni su alegría ni su tristeza fueron muy profundas, porque el verdadero fondo de su carácter parecía un egoísmo conriente, amable y de buen tono. El mismo declaraba con llaneza que de su educación clerical guardaba el horror a las amistades particulares, que nunca prestó servicios a sus amigos i por consiguiente a nadie. Probablemente, los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño. Le tocó buen sientto para ver la representación del drama, i se divertía sin cuidarse mucho de averiguar si sus prójimos se divertían también. Hombre ajeno a las pa-

siones profundas i por consiguiente a los dolores profundos, miraba el Universo por el lado bueno y profesaba un optimismo, tan exajerado que más de una vez rayaba en irónico. Quién sabe si toda su filosofía optimista s'esplica por este arranque: "Debemos la virtud al Eterno; pero, como desquite personal tenemos derecho de agregarle la ironía, devolviéndola así a quien lo merece, burla por burla, haciendo la misma pasada que nos hicieron".

Hombre de restricciones i reticencias, de avances i retrocesos, daba un rasguño i en seguida restañaba la sangre i aplicaba un vendaje, sin pensar que la cicatriz quedaría indeleble. Los rasguños mujeriles que Renan ha dado al Catolicismo producen más daño que los furibundos hachazos propinados por otros. Por una parte ha quitado al ídolo de cartón sus papeles dorados, i por otra ha querido apuntalarle con barras de hierro.

IV

Paul Bourget afirma que la obra de Renan, considerada en conjunto, es de ciencia. ¿Erudición no convendría más? Una serie de encadenamientos lógicos i sin contradicciones, un todo inatacable i compacto, en fin, una gran pirámide de observaciones rematada con l'affirmación de una lei, eso no se busca en los escritos de Renan. El mismo lo conoce cuando en su vejez se lastima de haberse consagrado a investigaciones "que nunca lograrán imponerse i quedarán siempre como interesantes consideraciones acerca de una realidad desaparecida para no volver" (1).

Hasta se figura desviado de su carrera intelectual

(1) Souvenirs.

tual, i con asombrosa injenuidad escribe en sus últimos años: "El extremo ardor que la Fisiología i las "Ciencias naturales escitaba en mi espíritu, me hace "creer que, al haberlas cultivado sin interrupción, ha- "bría llegado yo a muchos resultados de Darwin, re- "sultados entrevistos por mí" (2). Pero el haber entrevistado desde mui joven muchos resultados de Darwin no le impide resolver metafísicamente problemas que pertenecen a las Ciencias naturales (como por ejemplo el origen del lenguaje), ni llamar "falsa hipótesis la idea de una primitiva Humanidad viviendo en estado salvaje i casi bestial" (3). "La Ciencia, "dice, demuestra que cierto día, en virtud de leyes "naturales que hasta entonces habían presidido el "desarrollo de las cosas, sin escepción n'intervención "terior, el ser pensante apareció dotado de todas "sus cualidades i perfecto en cuanto a sus elementos "esenciales, i, por tanto, querer explicar l'aparición "del hombre sobre la Tierra por las leyes que rijen "los fenómenos de nuestro globo desde que la Naturaleza ha cesado de crear, sería abrir la puerta a imaginaciones tan extravagantes, que ningún espíritu serio se detendría en ellas un solo instante" (4).

Renan costeó el continente científico a manera de un Américo Vespucci; pero no penetró en él como un Hernán Cortés o un Pizarro. Así, recordando a Schopenhauer, llama al amor "voz lejana de un mundo que quiere existir"; recordando a Darwin, firma que "el amor orijinó la belleza en el animal"; recordando a Jacobi, dice que "sus antepasados le legaron sus añejas economías de vida, que piensa por ellos"; recordando a Flammarion, escribe: "Pen-

2) Souvenirs.

3) Del Origine du langage.

4) Etudes d'histoire religieuse.

“semos que todo lo existido existe aún en alguna parte como imagen capaz de ser reanimada. Los clichés de todas las cosas se conservan. Los astros de la estremidad del Universo reciben actualmente la imagen de acontecimientos realizados hace muchos siglos. Las matrices de todo lo existido viven escalonadas en las diversas zonas del espacio infinito”.

Al leer su **Porvenir de la Ciencia**, al recordar que alguna vez otorgó a los futuros químicos un poder sobrehumano, al oírle sostener que “el mundo nos revela un’ausencia completa de plan reflexionado a la vez que el mismo esfuerzo espontáneo del embrión hacia la vida i la conciencia”, se le creería un sabio moderno; pero al ver sus continuas divagaciones en la esfera del misticismo, al escucharle profetizar la inmortalidad del sentimiento religioso i proferir que “sólo un materialismo grosero puede atacar esa necesidad eterna de nuestra naturaleza”, se le distingue a mil años de un Taine declarando el vicio i la virtud naturales como el vitriolo i el azúcar, o de una madame Ackermann proclamando que “el elemento de las religiones es la “ignorancia”, que “la Fe desaparecerá con la Ciencia”, que “una Humanidad más civilizada no necesitará creer sino saber”.

No se le compare con Darwin o Spencer, no se le pida tampoco l’audacia de un Feuerbach para derribar todo el edificio religioso de la Humanidad, ni de un Haekel para reconstruir la evolución de la vida en el Planeta; pero, sin salir de Francia ni penetrar en el dominio de las Ciencias naturales, compáresele con Letourneau, André Lefébre o Guyau. Junto a la **Irreligión del Porvenir** o al **Bosquejo de una Moral sin obligación ni sanción**, muchos libros de Renan parecen anticuados i retrógrados. Hasta Vacherot

(1) Llegó a conclusiones más atrevidas sobre el porvenir sicológico de la Relijión. Su gran audacia consistió en negar la divinidad de Cristo i sostener, aunque no siempre, la concepción hejeliana del Universo, es decir, considerarle como un ser en la jestación de Dios. El no se detuvo a reflexionar en la fecunda solidez del Positivismo; i aunque rindió entusiastas homenajes al carácter filosófico de Littré, procedió injustamente con Augusto Comte acusándole de haber escrito en mal francés: acusación de gramático a gramático, no de filósofo a filósofo.

Los ortodojos le tachan d'escéptico. No, Renan no merece el calificativo, porque si puso en duda lo dudable i lo dudoso, afirmó la realidad del mundo sensible, creyó ciegamente en la demostración matemática i aceptó la lei comprobada con observaciones i experimentos. En lo moral i relijioso, se abstiene o divaga; en lo dogmático "afirma categóricamente 'la humildad de Jesucristo i l'ausencia de revelación divina. Es, como dice Jules Simon, incrédulo, no 'escéptico" (2). Con todo, el padre Gratry no carece de razón cuando le tacha de sofista. Renan sostiene el pro y el contra con asombrosa desenvoltura, no por mala fe, sino tal vez por descubrir la fragilidad de la Dialéctica: edifica un castillo de barajas, le derriba de un soplo, i en seguida le reedifica para volverlo a derribar. Se diría que se propone burlarse de la lójica, del asunto i del lector. Nos acordamos de Mefistófeles enamorando a la vieja Marta.

Cuando Renan reconoce en Víctor Cousin "uno de los escitadores de su pensamiento" (3), se com-

1) En su libro la "Relijión", Vacherot se ha inclinado después al Catolicismo y últimamente acaba de lanzar estas afirmaciones: "Dios entrega a los hombres la política y se reserva la religión". El autor.

2) La Revue de París, Février, 15, 1894.

3) Feuilles dettachées.

prende que por el afán d'encontrar en todo la verdad, quiera conciliar hasta las contradicciones. Si algunos de sus defectos nacen del Eclecticismo, otros s'esplican por la exajeración del espíritu humano: el temor de engañarse i la manía de creerse "espíritu delicado i libre de pasión", le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias o negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar i hacer contradecirse, pues le acontecía emitir una idea en seguida, valiéndose de un pero, defender la contraria. De ahí su escasa popularidad: la multitud no comprende i sigue a los hombres que franca i brutalmente afirman, con las palabras como Robespierre, con los hechos como Napoleón.

V

José Ernesto Renan, nacido en Tréguier el 27 de Enero de 1823, murió en París el 2 de Octubre de 1892.

El, que solía poner en duda la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, nada temió tanto como la decadencia cerebral i de nada cuidó más que de su fama póstuma. "¡Cuánto me dolería, dice, el atravesar un período de apocamiento en que el hombre antes fuerte y virtuoso queda reducido a la sombra i a la ruina de sí mismo, causando muchas veces el regocijo de los tontos al ocuparse en criticar la vida que laboriosamente edificó! Semejante vejez es el peor don que los dioses otorgan al hombre. Si tal suerte me cabe, protesto de ante mano contra las flaquezas que un cerebro rebelde decide me haga decir o afirmar. A Renan sano de espíritu i de corazón, como estoi ahora; no a Renan medio destruído por la muerte i no siendo ya el mismo, como seré si me descompongo lentamente

es a quien yo quiero que se oiga y crea”.

Había deseado morir violentamente en el campo de batalla o asesinado en la curul del senador, en algo se cumplieron sus deseos, pues s’extinguió silenciosamente, sin agonía dolorosa, conservando hasta los últimos momentos la lucidez cerebral. Con él no hubo mascaradas religiosas ni leyendas de muerte como lo Juliano el Apóstata o arrepentimientos **in extremis** a lo Littré i Claude Bernard, aunque al sentirse grave, tuvo la precaución de recomendar a los miembros de su familia que no le llamaran sacerdote, aunque en las angustias i alucinaciones de la última hora le oyeran clamar por auxilios espirituales. Casado con una protestante (hermana del pintor Ary Scheffer), asistido por sus dos hijos, rodeado de amigos fieles i prevenidos, el asalto clerical no pudo ni ser intentado.

Muerto impenitente i laico, Renan tuvo suntuosas exequias nacionales, atravesó París en una especie de triunfo póstumo, i fue a reposar en el cementerio de Montmartre, bajo la misma tumba que Scheffer, no mui lejos de Théopile Gautier i Henri Murger.

¿Cuáles fueron sus últimas, sus definitivas convicciones? Pregunta difícil de responderse, cuando se recuerda que el mismo Renan exclamó un día: **in utrumque paratus**. Estar preparado a todo, es quizá la sabiduría. Entregarnos, según las horas, a la confianza, al escepticismo, al optimismo, o la ironía, es la manera d’estar seguros que, a lo menos por momentos, hemos poseído la verdad” (1).

Para dar alguna idea de sus convicciones en Política i en Sociología, bastan algunas citas en su libro, publicado con el pomposo título de **La reforma intelectual i moral**.

Souvenirs.

“El egoísmo, fuente del socialismo; la envidia, fuente de la democracia, formarán siempre una sociedad débil, incapaz de resistir a poderosos vecinos. Una sociedad sólo es fuerte con tal de reconocer el hecho de las superioridades naturales, que en el fondo se reducen a una sola, la del nacimiento, puesto que la superioridad intelectual i moral no es más que la superioridad de un jermen de vida, desarrollando en condiciones particularmente favorecidas.

“No soi rico, pero no podría casi vivir en una sociedad sin ricos. No soi católico, pero me gusta mucho que haya católicos, hermanas de caridad, curas de aldea, carmelitas, i si de mí dependiera, suprimir todo eso, no lo suprimiría”.

“En realidad, la Iglesia i la escuela son igualmente necesarias: una nación no puede pasarse sin una ni otra: cuando Iglesia i escuela están en pugna, todo va mal”.

...“educar al pueblo, reavivar sus facultades algo amortiguadas, inspirarle (con l’ayuda de un buen clero patriota) l’aceptación de una sociedad superior, el respeto de ciencia y virtud, el espíritu de sacrificio i abnegación...”

“No considerando más que el derecho de los individuos, es injusto que un hombre sea sacrificado a otro hombre; pero no es injusto que todos se sometan a la obra superior que realiza la Humanidad. Cumple a la Relijión esplicar estos misterios i ofrecer en el mundo ideal superabundantes consolaciones a todos los sacrificados en la Tierra”.

Lo último es el cómodo sistema de una **relijión para el pueblo**, sistema que trasciende a ironía sangrienta en labios del hombre que no vivió mui seguro de hallar en la otra vida las compensaciones que ofrecía jenerosamente a los desgraciados.

Efectivamente, aunque dijo: “que prefiere el infierno a la Nada”, “que espera i desea la inmortalidad”, no vivió muy seguro de lograrla. I ¿cómo, si ni sobre Dios tuvo idea definitiva? Su Dios es unas veces un devenir, otras lo divino en la Naturaleza, otras el Padre celestial de Jesús, otras el papá-Dios o viejo calavera que se divierte con las travesuras de sus nietos. Atacó a Béranger por **son Dieu des bons gens**, i se muestra más irreverente que Béranger; censuró a Voltaire por sus impiedades, i se manifestó más impío que Voltaire. Voltaire acusa a Júpiter de habernos jugado una broma pesada al crearnos; Renan afirma que “el seductor supremo ocultó gran parte de ironía en nuestras más santas ilusiones”. Voltaire, moribundo, responde al sacerdote que l’encarece los méritos de Jesucristo: “No me hable usted dese hombre”. Renan, al atravesar la puerta de una iglesia, se quita el sombrero. “Creía que estaba usted de pleito con el buen Dios”, le dice su amigo. Renan responde: “Nos saludamos, pero no nos hablamos”.

¿Hai acaso un abismo entre Voltaire i Renan? Quién sabe si la **Vida de Jesús** podría llamarse otra **Doncella de Orleán**, no en verso volteriano, sino en prosa renaniana, con la diferencia que donde Voltaire se muestra grosero, desvergonzado y mordaz, Renan se manifiesta pulido, discreto i simplemente irónico.

Renan es un Voltaire clarificado i tamizado.

VI

Al compulsar hoi los trabajos de Renan, se admira dos cosas: la flexibilidad del talento i la inmensa laboriosidad. El mismo hombre que descifra una vieja y borrosa inscripción semítica, escribe los **Dramas**

filosóficos o los **Recuerdos de infancia i juventud**. Como Voltaire, maneja la pluma con mano moribunda i sólo descansa al hundirse en el sepulcro. Acha-coso, amenazado ya por la muerte, dicta dos cursos en el Colejio de Francia i trabaja sin reposo en concluir su **Historia del pueblo de Israel**. Más afortunado que su amigo Taine, no deja inconclusa ninguna de sus obras capitales.

Sus adversarios, principalmente los católicos, le acusan de frívolo i lijero, olvidando que la **Misión de Fenicia**, la **Historia de los orígenes del Cristianismo**, la **Historia del pueblo de Israel**, la **Historia jeneral de las lenguas semíticas** i el **Corpus semiticarum inscriptionum**, revelan muchísimas horas de estudio i profundas meditaciones. Cierto, Renan pagó tributo a su época escribiendo volúmenes de simples amenidades o amplificaciones; pero semejantes libros, compuestos muchas veces para ceder a la petulancia voraz de los editores, no encerraban la savia ni el meollo de su talento: eran cosas análogas a los entretenimientos o desahogos del artista, que después de fabricar una basílica iluminaba una miniatura o cincelaba una copa. El descubre tal vez el fondo grave de su carácter cuando escribe que de todas sus obras prefiere el **Corpus semificarum inscriptionum** (1), la más árida i de público más restringido.

Tal vez la última circunstancia contribuía mucho a la preferencia, pues, como Taine, proclamaba l'aristocracia intelectual i habría deseado convertir a los sabios en una especie de seres privilegiados o divinidades terrestres. I no sólo miraba en menos al vulgo pedestre, sino que en un momento de pesimismo literario ataca en globo a sus contemporáneos i pronos-

(1) James Darmesteter. *Revue Blue*, 21 Octubre 1893.

ica siniestramente que nada o casi nada vivirá de todo lo escrito en el presente siglo. Sin manifestarse tan pesimista como él, se puede preguntar: ¿Cuál de sus trabajos sobrenadará en el futuro naufragio? ¿Quién acierta en profetizar la selección del porvenir? Quevedo, uno de los hombres más sabios de su tiempo, vive por las letrillas i romances, por lo superfluo de su ingenio. Ni los autores mismos conocen la suerte de sus obras: Petrarca cifraba la gloria en sus versos latinos. Newton apreciaba tanto su libro el Apocalipsis como sus tratados de Matemáticas. Algo semejante sucede ya con Renan: olvidamos al colaborador de Víctor Leclerc, el viajero i al arqueólogo, al lingüista i al filósofo, al historiador de Israel y al traductor de **Job**, el **Cantar de los cantares** i **Eclesiastés**, para sólo recordar al estilista de la **Vida de Jesús**. Pensó vivir por la erudicción, y vive por lo que menos estimaba o finjía no estimar: la literatura.

Renan se dibuja como un erudito que se duele de haberse consagrado a la erudición i como un literato que s'enorgullece de tener en menos la literatura. Dice que no adolece la vanidad literaria, que algún tiempo de su vida hizo caso de la literatura por sólo complacer a Sainte-Beuve que ejercía mucha influencia en él. Sin embargo, antes de conocer íntimamente a Sainte-Beuve i después de haber escapado a su influencia, escribió frases, pájinas i libros enteros de simple Literatura. Cuando afirma que "desierto es monoteísta", que "las "paralelas s'encuentran en lo Infinito", que "si la Naturaleza fuera mala sería fea", que "Dios es bueno; pero, no todopoderoso i que sin duda lo será un día" ¿no construye frases puramente literarias? Cuando escribe la **Plegaria en el Acrópolis** o **Emmaus** ¿no llena pájinas puramente literarias? Cuando compone los **Recuerdos de infancia i juventud** ¿no

hace libros puramente literarios i hasta lamartini-
nos con una Graziella en forma de Noemí?

En fin, Renan realizó con la Exégesis alemana lo mismo que madame Staél i Egger intentaron con la literatura i la Filología jermánicas. Puede la Ciencia destruir una parte de su obra, como sucede ya con el **Orijen del lenguaje**; pero el arte conservará siempre mil i mil de sus pájinas donde s'exhala el aliento de una juventud eterna i se aspira el inefable aroma de la vida. En las antologías francesas ocupará un lugar cerca de Lamartine, porque no media gran distancia entre **Jocelyn** i la **Vida de Jesús**. Si Lamartine fue poeta extraviado en la política o abeja que labró su panal en el gorro frijio, Renan fue poeta emparedado en la erudición o un Ariel que llevó en sus alas el polvo de una biblioteca.

1893.

VALERA

(Poeta y epistolario)

I

Con siete laminitas de marfil, que representan cinco triángulos i dos cuadriláteros, se divierten los niños en formar cientos i cientos de las figuras más apichosas. En análogo juego de paciencia s'ejercitan muchos versificadores americanos i españoles: con los adjetivos, una frase del siglo XVI i otra frase traducida o imitada de algún escritor francés, componen redondillas, sonetos, silvas i cuantas combinaciones métricas conocieron Renjifo i Hermosilla.

¿Se quiere adjetivos en las composiciones poéticas de Valera?

**Era el silencio de la negra noche,
Y yo lloraba mi ilusión perdida,
Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervescente en chispas vividoras
Y las antes recónditas estrellas,
Del hemisferio austral lúcido ornato,
Cuyo fulgor vió Dante sobre el rostro
De quien sin libertad no quiso vida.**

Un poeta más conciso habría reducido los últimos siete versos a dos:

**Y se burlaban de mi llanto, el aura.
La Luna i las estrellas;**

pero tenía que haber un llanto triste, unos rayos ti-

bios, un aura efervescente, unas chispas vividoras, unas antes recónditas estrellas, un lúcido ornato, i algunos ripios más, sin contar la inútil alusión a unos versos de la "Divina comedia".

¿Se quiere frases hechas?

**La esperanza, esa flor de primavera.
Fresca i lozana cuando Dios quería.**

El "cuando Dios quería" estuvo mandado enterrar en tiempos de Garcilaso i fue resucitado por Sancho Panza al lametar en Sierra Morena la pérdida del rucio. El mismo Valera confiesa que "en cualquiera época hai un estilo de convención, un enjambre de frases hechas, una manera, en suma, a "la que se adapta la turbamulta de poetas".

¿Se quiere traducciones o imitaciones? La respuesta merece algunos párrafos.

¿Muchos atenúan el plajio con el eufemismo de traducción o imitación i consideran como corsarios con patente legal o marinos caleteros a los más descarados piratas. Supongamos un Derecho marítimo redactado por la tripulación del Draque.

A José Nakens se le antojó escribir que don Ramón de Campoamor metía con alguna libertad su hoz en la mies de Víctor Hugo, i Valera entabló polémica en defensa del acusado. Defensa i polémica inútiles, i peor aún, hasta contraproducentes, pues al afirmar Valera que lo tomado a Víctor Hugo no valía la pena, daba desfavorable idea del gusto de Campoamor, que, pudiendo asimilarse lo bueno, escojió lo insignificante o lo malo. Nadie necesita de menos abogados i abogacías que el poeta de la Doloras. Por su rica fantasía, por su profunda in-

tención filosófica, por su verso unas veces gráfico i otras alado, por su estilo viviente i personal, Campoamor compite con los mejores poetas del mundo. Es tan individual, **tan él**, que se denuncia en una línea, pero no dejenera en monótono ni obstruye con su personalidad i su egotismo. Su imaginación, como las rosas de Oriente, perfuma lo que toca. ¿Hai muchos hombres capaces d'escribir hoi las **Fábulas** o las **Polémicas** i mañana **Colón** o los cuadros dantescos del **Drama universal**? Los Tennyson, los Leconte de Lisle i los Carducci, no están encima de Campoamor ni l'eclipsan.

El resultado de la polémica se calcula recordando que las controversias literarias, como fogatas de leña húmeda, suelen producir más humo que fuego. Conforme a las teorías sentadas por Valera, no plaja quien pone en consonante ajenos pensamientos consignados en prosa llana, o traduce en verso una poesía con tal de conservar o mejorar la hermosura del orijinal. Hurto es apropiarse brillantes u onzas; pero no diamantes en bruto para lapidarles nosotros mismos, ni lingotes de oro para convertirlos en vajillas grabadas con nuestro monograma. Consecuencia práctica: al acercarse el Invierno, róbate la capa del vecino, i para que no te acusen de ratero, mándala teñir.

Esto no posee ni el mérito de la novedad, pues muchos sostuvieron lo mismo en términos casi idénticos. "Un autor, en concepto de Nisard, hurta el "bien de otros cuando no iguala lo que les toma, como el grajo que se adorna con las plumas del pavo "real, pero recobra su bien, como decía Molière, "cuando lo que inventa iguala o supera a lo que to- "ma... Lo que **sin ninguna violencia** se traslada de

“poeta a poeta pertenece a los dos con el mismo título. Si hubiera violencia, habría robo”. (1).

Compárese las teorías de Nissard i Valera con la opinión del hombre que nunca se manifestó muy favorable al derecho de la propiedad literaria, que hasta escribió un libro para combatirla. “Todos sabemos, dice Proudhon, que “el plagio no sólo consiste en el robo de frases y usurpación de nombre o paternidad sino también (i es la manera más común de barde robar lo ajeno) en l’apropiación de una doctrina, de un razonamiento, de un método de una idea”. (2).

A cualquiera se le ocurre preguntar si el escritor que sobre el plagio formula teorías de manga tan ancha osa llevarlas a la práctica. Pregunta difícil de contestarse, dada la erudición poliglota de Valera. ¿cómo comprobar fácilmente que pone a contribución un griego, un latino, un inglés o un alemán? Vale más suponer que predice una teoría i sigue, otra que no ejerce ese **pickpocketismo** literario en que el mérito de la sustracción se aquilata por la destreza del operador.

Con todo, Valera se cree poeta, como Lamartine se creía gran arquitecto, Chateaubriand gran diplomático, Ingres gran violinista i Gavarni gran matemático.

II

Desde la malhadada polémica, Valera no desperdicia

(1) “Histoire de la litterature francaise”. Tomo troisteme, págs. 124 et 158. El transporte sans nulle violence pertenece a La Fontaine que en materia de plagios no tuvo la conciencia muy limpia. El autor.

(2) Les majorats litteraires.

dicia ocasión de zaherir a Víctor Hugo, porque le guarda la ojeriza de Sancho a la manta. Se maneja con el poeta francés como el que de mala nos pisa un callo, i en en el acto nos pide mil perdones i nos hace mil reverencias.

Una vez le censuró haber llamado a la Creación o Universo le **crachat de Dieu**, el esputo de Dios; no recordamos qué **magister** colombiano contestó que **crachat** debía traducirse en ese caso por **condecoración**; i sobre si el Universo era condecoración o esputo, se renovó entre colombiano i español la disputa famosa de los **Dos Preceptores**.

Atacar todo lo francés, achaque de todo buen español. Algunos escritores castellanos copian, imitan o traducen a Víctor Hugo, i apenas acaban de hacerlo, l'embisten i le denigran. Cosa mui natural: cuando un amigo nos convida la sopa, nos hartamos bien, i en seguida hablamos mal de la sopa i del amigo.

A más de la ojeriza con Víctor Hugo, Valera esconde su pequeña neurosis, o como dicen los franceses, **son dada**, creerse escéptico. "Yo soy un poco escéptico", dice repetidas veces, **á cheval sur son dada**. Cada uno cree lo que le parece creíble, i muchos no pasarán tal escepticismo, como no dijieren el republicanismo de Castelar. Se apostaría que Valera hace cruces al abrir la boca, i bendice el plato, antes de meter la cuchara, imitando al buen español que decía:

**Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.**

Luis Carreras asegura que Valera "no se atreve-

“rá jamás a adoptar un estilo volteriano, por recelo
“de los abanicos de cuatro emperifolladas i embar-
“nizadas marquesas” i “que antes de tomar la plu-
“ma enciende a su derecha una vela a Dios, a su iz-
“quierda otra al Diablo i enfrente una lámpara in-
“candescente a la ninfa Comodidad”.

Lo seguro es que la teomanía i la cristolatría re-
saltan en sus obras. Todo es Dios, en Dios, con Dios,
por Dios i para Dios; y en todo, con todo, por todo i
para todo está el divino Redentor. Canta la **Resu-
rrección de Cristo, la Divinidad de Cristo**, no sabe-
mos si la virginidad de Cristo; i rendiría gracias a la
Providencia que nos colma de infinitas bondades ha-
ciendo pasar los ríos por en medio de las ciudades
i poniendo en rajadas los melones para mayor facili-
dad de ser comidos en familia. Posee la cólera san-
ta del justo, el **odium teologicum** i el regocijo inefa-
ble del bienaventurado. No puede mentar a Machi-
avelli sin anteponerle el calificativo de impío, i arre-
mete contra Pi i Margall porque niega la vida futu-
ra; pero se conmueve hasta casi derramar lágrimas
porque l'Avellaneda experimenta en sus últimos años
el histerismo ascético, i eleva un solemne Te Deum
porque el grotesco Adolfo de Castro “se convierte de
“sus antiguas ideas de librepensador a ferviente ca-
tólico”.

Con una crueldad felina s'encarniza contra el
bueno de Aparisi i Guijarro i después de haberle des-
trozado i desmenuzado, se arrepiente i sufre los re-
mordimientos “del seminarista que regresa de come-
“ter un pecado contra el pudor”. Al fin, Aparisi i
Guijarro, que vivió i murió en el seno de la Iglesia,
merecía más consideraciones.

Si Valera no pone en tela de juicio ningún dog-

ma, si hace gala de buen católico, si aboga por el **Syllabus**, ¿de qué duda? Se le podría definir: un escéptico sui generis que rechaza las audacias lógicas de la Ciencia i afirma los desvaríos patológicos del Catolicismo. Vanagloriarse d'escéptico, i no rechazar el Catolicismo, vale tanto como creerse diséptico i decir el bálsamo de Fierabrás. El escepticismo de académico que asiste anualmente a la misa por el alma de Cervantes, es un artificio retórico, dandismo literario, préstamo de Renan, pero préstamo tan inofensivo como resolver charadas o jugar dominó (1).

Valera comparó unas liras de Menéndez Pelayo con una oda de Sinesios, el obispo de Ptolemaida. Bueno habría sido que el autor de las **Cartas Sudamericanas** se hubiera parangonado él mismo con el autor de la oda griega. Como los primitivos obispos semipaganos, continuaban en vida conyugal con sus mujeres lejitimas, así Valera, con todas sus dudas i todo su escepticismo, sigue cohabitando con su esposa la Santa Madre Iglesia.

III

Negado como poeta, no sólo por sus malquerientes, sino hasta por su amigo Revilla, discutido como dramaturgo, admirado como erudito, Valera se impone como traductor, i en la literatura castellana ocupa lugar más prominente que los Eujenio

(1) El grotesco Padre Blanco García, que parece haber tomado a lo serio el tal escepticismo, dice: "Valera es un escéptico que expone las teorías de Pitágoras y Platón, de la escuela teurgica de Alejandría y del misticismo cristiano, revolviéndolas como las figuras de calidoscopio". **La Literatura española en el siglo XIX**. Parte Segunda, pág. 147. El autor.

de Ochoa i los Ventura de la Vega.

Al revés de muchos traductores americanos i españoles, que traducen de traducciones francesas las obras de ingleses o alemanes, Valera acude a la fuente i nos ofrece un agua pura i fresca, recojida con sus manos. Cuando en el encabezamiento de una composición escriba: traducida del alemán o del inglés, debe creérsele, porque los versos no denuncian el trasvase de segunda mano, como quien dice, el empego del orden frances.

Sus traducciones cortas de Uhland i Goethe, principalmente las versificadas en romance octosilábico, suelen rivalizar con los originales. Esas baladas, esos **lieder**, admirablemente confeccionados por Valera, figurarán en las antologías españolas, como figuran en las vidrieras del confitero las perlas de azúcar, rellenas con lágrimas d'esquisita mistela.

Véase dos ejemplos, los más cortos, no los mejores:

LAS GOTAS DE NECTAR

(De Goethe)

Por complacer al amado,
Al divino Prometeo,
Un cáliz lleno de néctar
Minerva trajo del cielo.
Con él inspiró a los hombres
El santo amor de lo bello,
Y puso en sus corazones
De las artes el anhelo.
Recatándose de Jove
Bajaba, y estremeciendo
El cáliz, algunas gotas
Vertió sobre el verde suelo.
Abejas y mariposas

Al punto allí concurrieron,
Y hasta la deforme araña
Gustó del licor benéfico.
Dichosas, pues, que libaron
Inspiración y deseo,
Y del arte con el hombre
El alto don compartieron.

ROMANCE DEL PASTORCITO Y LA INFANTA

(Del alemán)

En el balcón del alcázar,
Al romper el nuevo día,
Tan hermosa como triste,
Está la infanta y suspira:
El Pastorcito del valle
Su pensamiento cautiva.
La Infanta murió de amores,
Su cuerpo a enterrar iban:
El lo vió, lo vió, y no supo
Por quién la Infanta moría.
En el valle está el sepulcro,
Y cuando en él se reclina
El Pastor, sueña dulzuras
De una tristeza infinita.

Sin embargo, en sus **Trozos del Fausto** descubre al versificador que desesperadamente lucha con rima i ritmo, mientras en su traducción de von Schack, **Poesía y arte de los árabes en España i Sicilia (1)**,

(1) Cette traduction faite avec talent serain, peut-etre, son principal tritre littéraire. Louis Lande —**Revue des Deux Monde**, Janvier, 1875.

cede a escrúpulos monjiles que no conocieron ni los antiguos frailes españoles al interpretar la **Egloga II** de Virjilio. La pudicia de Valera, ruborizándose ante cosas análogas al

**Formosum pastor Corydon ardebat Alexin
Delicias domini,**

le granjeó los aplausos de un señor Marqués de Valmar (1). Hai algunos santos varones que encuentran mui diáfano el **peplus** i vestirían a las Musas griegas, como una vieja de Paul de Kock pretendía forrar a hombres i mujeres con media docena de calzoncillos.

En cambio, su fidelidad al traducir algunos pasajes del mismo von Schack le atrajo la fraternal amonestación de un escritor bilingüe. "Así quisiéramos, dice el catalán Milá i Fontanals, que se hubiesen modificado ciertos paralelos del estado moral y del entusiasmo bélico religioso de los árabes y el de los cristianos; que por más que se trate de árabes, no se alabase cierto género de tolerancia, y que tuvieran el debido correctivo ciertas pupilas anti-monacales, únicas que al parecer disfrutaban de privilegio de desarrugar el sobrecejo científico" (2).

¡Lucido habría quedado von Schack en una traducción correjida por un Marqués de Valmar i revisada por un Milá i Fontanals! Con el procedimiento de **correctivos i modificaciones** se convierte a Lutero en defensor de los Papas, a Kropotkine en panejirista del Zar. Es el mismo sistema de los Padres Je-

(1) Carta prólogo a los **Estudios** poéticos de M. Menéndez Pelayo. **El autor.**

(2) Manuel Milá y Fontanals. **Obras Completas.** Tomo V, pág. 269. Barcelona, 1890. **El autor.**

suítas al aconsejar que “la interpretación de los autoclásicos se practicara de modo que, aunque pagamos, aparecieran como heraldos del Cristo”.

Por un'antinomía común a los místicos (Valera gustó mucho de que le llamasen místico i platónico) (3), el mismo hombre que ceja cuando llega el caso de traducir integralmente una poesía escabrosa, vierte al castellano las **Pastorales de Longus**, libro en que el episodio de Gnathon pasa de castaño oscuro. Aquí Valera no sólo transforma en mujer a un hombre, sino hace i deshace del Libro IV como si fuera una obra de su propiedad. Oigámosle.

“Una gran contra, fuerza es confesarlo, tiene por cierto, **Dafnis y Cloe**; el realismo de sus escenas amorosas, y la libertad, que raya en licencia, con que algunas están escritas; pero sería de disculpa que lo que en **Dafnis y Cloe** pueda tildarse de licencia no es el fondo perverso, y si algo de esto último hay en el original, lo hemos cambiado o suprimido” (XVIII).

“En el cuarto libro nos hemos atrevido a hacer bastantes alteraciones, algo parecido a lo que llaman un arreglo. Esto no quita que muchos párrafos (más de la mitad de dicho Libro IV) estén también traducidos por nosotros con la mayor exactitud. Sólo hemos variado unos lances originales por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres sustituyéndolos con otros fundados en más

(3) Juan Valera, estilista impecable, homme de grand savoir, et tres mondain qui applicuait au reman ses connaissances de la littérature mystique et de la philosophie platonicienne. Emilia Pardo Bazán. **Revue des Revues**. Paris, 15, Février, 1895. El autor.

“naturales sentimientos” (124).

“Ciertas obras literarias que representan una época, verdaderos documentos de los usos, costumbres y estado de alma, tocarles vale tanto como retocar el cuadro de un primitivo, completar una estatua o adulterar un edificio. Por la escasez de novelas griegas, **Dafnis y Cloe** es un documento precioso, i alterarlo y corregirlo por simple gachamonería o por mal entendido...”

¿Será Valera como algunos spinsters o solteronas inglesas qua solas se pasan horas enteras con los ojos fijos en un estereoscopio de fotografías pornográficas, mientras en público se sonrojan y miran al cielo cuando escuchan hablar de brazos i pantorri-llas? No lo sabemos; pero es de temerse que de repente salga traduciendo los epigramas de Straten o el Faublas de Louvel, todo correjido por un Marqués de Valmar, espurgado por un Milá i Fontanals i con induljencias del Ordinario.

IV

Entretanto consagra sus ocios de cesante o diplomático a escribir **Cartas sudamericanas**. En esas **Cartas**, que deberían llamarse Epístolas de un nuevo San Pablo a los Efesos, revela intenciones de convertirse en apóstol o emisario de la buena palabra. Se desvela por hacernos el bien, no como ese pícaro arriero de Cervantes, que se pasaba la noche en blanco porque le “tenían despierto sus malos deseos” de refocilarse con Maritornes. Considerando con razón a España como nuestra madre i creyendo posible nuestro regreso a la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical.

¿Qué nos trae Valera con sus **Cartas**? Si el espíritu moderno, le recibimos directamente de Alemania, Inglaterra i Francia sin necesidad de atravesar aduanas españolas; si el espíritu español, le conservamos suficiente para que nos haga falta una nueva importación. Hay muchos críticos españoles que, si bien admiten la emancipación política, siguen considerándose aún como los amos intelectuales de Sudamérica, predicando el respeto a la tradición, sin considerar que muchos defectos literarios son herencia de nuestros padres. Lo que en literatura necesitamos los sudamericanos es dejar la tradición española, emanciparnos completamente del espíritu castellano, ser menos gráficos, cortar el cable.

Hasta hoy sólo nos ha traído un mal. Con sus críticas d'espectación ultramarina, va propagando tal afición hacia el género epistolar que los escritores hispanoamericanos concluirán por llamarse, no clásicos ni románticos, idealistas i naturalistas, sino pistolarios. Toda república de lengua española se frustra hoy con algún pseudo Valera que en cada día de vapor escribe tantas páginas como líneas escribió el Tostado en diez años. Gracias a tanto Lord Chesterfield con faldas o tanta madame de Sevigné con pantalones, vamos en camino de ver constituirse una asociación internacional de alabanzas mutuas i himnes caseros.

Como los devotos anhelan por la bendición pontifical, así los autores sudamericanos sueñan con una epístola de Valera, que saca del limbo literario i posee más virtudes que bula de la santa cruzada. Novelistas i filósofos, historiadores i críticos, prosadores i poetas, mozos i viejos, todos le envían el primer ejemplar de sus obras con la esperanza de me-

recer la consabida carta congratulatoria.

Valera suele contestar burlándose del libro i ridiculizando al autor; pero los infelices toman la cosa por el lado serio i pasan su buen cuarto de hora figurándose en posesión de un salvoconducto para la inmortalidad. Hasta vilipendiados, quedan contentos: hai individuos que por la comezón de darse a conocer atravesarían la ciudad montados en un asno, vestidos de plumas i anunciados por las vociferaciones de un pregonero.

I ¡cómo sabe escarnecer a su clientela! Verdad que muchas veces con justicia, porque no faltan **chauvins** que en los modernos españoles vengarían la degollación de Atahualpa ni lacrimosos literatos que con la pérdida de la poesía incaica vivan tan inconsolables como Sancho con el robo de alforjas i fiambre. Se deleita pájinas de pájinas en hacer la vivisección de algún pobre diablo, hasta que por clemencia i capricho varía de tono i quiere justificarle con atenuaciones i alavanzas. Inútilmente; quita la buena reputación y no logra devolverla. Como aprendiz de brujo, Valera puede sacar al diablo de una botella, más no volverle a meter.

Para esas críticas de doble efecto se pinta solo. Herosilla, Villergas y Clarín, no sólo aplican banderillas de fuego, sino estocadas a fondo: son los tres grandes matadores de la crítica española; pero agrandan con toda su injusticia i toda su acrimonia, por la franqueza en emitir sus convicciones i el valor de acometer a cuerpo desnudo sin abroquelarse con frases ambiguas. Valera, con aire de deslizarse sobre su víctima, suavemente, en el sentido de la hebra, asienta la mano i pasa como peine a contrapelo. **Quand il fait patte de velours** o se calza guantes, cuida de agujerear con disimulo las puntas para que

la uña funcione alevosamente. En lugar de hacer cosquillas como Renan o Anatole France, escoria la piel como navaja roma. Escribe sus alabanzas en papel sinapismado, sus denigraciones en el reverso de un parche de unguento rosado. Asperjea con vitriolo i en seguida pone cataplasmas. La ironía, ese grano de sal en unos o cucharaditas de salsa inglesa en otros, es en Valera lazo gaucho para detener a los audaces o medialuna traidora para desjarretar a los fuertes.

V

Imitando probablemente a Chateaubriand i Lamartine, que en los últimos años de su vida menospreciaron la literatura, Valera confiesa con señoril desdén que escribe por sólo divertirse i divertir a sus lectores. Lo segundo no sucede siempre: algunas veces narcotiza con sus frases soporíferas, como tertulia de viejos que bostezan, cabecean i hasta roncan. Con sus frases cortas i lijeras, nos introduce en sociedad de pisaverdes que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botines ni abrazan fuertemente a una mujer por miedo de arrugarse la pechera.

Por mucho que se proclame un simple dilettante, denuncia siempre al escritor que se propone llenar arbitrariamente un número fijo de carillas: si tiene algo que decir escribe; si nada tiene que decir, escribe también, porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados i relamidos. Al reejerle cuando escribe por escribir, nos acordamos de los viejos verdes que conservan unos cuantos mechones de pelo, les dejan crecer, les dan mil vueltas, les pegan con goma, i piensan haber ocultado la alva.

Valera no hace gala de castizo i arcaico, habla

jeneralmente como todos hablamos, comete sus es-
tranjerismos aunque más de una vez cede al capri-
cho de construir frases que no desdecirían de ir in-
tercaladas en autores del siglo XVII. Con todo, nun-
ca s'embaraza en el movimiento de los períodos, va
recta i derechamente adonde quiere ir i dice siempre
lo que quiere y como quiere decirlo, apartándose de
los Cánovas, de los Cuetos i de los demás hombres
que se figuran nadar en el golfo cuando no consi-
guen más que chapotear en la orilla. Tiene su de-
jido artístico, su descuido con cuidado i hasta su admira-
ble bonhomía, pero carece de sabor medular: todos
sus libros parecen vertebrados con hueso converti-
do en jelatina.

Carece también de pujanza varonil. Lombroso
descubre en casi todas las literatas eminentes algo
masculino, tanto en sus obras como en su fisonomía
i acciones. Sin avanzar que todos los cortesanos con-
cluyan por afeminarse moral i físicamente, puede
afirmarse que cierto aire adamado suele resaltar en
las obras de los hombres de mundo. El escritor acos-
tumbrado a las ceremonias de corte i a las jenuflexio-
nes de salón o antecámara, presenta muchas veces
en su estilo la minuciosidad i meticulosidad de la mu-
jer; cuando escribe, parece que borda o cose; su
pluma concluye por adquirir la sutileza de l'aguja.
Véase, por ejemplo, a monsieur Arsene Honssave, al
seudo Petronio del segundo Imperio francés; sus me-
táforas se reducen a manipulaciones de abanico, su
cháchara insustancial a chismografía de cortesanas
i porteras. Hai, pues, casos de inversión cerebral:
hombres que escriben como mujeres, mujeres que
escriben como hombres; i s'espone a graves errores
el crítico que por la forma de un libro intente des-

cubrir el sexo del autor. Así, atribuiríamos a un nombre los poemas filosóficos de madame Ackermann las disquisiciones científicas de Clemence Roger; por el contrario, atribuiríamos a una mujer los versos de Grilo i la prosa de Valera.

En sus novelas, más que en todas sus obras, denuncia sus defectos en el fondo i en el estilo: es un Daudet pasado por agua de Javel. La señora Pardo Bazán considera las novelas de Valera como aplicaciones del misticismo i del platonismo, i Brunetiére las encuentra no sólo místicas i platónicas, sino cauísticas. Ahora bien, ¿qué prueba el misticismo? Todo lo que se quiera, menos virilidad d'espíritu. Al entregarse al sueño i al sentimiento, el místico se convierte en un ser neutro, se amputa la razón que es la virilidad del hombre. No sabemos si Valera lleva su misticismo al extremo de **avergonzarse** de poseer un cuerpo; sabemos sí que con todo su casuismo, con todo su platonismo i con todo su misticismo presenta indicios de mostrarse impíamente burlón i hasta hace ademán de lanzar la flecha volteriana; pero, a lo mejor, todo queda en nada, sea por gracia del Espíritu Santo, sea "por recelo de los abanicos de cuatro emporifolladas i embarnizadas marquesas".

Al lector se le ocurre de cuando en cuando preguntarse si toda la relijiosidad i todo el resneto al catolicismo no s'esplican por la simulación del hombre astuto que evita romper lanzas con la Iglesia, por la táctica del epicúreo que desea vivir i morir tranquilamente. ¿Será Valera más volteriano que Voltaire i más maquiavélico que Machiavelli? Como prostaría de semejante manera de juzgarle, debemos admitirlo tal como se nos muestra, como seguramente desea que le veamos, sin fijarnos mucho en las

incompatibilidades que median entre el escepticismo i el misticismo, entre la duda profana i el **flirt** divino.

Todo lo aseverado anteriormente no impide afirmar que Valera contenga en sus libros apreciaciones ingeniosas i profundas, que sea muchas veces leído con deleite i provecho, que figure como uno de los talentos más cultos v más variados d'España i aun de Europa. Escritor jenérico por escelencia, no se confina en una especialidad i abarca muchas materias: es novelista, dramaturgo, crítico, historiador, diplomata, filólogo i con mucha razón se le ha comparado con los eximios humanistas que brillaron en la época del Renacimiento. Sabe latín, alemán, inglés, italiano, francés; ha leído en el orijinal a los grandes i pequeños escritores, antiguos i modernos i hasta parece que lleva su ingenio al punto de traducir el griego sin haberle estudiado.

Su defecto capital, lo que amengua sus buenas cualidades, consiste en ser hombre de transición, en quedarse en el dintel de una puerta, sin entrar ni salir, en llevar medio rostro bañado de luz i medio rostro cubierto de oscuridad. No vuela libremente sujeto por la Relijión i la Monarquía, se mueve y cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, no tolera el desquiciamiento del orden establecido ni la plena libertad en la concepción filosófica. Adorador del justo medio, nada entre dos aguas: a medias defiende las corridas de toros, a medias combate el poder temporal de los Papas, advirtiendo cautelosamente que no es dogma declarado por la Iglesia.

Pero no siempre se anda con términos medios en presencia de un librepensador o revolucionario

e rojo i embiste, no con franqueza, sino con su buena dosis de subterfujios. En ese caso, su crítica se metamorfosea en toro jarameño con pitones agudos pero dorados. Ya vimos cómo se manejó con Pi i Margall; mas no queda en eso. Exagerando l'antigua costumbre francesa de azotar al paje del delfín cuando el delfín merecía los azotes, se va contra unos cuando delinquen otros, como sucede con Guyau i Comte, que pagan los que no pecan. En unas cuantas líneas o pájinas, escritas al correr de la pluma, como si se tratara de unos advenedizos, clava puazos a Guyau i deja como nuevo al pobre Augusto Comte.

Nada que se levante un palmo del suelo: fuera el águila, paso a la **avenida** o gusanillo alado que vuela un momento para caer y no remontarse nunca; abajo el cedro, arriba la grama. Cambiemos el Océano por una pila de agua bendita; dejemos las selvas cuatoriales por el jardín de Tartarín de Tarascón.

Un crítico español tuvo la ocurrencia de comparar a Valera con Goethe. Distingamos: Valera es a Goethe como el padre Claret a Strauss, como Cánovas del Castillo a Bismarck, como Martínez Campos a von Moltke, como Ferrán a Goch i como el mismo crítico es a Hegel.

CASTELAR

I

Castelar seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, i arrebatada por su estilo de períodos ciceronianos i cervantinos; pero cansa con la amplificación interminable de los mismos pensamientos, i hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palinjenésico, caótico, superplanetario i cosmogónico.

No contiene un ápice del jeneroso espíritu pagano que animó a los grandes oradores de l'Antigüedad; por el contrario, personifica la neurosis mística que desde hace mil ochocientos años inficiona los pueblos de Occidente. Parece un Fénelon que llevara en sus venas unos cuantos glóbulos rojos de la sangre impía i revolucionaria de Víctor Hugo, i muestra visos de un San Luis Gonzaga hipnotizado por un descreído como Pi i Margall.

Su corazón exhala vapores de falso sentimentalismo que perturban las funciones del cerebro. De ahí su carencia de lójica; librepensador, "no consiente" que derriben los altares donde repetía sus oraciones "de niño"; apóstol de la democracia universal, se "opone a que la Monarquía española deje caer de su "manto la hermosa perla nombrada Cuba".

Los años pasan con sus tempestades i sus cataclismos, sin grabarle el sello de austeridad que la lluvia i el viento imprimen hasta en los monumentos de piedra. Viejo, escribe hoi con la misma lijeza i la misma superficialidad de hace cuarenta años, i no descubre en ninguna de sus obras "una madurez

“potente, un dulce i rico sabor de Otoño” (1).

El cráneo deste hombre maravilloso semeja la retorta de un alquimista, o más bien, un caos mental donde accionan i reaccionan las utopías de todos los soñadores, las negaciones de todos los incrédulos i las afirmaciones de todos los creyentes. Nadie tiene derecho de creerle materialista o espiritualista, librepensador o católico, monarquista o republicano, pues con un fragmento de sus libros se refuta lo que se prueba con un trozo de sus discursos, pues todas sus producciones se reducen a “magnífica i “abigarrada procesión de pensamientos desordenados “í rapsódicos” (2).

II

Como político i propagandista, como literato i orador, Castelar no pertenece a la familia de los hombres que amenazan desequilibrar la Tierra cuando la golpean con los pies. El ha removido la costra del terreno arable, pero no ha sabido ahondar el surco, estirpar de raíz las malas yerbas ni sembrar una buena semilla.

El causó mayores daños a España con su liberalismo expectante i emoliente, que Bonaparte con su invasión sangrienta, que Isabel II con su reinado gangrenoso, que los Prim y los Martínez Campos con sus pronunciamientos i conspiraciones. Como el Nerón de Soumet asfixió a sus convidados con una lluvia de rosas, así Castelar ha concluído por ahogar la democracia española en un diluvio de flores oratorias. El más que nadie merece el título de “ilustre calamidad”.

(1) Michelet.

(2) Edgar Poe.

Puede servir de oráculo infalible entre los estudiantes de España y Sudamérica, puede figurar como apóstol en los corrillos de sus partidarios; pero en Alemania, Inglaterra i Francia, en países donde se piensa con madurez, Castelar no ejerce ninguna influencia, no goza de autoridad ninguna.

En Sociología i Moral, sólo divaga cuando intenta vulgarizar, como en Ciencias Naturales lo consiguen Figuiet, Foinville, Verne o Flammarión. En Historia, desnaturaliza el arte que Michelet poseía de evocar una época: la Humanidad que nos presenta en sus narraciones aparece desfigurada, contrahecha, como cuerpo retratado en caprichosa combinación d'espejos cóncavos i convexos. Ve cosas i acontecimientos como si adoleciera de daltonismo intelectual. Cuando en sus biografías pretende reconstituir un personaje, procede como el paleontólogo que para restaurar un fósil uniera el cráneo de un hombre, las alas de un pterodáctilo i el tronco de un megaterio.

Como orador, con todo su descomunal talento, es un capuchino estraviado en la política: ha convertido la tribuna en púlpito. De sus creaciones oratorias debe repetirse lo que Villergas dijo de los dramas escritos por Gil i Zárate: "Empiezan en la Tierra i acaban en el Cielo".

En Castelar los órganos fonológicos se nutren a espensas del juicio. Su palabra tiene la inconsciencia de una función animal, habla como los otros dijeren. Es el Zorrilla de la elocuencia. Adjetiva como el poeta de **Granada**: los sustantivos de Castelar desfilan con sus adjetivos, como interminable hilera de cojos i paralíticos apoyados en sus muletas. Posee la verbosidad inagotable sin el razonamiento irresistible. No convence, porque sus argumentos se redu-

cen a perisolojías declamatorias o a meros arranques de sentimentalismo. Tiene relampagueos i auroras, pero no la luz meridiana de los clásicos griegos; arranques enérgicos, pero no las frâses decisivas del gran historiador latino.

Teórico primero que todo, no recula ante un aluvión de palabras, cuando no ceja i cede ante el hecho que presenta la magnitud de un grano de arena. No aterra como enemigo: acomete al adversario, l'envuelve i l'estrecha, pero no le desarma ni le vence: abraza con descomunales brazos de gigante, i aprieta con fuerzas de pigmeo. Cuando s'encoleriza i cree pulverizar a su contendor, no hace más que ensordecerle con una sinfonía o abofetearle con pétalos de rosa. Su elocuencia se parece a la de Mirabeau, como la espuma del champagne al hervidero de un mar en tempestad.

III

Se le debe clasificar entre los músicos, lejos de Mozart o Wagner, cerca del hombre-orquesta que azota i divierte a las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el tambor mayor del siglo XIX: marcha presidiendo el bullicioso batallón de los hombres locuaces, de todos los inagotables habladores que hablan i hablan por el solo prurito de hablar.

Niño en sus caprichos, hembra por sus veleidades, no espresa el vigor del carácter varonil. Aunque nos empalague siempre con sus emulsiones de ensiblería siroposa, nunca nos hace sentir el salto de la carne herida por el amor, nunca el estremecimiento del corazón estrujado por mano de una mujer. Este hombre, o no amó jamás o sólo amó lo que no debe amarse. Todo prueba en él l'atrofia de los órga-

nos viriles o la perversión del instinto jenésico.

En Demóstenes, en Cicerón, en Mirabeau, descubrimos al individuo: en Castelar vemos siempre al actor. Como su personalidad se reduce a casi nada, puede hacer suyo el dicho del orador latino: "Yo sólo suministro las palabras, que nunca me faltan".

El no se pinta como individuo, sino como colectividad: no como cóndor capaz de fatigarnos i derribarnos a fuerza de aletazos, sino como enjambre de insectos multicolores que nos marean con su incessante revoloteo i nos embriagan con el aroma recojido en el nectario de las flores i con el sahumero aspirado en el incensario de una catedral.

Tenor que grita siempre i alguna vez arranca el do de pecho, pintor que sin cuidarse de medias tintas hermana todos los colores de la paleta, danzante que empieza a moverse en curvas regulares i acaba por entradas i salidas angulosas, estatuario que pone plinto de barro a un coloso de bronce, arquitecto que remata el Partenón con el techo de una cabaña mozambique: todo eso i mucho más es Castelar cuando habla o escribe.

Gorgoritos de la Patti acabados en responso, retorcimientos de gimnasta unidos a contorsiones d'epiléptico, sacrílegas crispaturas de puño que terminan en señales de la cruz, ascensiones al Olimpo que paran en descensos a una sacristía, ahitamiento de ambrosía regada con agua de Lourdes: todo eso i mucho más hai en el estilo de Castelar.

Cuando recorre las épocas jeológicas desde la solidificación del Globo hasta el nacimiento del hombre, i la Historia desde la edad de piedra hasta nuestros días, suceden dos cosas mui naturales: el público se duerme como el individuo que bebe la dosis máxima de cloral; Castelar se duerme también sobre la pala-

bra i habla dormido, como esos viejos soldados que se duermen en la marcha i marchan durmiendo.

Tal es el hombre que lleva sobre sí tres enormes pecados: haber convertido el idioma castellano en orquesta forana i churrigueresca donde predominan el tantán chinesco i la esquila del convento; haber hecho de la Historia, ya una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, ya una mascarada trágica como los Jirondinos de Lamartine; i haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo a que España sea lo que es hoy: el clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego cargando al paralítico.

QUINTA PARTE

LOS FRAGMENTOS DE LUZBEL

I

Núñez de Arce ha subido hasta una eminencia donde no llegan venablos de críticos malévolos ni recriminaciones d'envidiosos. Posee títulos de reyecía literaria en **Raimundo Lulio**, la **Pesca**, el **Idilio**, la **Visión de Fray Martín** i algunas diez producciones más, que vivirán tanto como la lengua castellana.

Verdadero portacetro de la poesía castellana, marcha seguido por innumerables lejiones de incipientes versificadores que desean escribir su **Idilio**, como ayer quisieron componer su oda, su canto a Teresa, su oriental, su dolora, su cantar o su rima.

II

Las obras publicadas hasta hoi por Núñez de Arce han sido simples ensayos, ejecutados con el fin de amaestrarse en lo mecánico del verso antes de lanzarse a la composición de un gran poema. El **Idilio** y la **Pesca** figurarían como campanas d'Egipto que anuncian un Austerlitz. El mismo Núñez de Arce lo declara en la especie de carta-prólogo que antecede a su poema **El Vértigo**: "Pero no es esto decir que, "atendiendo a los consejos de amigos para mí muy "afectuosos, entre los cuales ocupa V. lugar preferente, no me decida acaso a escribir un poema de "mayores y más trascendentales proporciones que "los que hasta ahora ha producido. Abrigo este pensamiento hace tiempo, y espero realizarlo, si Dios "me concede para ello vida y reposo. Los poemas

“de cortas dimensiones que he publicado sólo son, como serán los que publique en lo sucesivo, tentativas en que ejercito mis fuerzas y ensayo mi aptitud para los varios géneros de la poesía contemporánea”.

Luzbel ¿es el magno i aguardado poema? **Los Fragmentos** ¿vienen como globo de ensayo? Sea lo que fuese, los 134 endecasílabos, lejos d'eclipsar al **Raimundo Lulio**, patentizan que “algunas veces dormita el buen Homero”. Abundan fraseologías, prosaísmos i revoques usados por malos versificadores para resanar grietas del edificio. Lunares que ni siquiera se dejan notar en proveedores de álbumes o abastecedores de abanicos, resaltan mucho en los grandes poetas como Núñez de Arce.

“Luz de ópalo y grana”, “majestad i pompa soberana”, “corriente bullidora”, “confín lejano”, etc., son monedas gastadas por el vulgo consonantero. D'estas frases hechas i otras análogas, como “blanca vestidura de la inocencia” o “campañas esmaltadas de flores”, decía Johnson que “habían sido imaginación, i ya era memoria”.

En los dos versos referentes al Sol:

**y cuando por los términos de Oriente
en tu carro de llamas centelleas,**

no sólo recordamos el carro d'Helios en Grecia, sino el de Surya en la India. Hecho curioso: los poetas modernos, al cantar los fenómenos celestes, usan generalmente las mismas figuras que los antiguos; así, cuando falta “l'aurora que abre con dedos de rosa las puertas del Oriente”, viene de seguro “el carro de llamas que centellea en el zenit”.

Luzbel

de pie sobre el granítico cimiento...
.....volvía en torno
sus pupilas candentes como un horno;
y al resplandor de la siniestra hoguera
que en sus ojos radiaba, su figura,
semejante al dolor que nada espera,
destacábase hermosa, pero oscura.

Si en prosa escribiéramos: "al resplandor de sus pupilas, candentes como un horno, se destacaba su figura hermosa pero oscura, semejante al dolor que nada espera", sobraría lo demás: "la siniestra hoguera que en sus ojos ardía", no pasa de redundancia.

Ya que los **Fragmentos** recuerdan al **Fin de Satán**, véase cómo pinta Víctor Hugo los ojos del Diabolo:

La rondeur de sa rouge et luisante prunelle
semblent, dans la terreur de ces lieux inouis,
Une goutte de flamme au fond du puits des nuits.

Encima de Luzbel

brilla y arde
con todo el esplendor de una corona,
la solitaria estrella de la tarde.

Es el **arde** hai un pleonasma i una impropiedad de lenguaje: los soles arden, los planetas brillan. I ¿por qué llamar solitaria la estrella de la tarde, si antes dijo que había multitud de luceros, que la Luna s'elevaba?

Y fiel (el Sol) a su promesa halagadora,
con majestad y pompa soberana,
torna otra vez al despuntar la aurora.

A más de los muchos asonantes en **oa** i de los **tor**, **tra** i **tar**, que endurecen el verso, choca el prosaico ripio de **otra vez**.

S'esperimenta la obsesión de cumbres i alturas:

Sobre estéril picacho que cubría...
Por las vertientes ásperas del monte...
Al trasponer espléndido una cumbre...
El Sol, al esconderse tras la sierra...
Pero invencible, y por el monte y llano...
Que se elevaba, coronando un risco...

Luzbel alzado

Sobre peñón altísimo. . .
De pie sobre el granítico cimiento...

Respecto a los adjetivos, hai **habitada** tierra, **fiero** orgullo, **soberbia fiera**, **caricias inefables**, **sinistra** hoguera, i un disco de Luna **ardiente**, **jigantesco** i **fantástico**. ¡Qué diferentes de los adjetivos homéricos i virgilianos! El mérito de un adjetivo consiste en no admitir sustitución por adherirse al sustantivo, como la carne al hueso, como el tegumento al músculo. Muchos calificativos de Núñez de Arce pueden faltar o separarse del sustantivo, como la ropa del cuerpo, como el parásito del tronco.

El idioma castellano continúa en el período mórbido del adjetivo: prosa o verso, cada sustantivo lleva su apéndice adjetival, i ¡ojalá llevara uno solo! Como los preceptistas afirman que existe lenguaje de la prosa i lenguaje del verso, que las voces bajas o plebeyas s'ennoblecen con adjetivos, i que la poesía se diferencia de la prosa en admitir mayor número de calificativos, los poetas se creen con derecho de adjetivar cada sustantivo, olvidando que todo prosaísmo se reduce por lo jeneral a simple infracción

del ritmo i que el verso, lejos de contener ampli-
ficaciones inútiles y vacías, debe espresar las ideas en
forma concisa y, por decirlo así, lapidaria. El verso
se parece a la prosa como el alcohol al vino. Un pen-
samiento rítmico es algo definitivo que recuerda la
infranjibilidad del vidrio vulcanizado. Víctor Hugo
decía: "La idea templada en el verso adquiere de
"pronto algo más incisivo i más brillante. Es el hie-
"rro convertido en acero". (1).

III

Los **Fragmentos** abundan en descripciones y com-
paraciones.

Sin la descripción, no conoceríamos el medio
ambiente i veríamos accionar a los personajes como
sombras en el vacío. Describiendo con tino, resaltan
las figuras i se vivifica l'acción; pero haciéndolo in-
moderadamente, los personajes desaparecen entre el
aparato escénico i el argumento se desenvuelve con
insufrible languidez. Entre los cuentos de Pérrault
i los poemas de Delille ¿quién no prefiere **Nene Pul-
gar a los Jardines?**

El autor minuciosamente descriptivo se iguala
con la mujer que no da un paso sin detenerse a de-
senvolver o replegar la cola de largo vestido. Los
escritores que al nombrar cada objeto se creen obli-
gados a describirle, olvidan que todo concluye por
cansar, hasta el recojer rosas. Pope, aficionado en la
juventud a descripciones, terminó por llamar a la
poesía descriptiva "un guiso compuesto de salsas".

Núñez de Arce suele pintar figuras mui pequeñas,
en telas mui grandes, con marcos jigantescos. En
algunos de sus poemas consagra más versos a las

(1) Cromwell. Preface.

descripciones que a la narración, más al escenario que a los personajes; pero lo hace con tanta delicadeza i maestría que no cansa ni aburre al lector. Así, en la **Pesca**, el verdadero protagonista de l'acción, quien más nos interesa, es el mar que de simple escenario se transforma en actor principal: ante la imberturbable grandeza del Océano, que

siente rodar los siglos, y no calla,

se reducen a dimensiones microscópicas Miguel i Rosa con todos sus amores i todas sus desgracias. Quién sabe si l'absorción del individuo por el escenario simboliza la pequeñez o nada del hombre en presencia de la Naturaleza! Verdaderamente ¿qué somos? Sombras móviles i efímeras en decoración inmóvil i cien veces secular. Sin embargo, las figuras pintadas por Núñez de Arce ocupan alguna vez más lugar que el paisaje, le dominan i l'eclipsan, como sucede en el **Idilio**, en ese poema tan único en la literatura española, que para citar algo semejante o mejor, se necesita recurrir al **Hermann und Dorothea** de Goethe o a la **Evangeline** de Longfellow.

Fidias blasonaba de que al esculpir el Zeus olímpiano se había inspirado en los versos de Homero. Ningún artista figuraría en tela o mármol lo que muchos poetas describen hoi con la pluma. No quiere decir que el mérito de una descripción se mira por la facilidad de ser pintada o esculpida. Todos los cuadros i estatuas de los mejores artistas no alcanzan donde llega la palabra: la idea conoce gradaciones que no caben en la gama del color ni en el ritmo de la línea. La música misma, incapaz de emitir ideas claras i definidas, comunica sentimientos

sin precisar su intensidad: más que espresa, estimula; más que describe o pinta, evoca: la vaguedad de la nota no llega jamás a la precisión de la palabra.

Las Artes plásticas representan el momento, la Poesía espresa el momento i la continuidad: un cuadro es como una fotografía instantánea; una estatua, como una escena petrificada; un poema, como el desenvolvimiento sucesivo de figuras en diferentes posiciones i bajo diversa luz. Como la Escultura i la Pintura suplen con símbolos a su deficiencia en la espresión de ideas i acciones, encierran algo convencional que escapa muchas veces a la inteligencia de los profanos: necesitamos la clave de la Mitología para saber lo que representan algunas estatuas i algunos cuadros.

Si la poesía lleva superioridades a las Artes plásticas no carece de inferioridades. Aunque Théophile Gautier no reconozca ideas inesprimibles, basta leer una descripción delante del objeto descrito para convencerse que la palabra no logra expresar todos los matices del color ni todas las inflexiones de la línea: una estampa mediocre nos da mejor idea de Nuestra Señora de París que todas las descripciones de Víctor Hugo, más conocemos a Napoleón por la estatua de Canova o el medallón de David que por todas las páginas de los historiadores.

Si las artes poseen dominios propios, no viven separadas por barreras infranqueables; i Lessin arduo exajerado i exclusivista cuando afirmó que “la Poesía pertenecen las acciones i a la Pintura los cuerpos con sus cualidades visibles”; tan exajerado i exclusivista como Voltaire cuando dijo que “las metáforas, para ser buenas, deben formar imaje

el poeta rivaliza también con el escultor.

Lo mismo sucede en el cuarteto de Leconte de Lisle que resume todos los **Fragmentos de Luzbel** y parece haberles servido de modelo:

**Silencieux, les poings aux dents, le dos ployé,
Enveloppé du noir manteau de ses deux ailes.
Sur un pic hérissé de neiges éternelles,
Une nuit s'arréta l'antique Foudroyé (1).**

Théophile Gautier, no satisfecho con la escultura policroma del verso, cincela estrofas que compiten con la blancura del Paros: en sus **Emaux et Camées** algunas composiciones son como sinfonías de iracundo maculado mármol.

Cuando Núñez de Arce, queriendo pintar a Luzbel, escribe:

**Ráfagas de huracán eran sus alas,
rojo su traje, desceñido y suelto,**

y, a imagen del pesar, negras sus galas
no dice mucho, principalmente con el ripio a **imagen del pesar.**

En los **Fragmentos** se suceden auroras, tardes, noches, etc.; pero los cuadros carecen de perspectivas i hasta de luz.

Hai descripciones bellísimas:

**Por las vertientes ásperas del monte
la niebla en sueltas ráfagas caía.**

¡Qué poética la siguiente enumeración!:

(1) Poèmes bárbares.

**Es cada rayo un beso, cada rama
un arpa sacudida por el viento,
un incensario cada flor.**

Algunas de sus comparaciones, cortas pero vagas confusas, recuerdan el perfil trazado por mano de aralítico. Ya se ha visto unas "galas negras como el esar", una estrella que brilla como una corona" cuando sería mejor una corona que brillara como estrella, i una "figura que se destaca hermosa, pero "oscura, como el dolor que nada espera".

¿Qué valen los símiles que no embellecen o claran el estilo? En Homero, que tiene la claridad del Sol, las comparaciones pomposas i teatrales, embellecen la narración épica; en Víctor Hugo, que suele presentar la oscuridad de un pozo estrellado, las metáforas iluminan la idea filosófica.

Núñez de Arce despierta i recobra toda su inspiración cuando hace comparaciones como las siguientes:

**...La tierra se desnuda
de su atavío, y cual doliente viuda,
las negras tocas de la noche viste.**

**Ancha masa de sombra se extendía
como legión conquistadora, muda,
pero invencible.**

No vale más la metáfora de Víctor Hugo:

**hidre immense de l'ombre ouvre seis ailes noires
)**

o El Fin de Satán.

IV

Núñez de Arce comete inexactitudes i errores científicos: pecado no exclusivamente suyo, sino de casi todos los poetas modernos, pues no sobran hombres que hoi escriben el **Gran Galeoto** i mañana resuelven una ecuación de grado superior o disertan sobre las aplicaciones de la electricidad. Valdría la pena componer un índice espurgatorio de las científicas herejías en que diariamente incurren los más notables autores de versos.

¡Qué diferentes los poetas clásicos! Forman la enciclopedia de l'Antigüedad. Agradan por el buen sentido, por las pocas salidas de tono, por la estricta conformidad con el espíritu de su época. Yerran con el error de su tiempo; i, quién sabe, "si cuando las ideas de los antiguos suelen parecernos absurdas, "debemos culpar a nuestra intelijencia más bien que "las de un Homero i un Hesíodo" (1).

Déjese la bobería de llamar apóstoles o profetas a los escritores de buenos versos; pero no se olvide que el buen poeta sintetiza las ideas analíticas de su época, i sirve de intermediario entre el sabio abstruso i las multitudes incipientes. Como los antiguos lo comprendieron así, viven hoi i parecen más modernos que los modernos mismos. Si nuestras poesías a los veinte o veinticinco años de publicadas adquieren un aire vetusto, mientras las composiciones de los griegos conservan toda su lozanía juvenil, es porque los poetas contemporáneos se fijan más en los arabescos de la frase que en la solidez del pensamiento. Usan en las formas algo como una tela i un corte de moda; pasada la moda, pasó lo escrito.

1 L. Ménard. Du Polithéisme hellénique.

El **Ramayana** patentiza las luchas étnicas del Indostán, la **Iliada** i la Odisea sirven de testimonio en Arqueología helénica, Virgilio ayuda tanto como Tito Livio a conocer el origen fabuloso de Roma, Lucrecio suministra inestimables datos para estudiar el epicureísmo latino, i hasta el decadente Ausonio proporcionó materiales a Cuvier para la descripción de algunos peces. “Ensayad, decía irónicamente Martha, ensayad el modo de infundir la más leve noción de Astronomía moderna con todos nuestros versos dirigidos a Luna i estrellas”. Efectivamente, ciñéndose a los poetas, sabemos hoi del cielo tanto como supo Tolomeo, quizá menos: con versos de autores modernos se conseguiría probar que el Sol iguala en superficie al Peloponeso. Hoi no se afirmará con los retóricos antiguos que “la Poesía encierra más verdad que la Historia”.

¿Quiere decir que toda composición poética resume un aforismo de Higiene, un teorema de geometría o un problema de Algebra? No; pero, si toda verdad contiene un fondo de poesía ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la Ciencia no es antipoética, la Poesía ha de ser anticientífica? Los mejores poemas modernos no almacenan un adarme de ciencia, en tanto que las obras científicas rebosan de poesía. Las producciones maestras viven no sólo por el estilo, sino por la cantidad de verdades que atesoran. El almizcle sirve para fijar el olor de las esencias fugitivas: la verdad hace en los versos un papel semejante.

Unos cuantos renglones de crítica minuciosa i pedantesca pondrán de manifiesto algunas inexactitudes i errores científicos.

¡Siempre es bello el crepúsculo; Ese instante melancólico y dulce en que palpita el alma universal, es semejante al ósculo postrer con que un amante pone forzoso término a la cita.

Los crepúsculos duran poco en la zona tórrida; mucho en las templadas i mucho más en las glaciales. En el solsticio de Verano, el crepúsculo de algunos países dura toda la noche, fenómeno que Víctor Hugo pinta diciendo que el día

Semble toute la nuit trainer au bas du ciel.

¿Se alegará que Núñez de Arce toma la palabra **instante** por un tiempo indeterminado? No, al comparar el crepúsculo con una cosa de breve duración, "el ósculo postrer que pone forzoso término a la cita".

La vida entonces se despierta: el germen vibra en el surco, en la arboleda el ave, el pez en la corriente bullidora; hasta a los monstruos que en el seno duermen del tenebroso mar, alcanza el suave efluvio de la luz reparadora.

Se habla de las "vibraciones que ajitan al jermen en los meses de aparente inercia", i efectivamente, vibran los jérmenes, atmósfera i montes vibran también por l'acción solar; pero ¿vibran un ave i un pez? Usando vibrar por cantar, vibra el ave; mas el verbo no puede aplicarse en el mismo sentido al jermen i al pez. A más, los peces no abundan en las corrientes bullidoras, prefieren los remansos o aguas profundas i no mui rápidas.

¿A qué animales se refiere Núñez de Arce al decir “hasta a los monstruos que en el seno duermen “del tenebroso mar”? Por lo **tenebroso**, parece que a los habitantes de las profundidades oceánicas; y en este caso l’afirmación resulta falsa, porque los animales submarinos no sienten la influencia de la luz, no saben si el Sol nace o muere. ¿Por que llamarle monstruos? La palabra monstruo va perdiendo la significación vulgar de cosas mui grandes o estrañas para ceñirse a la científica de “grave anomalía en la “conformación de un individuo”. Se admite decir que Nerón era monstruo de perversidad, se clasifica de monstruo sicológico al idiota, no estraña que al hablar de Demóstenes su enemigo Esquines s’espresara repitiendo: “Ustedes le admiran, i, qué sería si “hubieran escuchado al monstruo mismo”; pero chocca llamar con Cervantes a Lope de Vega “un monstruo de ingenio”, cuando para indicar la escelencia de una persona o cosa tenemos el vocablo prodijio. Lo contrario sucede con la palabra fenómeno que antes implicaba monstruosidad, i hoi tiende sólo a significar un hecho de la Naturaleza.

El adjetivo suave ¿conviene al **efluvio** de la luz? Venga Núñez de Arce a nuestra zona tórrida, esperimente el fuego del Sol matutino, i díganos si la luz se distingue por la suavidad. Aquí **suave** figura para rimar con **ave**, lo mismo que **reparadora** con **bulldora**. La luz solar, no sólo repara, crea: desde la fragancia exhalada por la flor hasta la idea elaborada por el cerebro, todo, en la superficie de la Tierra, viene del Sol.

Núñez de Arce, con sus **efluvios de la luz**, o junta palabras que nada significan o nos hace retrogradar a la teoría newtoniana de las emanaciones, cuan-

do reina hoy la hipótesis cartesiana de las ondulaciones.

La sombra s'estendía

...por el monte, el llano,
la selva, el mar que indómito rugía...

Enumeración imperfecta, hechos inexactos: la oscuridad no comienza por los montes; al contrario, puesto ya el Sol, conservan iluminadas las cumbres.

...Con su disco ardiente,
gigantesco y fantástico la Luna.

Pase lo gigantesco, perdónese lo fantástico; pero ¡ardiente! Respondan los astrónomos que consideran a nuestro satélite como un astro apagado sin luz propia. Luna i frío andan tan unidos en el lenguaje vulgar que el pueblo canta:

Primero que yo te olvide
¡Miren qué comparación!
Ha de calentar la Luna
I ha de refrescar el Sol.

¿Núñez de Arce quiso referirse con el vocablo **ardiente** al color rojizo que algunas veces presenta el disco lunar? Cuando Quevedo, al hablar de un prócer español, dijo:

Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta Luna,

tuvo una idea felicísima: el adjetivo sangrienta posee un mérito más que pintoresco, aplicado a un guerrero de los Países Bajos.

**Luzbel, sumido en su dolor eterno,
sobre estéril picacho, que cubría
de inmaculada nieve el duro invierno,
surgio de pronto...**

**...Luzbel alzado
sobre peñón altísimo, que alfombra
nieve perpetua...**

Aquí tenemos una nieve perpetua en unos versos i de Invierno en otros, cosas mui diferentes: las nieves de Invierno aparecen al venir la estación fría, mientras las llamadas perpetuas dependen de l'altura sobre el mar o de la latitud.

Luzbel

**Se parece a un planeta condenado
a recorrer en sideral concierto
su órbita inmensa, siempre inhabitado,
árido y sin calor; pero no muerto.**

Concierto sideral trasciende a ripio i contradice la idea que los ortodojos conciben del Diablo: al moverse como un planeta en su órbita, Luzbel obedece una lei, se convierte en siervo sumiso, deja de ser el símbolo clásico de la rebelión. "Un planeta inhabitado, árido y sin calor; pero no muerto", raya en cosmogónicamente imposible. Para la Ciencia, el cuerpo celeste, ya solidificado, sin luz propia, habitantes, vejetación ni calor, ha ya muerto. Vida sin calor, no se concibe, siendo el calórico un agente inseparable de la vida, tal vez la vida misma. O ¿considerará Núñez de Arce a los astros como especie de catalépticos que hoi pierden las apariencias de vida i mañana las recobran?

Imaginemos que allá por el año 3000 algún erudito exhume los **Fragmentos de Luzbel** i comente verso por verso, como los modernos comentan hoi los Vedas o las Rapsodias homéricas, ¿qué deduciría? Que los hombres del siglo XIX creíamos a la Luna con luz propia, que nos figurábamos el Sol en un carro semejante al d'Helios, que admitíamos la teoría de los efluvios o emanaciones de la luz, i lo peor aún, que éramos mazdeístas o maniqueos.

Dios, al ver vencido a Luzbel,

...Compartió su imperio
con él, y le entregó la noche oscura
y la mitad de la conciencia humana.

Pensándolo bien, no hubo tal vencimiento: Luzbel perdiendo, ganó; i por mui ambicioso que haya sido, estará satisfecho con haber logrado la mitad del imperio, alentándose con la esperanza de adquirir la otra mitad en la segunda revolución. Su rival, sí, no queda mui bien parado hasta en concepto del hombre. ¿Qué significa un vencedor que divide su imperio con el vencido? Al Juez supremo que consiente de asesor al Diablo ¿quién no prefiere el Zeus pelasgo que vivía en coloquio eterno con la justicia? ¿Quién no prefiere también el Krischna indostánico que sin conocer superior, sostenía de su mano todos los mundos, como perlas ensartadas en un hilo? Vale más el ateísmo franco i leal, la negación en bloque de todos los dioses unos i trinos, que la mezquina concepción teológica de una Divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra Divinidad esencialmente mala.

Los versos no contradicen la ortodoxia, desde que el Catolicismo jira sobre dos puntos de apoyo, Dios i el Diablo, i desde que, suprimido el Diablo, todo el Catolicismo se derrumba. Efectivamente: sin Luzbel no hai tentación d'Eva, sin tentación no hai pecado orijinal, i sin pecado no hai redención. Si el Catolicismo fuera una secta lójica, rendiría el mismo culto a Dios que al Diablo. Pero ¿se concibe que un hombre de nuestro siglo tome a lo serio la demonología de la Edad media? Sólo por conveniencia deberíamos aceptarla: si la mitad de nuestra conciencia pertenece al Diablo i la otra mitad pertenece a Dios, nada de conciencia nos queda, somos inconscientes o irresponsables i podemos delinquir con toda impunidad.

Seguramente, Núñez de Arce no profesa el Maniqueísmo cuando afirma que Dios comparte su imperio con el Diablo, como tampoco profesa el Panteísmo al hablarnos del "alma universal que palpita en el crepúsculo", usando los mismos términos en que un poeta nos hablaría de "Paramatman o el alma suprema del Universo". Entonces ¿qué espíritu filosófico encierra la obra del poeta que en unos versos parece maniqueo i en otros panteísta? Hai derecho de preguntarlo al escritor que dijo un día: "La época presente reclama de sus poetas algo más que "versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convención" (1). Hai derecho de preguntarlo si se recuerda también que Núñez de Arce atacó duramente a Darwin, al hombre acusado de tímido por sus discípulos, al tipo de observación despreocupada, al modelo de probidad científica.

(1) Gritos de Combate. Prólogo.

VI

¿Qué se propone el nuevo cantor del Anjel caído? Por los **Fragmentos** no se conoce la índole del poema, i sólo se ve que el Diablo, sumido en su dolor eterno, s'encuentra de pie sobre una montaña, al venir la noche. Mas se presume algo. El poeta que cerró con maldiciones injustas un magnífico soneto a Voltaire, escribirá un poema ortodoxo, un poema digno de atraerse las palabras de Lessing: "la obra en que predominan rasgos de conveniencias relijiosas no debe llamarse artística, desde que ahí el Arte no actúa en plena libertad sino como auxiliar de la Relijión" (1).

Como las rebeliones i caídas anjélicas no pasan de mitos solares, como el jenio del mal o Diablo es figura alegórica o abstracción personificada, el poema concebido por Núñez de Arce pertenece al jénero ultrahumano i alegórico: todos los personajes que rodean a Luzbel parecerán un sistema de astros agrupados alrededor de un sol fantasma. ¿Hai algo más helado que un'alegoría? Soportable en las composiciones cortas, se hace insufrible en poemas de regulares dimensiones. Puede convertirse a un hombre en centro de mil alegorías; pero ¿puede convertirse un'alegoría en centro de mil realidades? El Satanás de Milton, con su cuerpo de toesas i sus arenas de kilómetros, concluye por agotar la paciencia del lector; i el **Paraíso perdido** vive únicamente por los amores humanos de Adán i Eva. El poema de Goethe, a pesar de sus escentricidades i metafísicas, conserva el interés, porque todas las máquinas alegóricas i fantásticas se mueven al rededor de un personaje real: Fausto rejuvenecido, Fausto en la noche

(1) Laokoon IX.

de Walpurgis, Fausto en el seno de las **Madres**, no deja un solo momento de ser hombre como cualquiera de nosotros. En la **Divina Comedia**, el actor principal, el núcleo sólido, es el mismo Dante que en alma i cuerpo atraviesa Infierno, Purgatorio i Paraíso. Todo gran poema, sin esceptuar el **Orlando furioso** ni el Quijote, se basa en algún hombre. La excelencia del Arte se alcanza con la espresión más intensa i más estensa de la vida; i ¿qué vida cabe en entes de pura imaginación?

A más, los poemas de las caídas anjélicas resultan contraproducentes: el poeta, queriendo glorificar al Dios vencedor, engrandece al Anjel vencido. Toda rebelión implica valor, i valor heroico si el soberano disfruta de un poder sin límites: a mayor encumbramiento del autócrata, mayor mérito del rebelde. El heroísmo está, pues, en el Diablo, que representa el valor temerario; no en el Dios omnipotente, que triunfa sin practicar la menor hazaña.

Por otra parte, como nuestra razón i nuestro sentimiento rechazan la idea de culpas irredimibles i eternas, el Dios de los poemas ortodojos aparece como ser inhumano i antipático, hasta inferior a los dioses i héroes escandinavos, que durante el día se acuchillaban en los campos de batalla, i de noche bebían amigablemente el hidromel en los festines del Walhalla.

Víctor Hugo, que llevó su piedad hasta decir

Je sauverais Judas si j'étais Jésus-Christ,

comprendió el grave inconveniente de la inflexibilidad divina, i en una de sus obras póstumas **La Fin de**

Satan, admite el arrepentimiento del culpable i

La disparition du mal dans l'infini.

Sin embargo, el gran poeta francés, con todo su genio creador i con toda su potencia rítmica, no logró componer un poema orijinal, digno de coronar la **Leyenda de los Siglos**. Su **Anjel Libertad**, nacido de una pluma de Satanás, recuerda palpablemente a **Eloa**, nacida de una lágrima derramada por Jesucristo, con la diferencia que el **Anjel Libertad** no pasa de una fría concepción metafísica, mientras **Eloa** posee la realidad i tristeza de la vida. La redención del Diablo, idea capital del poema, no pertenece a Víctor Hugo: ya Klopstock cantó en su **Mesías** el arrepentimiento i perdón de Abbadona, ya Lamartine concibió la odisea de un ángel caído que recupera la gloria por medio de sucesivas expiaciones (1), ya Soumet, en la **Divina Epopeya**, llevó al último extremo la piedad celeste haciendo que Idamael fuera redimido por una segunda pasión de Cristo en el Infierno.

En fin, los poemas que se desenvuelven sin traspasar el horizonte de la Teología se reducen a **pastichos** sin vida, que son a las leyendas bíblicas como los evangelios apócrifos a los canónigos, o las epopeyas alejandrinas a la **Iliada** de Homero. Semejantes obras, por muy buena versificación que atesoren, a pesar de los bellos episodios que amenicen la inevitable monotonía del argumento, no satisfacen la necesidad poética del Siglo, no cuadran con el espíritu de la época, parecen anacronismos.

(1) **La chute d'un ángel i Joselyn** forman el principio y fin de la obra proyectada por Lamartine.

Hoi nos deleitamos con la imaginación científica que enjendra el **Viaje al centro de la Tierra** o la **Pluralidad de los Mundos habitados**, i rechazamos la imaginación mórbida que aborta dioses teológicos, demonios rebeldes i hechiceros o brujas. Concebimos que hasta las quimeras de un ser racional deben respetar la lójica; quien dice poeta, dice visión fantástica; pero no sueño incoherente.

La Ciencia posee su maravilloso lójico, diametralmente opuesto al maravilloso absurdo de las religiones. I la inspiración no carece de pábulo al abandonar el caos teológico, pues hai más poesía en la duda varonil del sabio que en las afirmaciones pueriles del creyente: derribadas las barreras de las religiones caducas, el hombre tiene a su disposición lo Desconocido para colmarlo de hipótesis racionales.

1886

NOTAS ACERCA DEL IDIOMA

I

Lamartine lamentaba que pueblo i escritores no hablaran la misma lengua i decía: "Al escritor le "cumple transformarse e inclinarse, a fin de poner la "verdad en manos de las muchedumbres: inclinarse "así, no es rebajar el talento, sino humanizarlo"

Los sabios poseen su tecnicismo abstruso, i nadie les exige que en libros de pura Ciencia se hagan comprender por el individuo más intenso. La oscuridad relativa de las obras científicas no se puede evitar, i pretender que un ignorante las entienda con sólo abrirlas, vale tanto como intentar que traduzca un idioma sin haberle aprendido. ¿Cómo esponer en vocabulario del vulgo nomenclaturas químicas? ¿Cómo formular las teorías i sistemas de los sabios modernos? No será escribiendo llegar a ser por **devenir**, otrismo por **altruismo** ni salto atrás por **atavismo**. Se comprende que no haya labor tan difícil ni tan ingrata como la vulgarización científica: sin el vulgarizador, las conquistas de la ciencia serían el patrimonio de algunos privilegiados. Virgilio se jactaba de haber hecho que las selvas fueran dignas de ser habitadas por cónsules; los vulgarizadores modernos hacen más al conseguir que la verdad se despoje algunas veces de su ropaje aristocrático y penetre llanamente a la mansión del ignorante.

En la simple literatura no sucede lo mismo. Los lectores de novelas, dramas, poesías, etc., pertenecen a la clase medianamente ilustrada, i piden un lenguaje fácil, natural, comprensible sin necesidad de recurrir constantemente al diccionario. Para el conocimiento perfecto de un idioma se requiere años enteros de

contracción asidua, i no todos los hombres se hallan en condiciones de pasar la vida estudiando gramáticas i consultando léxicos. El que se suscribe al diario i compra la novela o el drama, está en el caso de exigir que le hablen comprensible y claramente. La lectura debe proporcionar el goce d'entender, no el suplicio de adivinar.

Las obras maestras se distinguen por l'**accesibilidad**, no formando el patrimonio de unos cuantos iniciados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero i Cervantes, merecen llamarse ingenios democráticos: un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la mucherumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma: tienen profundidad de pozo que no da en agua, elevación de monte que vela entre nubes un pico desmochado.

Los autores franceses dominan i se imponen porque hacen gala de claros, i profesan que "lo claro es francés", que "l'oscuro no es humano ni divino". I no creamos que la claridad estriba en decirlo todo i esplicarlo todo, cuando suele consistir en callar algo dejando que el público lea entre renglones. Nada tan fatigoso como los autores que esplican hasta las esplicaciones, como si el lector careciera de ojos i cerebro. El eximio dibujante, suprimiendo sombras i líneas, logra con unos cuantos rasgos dar vida i espresión a la fisonomía de un hombre; el buen escritor no dice demasiado ni mui poco i, eliminando lo accesorio i sobrentendido, concede a sus lectores el placer de colaborar con él en la tarea de darse a comprender.

Los libros que la Humanidad lee i relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de un poliedro regular o el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos auto-

res, como los buenos arquitectos se valen de grandes líneas i desdennan ornamentaciones minuciosas i pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hai amplia luz i vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos.

Las coqueterías i amaneramientos de lenguaje seducen a imajinaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas i aplausos de corrillo; pero "no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente a las luchas morales de su siglo". Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la inmaculada transparencia del lenguaje i la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad y claridad, todas las perfecciones se amenguan, desaparecen. Si Heródoto hubiera escrito como Gracian, si Píndaro hubiera cantado como Góngora ¿habrían sido escuchados i aplaudidos en los juegos olímpicos?

Ahí los grandes agitadores de almas en los siglos XVI i XVIII; ahí Lutero, tan demoledor de Papas como rejenerador del idioma alemán, ahí particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

II

Afanarse por que el hombre de hoi hable como el de ayer, vale tanto como trabajar porque el bronce de una corneta vibre como el parche de un tambor. Pureza incólume de la lengua, capricho académico. ¿Cuándo el castellano fue puro? ¿En qué época i por quién se habló ese idioma ideal? ¿Dónde el escritor impecable i modelo? ¿Cuál el tipo acabado de nuestra lengua? ¿Puede un idioma cristalizarse i adoptar una forma definitiva, sin seguir las evoluciones de la socie-

dad ni adaptarse al medio? Nada recuerda tanto su inestabilidad a los organismos vitales como el idioma, y con razón los alemanes le consideran como un perpetuo **devenir**. En las lenguas, como en las religiones, la doctrina de la evolución no admite réplica.

Un idioma no es creación ficticia o convencional, sino resultado necesario del medio intelectual i moral, del mundo físico i de nuestra constitución orgánica. Traslademos en masa un pueblo del Norte al Mediodía o viceversa, i su pronunciación variará en el acto, porque depende de causas anatómicas i fisiológicas.

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación i movimientos de segregación; de ahí los neologismos o células nuevas i los arcaísmos o detritus. Como el hombre adulto guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáctica. Gonzalo de Barceo i el Arcipreste de Hita requieren un glosario, lo mismo Juan de Mena, i Cervantes le pedirá mui pronto.

Los descubrimientos científicos i aplicaciones industriales acarrearán la invención de numerosas palabras que empiezan por figurar en las obras técnicas i concluyen por descender al lenguaje común. ¿Qué vocabulario no ha jeneralizado en menos de 40 años la teoría de Darwin? ¿Qué variedad de voces no crearon las aplicaciones del vapor i de la electricidad? Hoy mismo la Velocipedia nos sirve d'ejemplo: diccionarios especiales abundan en Francia, Inglaterra y Estados Unidos para definir los términos velocipédicos; i no se diga que todas esas palabras o frases se reducen al argot de un corrillo; por miles, quizás por millones se cuentan hoy las personas que las entienden i emplean. La Velocipedia posee toda una literatura con sus libros, sus diarios i su público.

Paralelamente al movimiento descensional se verifica el ascensional. Basta cruzar a la carrera uno de los populosos i activos centros comerciales; señaladamente los puertos, para darse cuenta del inmenso trabajo de fusión i renovación verbales. Oímos todas las lenguas, todos los dialectos, todas las jergas i jermanías; vemos que las palabras hierven i se ajitan como jérmenes organizados que pugnan por vivir i dominar. Cierta, miles de vocablos pasan sin dejar huella, pero también muchos vencen i se imponen en virtud de la selección. La espresión que resonaba en labios de marineros i mozos de cordel, concluye por razonar en boca de sabios i literatos. Los neolojismos pasan de la conversación al periódico, del periódico al libro i del libro a l'academia.

I l'ascensión i descensión se verifican, quiérase o no se quiera: "la lengua sigue su curso, indiferente a "quejas de gramáticos i lamentaciones de puristas" (1).

El francés, el italiano, el inglés i el alemán acometen i abren cuatro enormes brechas en el viejo castillo de nuestro idioma: el francés, a tambor batiente, penetra ya en el corazón del recinto. Baralt, el severo autor del **Diccionario de Galicismos**, confesó en sus últimos años lo irresistible de la invasión francesa en el idioma castellano; pero algunos escritores d'España no lo ven o finjen no verlo, i continúan encareciendo la pureza en la lengua, semejante a la madre candorosa que pregoná la virtud de una hija siete veces pecadora.

La corrupción de las lenguas ¿implica un mal? Si por infiltraciones recíprocas, el castellano, el inglés, el alemán, el francés i el italiano se corrompieran tanto

(1) Arsene Darmesteter — La vie des mots.

que lo hablado en Madrid fuera entendido en Londres, Berlín, París i Roma ¿no se realizaría un bien? Por cinco arroyos tendríamos un río; en vez de cinco metales, un nuevo metal de Corinto. Habría para la Humanidad inmensa economía de fuerza cerebral, fuerza desperdiciada hoi, en aprender tres o cuatro lenguas vivas, es decir, centones de palabras i cúmulo de reglas gramaticales. ¿Qué me importaría no disfrutar el deleite de leer el **Quijote** en castellano, si poseo la inmensa ventaja d'entenderme con el hombre de París, Roma, Londres i Berlín? Ante la solidaridad humana todas las intransijencias de lenguaje parecen mezquinas i pueriles, tan mezquinas i pueriles como las cuestiones de razas i fronteras. Los provenzales en Francia, los flamencos en Béljica, los catalanes en España, en fin, todos los preconizadores de lenguas regionales en detrimento de las nacionales, intentan una obra retrógrada: al verbo de gran amplitud, usado por millones de hombres i comprendido por gran parte del mundo intelectual, prefieren el verbo restringido, empleado por miles de provincianos i artificialmente cultivado por unos pocos literatos. Escribir **Mireio** en provenzal i no en francés, **l'Atlántida** en catalán i no en español, es algo como dejar el ferrocarril por la diligencia o la diligencia por cabalgadura.

La lengua usada por el mayor número de individuos, la más dócil para sufrir alteraciones, la que se adapta mejor al medio social, cuenta con mayores probabilidades para sobrenadar i servir de base a la futura lengua universal. Hasta hoi parece que el inglés lleva la preeminencia: no es sólo la lengua literaria de Byron i Schellerv o la filosófica de Spencer i Stuart Mill, no la oficial de Inglaterra, Austria i Estados Unidos, sino la comercial del mundo entero. Quien habla español habla con España; quien habla inglés ha-

bla con medio mundo. Podría tal vez llamarse al español i al italiano lenguas de lo pasado, al francés lengua de lo presente, al inglés i al alemán lenguas del porvenir. Lenguas, más que viejas, aventajadas, todas las neolatinas necesitan espurgarse de la doble jerga legal i teológica, legada por el Imperio romano i la Iglesia católica.

El sánscrito, el griego y el latín pasaron a lenguas muertas sin que las civilizaciones indostánicas, griegas i romanas enmudecieran completamente. Se apegó su voz, pero su eco sigue repercutiendo. Sus mejores libros viven traducidos. Tal vez, con la melodía poética desos idiomas, perdimos la flor de l'Antigüedad; pero conservamos el fruto; i ¿quién nos dice que nuestro ritmo de acento valga menos que el ritmo de cantidad? Cuando algunos en su entusiasmo por la literatura clásica, opinan que "nuestras lenguas decrepitas son jergas de bárbaros" en comparación del griego i del latín (1), no hacen más que aplicar a la Lingüística la creencia teológica de la degeneración humana. El ser que sin auxilios sobrenaturales pasó del grito a la palabra i cambió los pobres i toscos idiomas primitivos en lenguas ricas i de construcción admirable, como las habladas en la India i Grecia, se habrá detenido i hasta retrogradado en el desarrollo de sus facultades verbales: hasta el sánscrito, progreso; después, retrogradación, porque según la lei de muchos, el sánscrito es superior al griego, el griego al latín, el latín a todas las lenguas neolatinas. Si algún día se descubrieron libros en lengua más antigua que el sánscrito, los sabios ímbuídos de teología i metafísica probarían que esa lengua era superior al sánscrito. Sabemos más que nuestros antepasados, i

(1) Histoire des Grecs.

no hablamos tan bien como ellos. La función no ha cesado de ejercerse, i el órgano se atrofia o se perfecciona. El perfeccionamiento de las lenguas —la pretendida decadencia— ha consistido en pasar de la síntesis al análisis, así como el entendimiento pasó de la concepción en globo i a priori del Universo al estudio particular de los fenómenos i a la formulación de sus leyes. Ciertamente, vamos perdiendo el hábito de pensar en imágenes, las metáforas se transforman en simples comparaciones, la palabra se vuelve analítica y precisa, con detrimento de la poesía; pero, ¿la Humanidad vive sólo de poemas épicos, dramas i odas? ¿El Orijen de las especies no vale tanto como la *Iliada*, el binomio de Newton como los dramas d'Esquilo, i las leyes de Kepler como las odas de Píndaro? Dígase lo que se diga, hablamos como debemos hablar, como lo exigen nuestra constitución cerebral i el medio ambiente. No siendo indostanos, griegos ni romanos ¿podríamos espresarnos como ellos? Una lengua no representa la marcha total de nuestra especie en todas las épocas i en todos los países, sino la evolución mental de un pueblo en un tiempo determinado: el idioma nos ofrece una especie de cliché que guarda la imagen momentánea de una cosa en perdurable transformación. El verdadero escritor es el hombre que, conservando su propia individualidad literaria, estereotipia en el libro la lengua usada por sus contemporáneos; y con razón decimos la lengua de Shakespeare, la lengua de Cervantes, la lengua de Pascal o la lengua de Goethe, para significar lo que en una época determinada fueron el inglés, el castellano, el francés y el alemán.

Cuando nuestras lenguas vivas pasen a muertas o se modifiquen tan radicalmente que no sean comprendidas por los descendientes de los hombres que

las hablan hoi, ¿habrá sufrido la Humanidad una pérdida irreparable? La desaparición se verificará paulatina, no violentamente: como las naciones, como todo en la Naturaleza, las lenguas mueren dando vida. A no ser un cataclismo jeneral que apague los focos de civilización, el verdadero tesoro, el tesoro científico se conservará ileso. Las conquistas civilizadoras no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales transmitidas de hombre a hombre i hechos consignados en los libros de Ciencia. La Química i la Física ¿serán menos Química i menos Física en ruso que en chino? ¿Murió la Jeometría d'Euclides cuando murió la lengua en que está escrita? Si el inglés desaparece mañana ¿desaparecerá con él la teoría de Darwin?

En el idioma s'encastilla el mezquino espíritu de nacionalidad. Cada pueblo admira en su lengua el **non plus ultra** de la perfección, i se imagina que los demás tartamudean una tosca jerga. Los griegos menospreciaban el latín i los romanos s'escandalizaban de que Ovidio hubiera poetizado en lengua de hiperbóreos. Si los teólogos de la Edad Media vilipendiaban a Mahoma por haber escrito el Korán en arábigo i no en hebreo, griego ni latín, los árabes se figuraban su lengua como la única gramaticalmente construída i llamaban al habla de Castilla aljamía o la bárbara. Tras el francés que no reconoce **sprit** fuera de su Rabelais, viene el inglés que mira a un ser inferior en el extranjero incapaz de leer a Shakespeare en el orijinal, i sigue el español que por boca de sus reyes ensalza el castellano como la lengua más digna para comunicarnos con Dios.

Como el idioma contiene el archivo sagrado de nuestros errores i preocupaciones, tocarle nos parece

una profanación. Si dejáramos de practicar la lengua nativa, cambiaríamos tal vez nuestra manera de pensar, porque las convicciones políticas i las creencias relijiosas se reducen muchas veces a fetichismos de palabras. Según André Lefévre, “de las mil i mil “confusiones, acarreadas por espresiones análogas, “nacieron todas las leyendas de la divina trajicomedía. La Mitolojía es un dialecto, un’antigua forma, “una enfermedad del lenguaje” (1).

Con el verbo nacional heredamos todas las concepciones mórbidas acumuladas en el cerebro de nuestros antepasados durante siglos i siglos de ignorancia i barbarie: la lengua amolda nuestra inteligencia, la deforma como el zapato deforma el pie de la mujer china. Por eso, no hai mejor hijiene para el cerebro que emigrar a tierra extranjera o embeberse en literaturas de otras lenguas. Salir de la patria hablar otro idioma, es como dejar el ambiente de un subterráneo para ir a respirar el aire de una montaña.

Se concibe el apego senil del ultramontano al vocablo viejo, desde que las ideas retrógradas se pegan a los jiros anticuados, como el sable oxidado se adhiere a la vaina; se concibe también su horror sacrílego al vocablo nuevo, desde que el neolojismo, como una especie de caballo griego, lleva en sus entrañas al enemigo. Nada, pues, tan lójico (ni tan risible) como la rabia de algunos puristas contra el neolojismo, rabia que les induce a ver en las palabras un enemigo personal. Discutiéndose en l’Academia francesa l’aceptación de una voz, usada en toda Francia pero no castiza, Royer-Collard exclamó lleno de ira: “Si esa palabra entra, salgo yo”.

1) La Religión XIX.

En la aversión de la Iglesia contra el francés i la preferencia por el latín, reviven el odio de la Sinagoga contra el griego i el amor al hebreo. Como la lengua griega significaba para el judío irreligi3n i filosofía, el idioma francés encierra para el cat3lico impiedad i Revoluci3n, **Enciclopedia** i **Declaraci3n de los derechos del hombre**. Es la **peste negra**, i hai derecho d'establecer cord3n sanitario. Como el judaísmo vivía inseparablemente unido a la lengua hebrea, el Catolicismo ha celebrado con el latín un'alianza eterna: el dogma no cabe en las lenguas vivas; a lo muerto, lo invariable; a la momia, el sarc3fago de piedra.

III

El castellano se recomienda por la energía, como idioma de pueblo guerrero i varonil. Existe lengua más armoniosa, más rica, más científica, no más enérgica: sus frases aplastan como la masa d'Hércules, o parten en dos como la espada de Carlomagno. Hoi nos sorprendemos con la ruda franqueza i el crudo naturalismo de algunos escritores antiguos que lo dicen todo sin valerse de rodeos ni disimulos, i hasta parece que pasáramos a lengua extranjera cuando, después de leer por ejemplo a Quevedo (al Quevedo de las buenas horas), leemos a esos autores neoclásicos que usan una fraseología correcta i castiza.

En los siglos XVI i XVII hubo en España una florecencia d'escritores que pulimentaron i enriquecieron el idioma sin alterar su índole desembarazada i viril. Los poetas, siguiendo las huellas de Garcilaso, renovaron completamente la versificaci3n al aclimatar el endecasílabo italiano: con la silva, el soneto i la octava real parece que el ingenio español

cobró mayores alas. Para formarse idea del gigantesco paso dado en la poesía, basta comparar las coplas de Ayala o las quintillas de Castillejo con la *Noche serena*, la **Canción a las ruinas de Itálica** i la **Batalla de Lepanto**. Los prosadores no se quedaron atrás, aunque intentaron dar al período colosales dimensiones, imitando ciegamente a Cicerón. Sin embargo, en cada escritor, señaladamente en los historiadores, trasciende la fisonomía personal, de modo que nadie confunde a Melo con Mariana ni a Mendoza con Moncada. Ciertamente, ninguno llegó a l'altura de Pascal o Lutero: los heterodoxos no fueron eminentes prosadores, i los buenos escritores no fueron ortodoxos. El mayor defecto de los autores castellanos, lo que les separa de la Europa intelectual, lo que les confina en España dándoles carácter insular, es su catolicismo estrecho i menguado. Se siente en sus obras, como dice Edgard Quinet, "el alma de una gran secta, no el alma viviente del género humano". Fuera de Cervantes, ningún autor español disfrutó de popularidad en Europa. Duele imaginar lo que habrían realizado un Góngora i un Lope de Vega, un Quevedo i un Calderón, si en lugar de vivir encadenados al Dogma hubieran volado libremente o seguido el movimiento salvador de la Reforma. En el orden puramente literario, Saavedra Fajardo insinuó algo atrevido i orijinal: despojar el idioma de idiotismos i modismos, darle una forma precisa i filosófica, tal vez matemática. Dotado de más ingenio habría iniciado en la prosa una revolución tan fecunda como la realizada por Garcilaso en el verbo; pero queriendo imitar o corregir a Maquiavelo, se quedó con su **Príncipe cristiano** a mil leguas del gran florentino.

A mediados del siglo XVIII surgió un linaje de

prosadores, peinados i relamidos, que exajeraron el latinismo de los escritores de los dos siglos anteriores, i de un idioma todo músculos i nervios hicieron una carne escrementosa y fungosa. Por la manía de construir períodos ciceronianos i mantener suspenso el sentido desde la primera hasta la última línea de una página en folio, sustituyeron al encadenamiento lógico de las ideas el enlace caprichoso i arbitrario de las partículas. Sacrificaron la sustancia a la rotundidad i construyeron esteras geométricamente redondas, pero huecas.

Verdad, en nuestro lenguaje se reflejan la exuberancia i la pompa del carácter español: el idioma castellano se goza más en lo amplio que en lo estrecho, parece organizado, no para arrastrarse a gatas, sino para marchar con solemnidad y magnificencia de reina que lleva rica i aterciopelada cola. Pero, verdad también que entre el lenguaje natural i pintoresco del pueblo español i el lenguaje artificial i descolorido de sus escritores relamidos media un abismo.

La frase pierde algo de su virilidad con la superabundancia de artículos, pronombres, proposiciones i conjunciones relativas. Con tanto **el** i **la**, **los** i **las**, **el** i **ella**, **quien** i **quienes**, **el cual** i **la cual**, las oraciones parecen redes con hitos tan enmarañados como frágiles. Nada relaja tanto el vigor como ese abuso en el relativo **cue** i en la preposición **de**. Los abominables pronombres **cuyo** i **cuya**, **cuyos** i **cuyas**, dan origen a mil anfibologías, andan casi siempre mal empleadas hasta por la misma Academia española. El pensamiento espresado en inglés con verbo, sustantivo, adjetivo i adverbio, necesita en el castellano de muchos españoles, una retahíla de pronombres, artículos i preposiciones. Si, conforme a la teoría **shenkeriana**, el lenguaje se reduce a máquina de tras-

mitir ideas ¿qué se dirá del mecanismo que malgasta fuerza en rozamientos innecesarios i conexiones inútiles?

Si nuestra lengua cede en concisión al inglés, compite en riqueza con el alemán, aunque no le iguala en libertad de componer voces nuevas con voces simples, de aclimatar las exóticas i hasta de inventar palabras. Lo último dejenera en calamidad jermánica, pues filósofo que inventa o se figura inventar un nuevo sistema, se crea vocabulario especial, haciendo algo como l'aplicación del libre examen al lenguaje. L'asombrosa flexibilidad del idioma alemán se manifiesta en la poesía: los poetas jermánicos traducen con fiel maestría larguísimas composiciones, usando el mismo número de versos que el orijinal, el mismo número de sílabas i la misma colocación de las consonantes. A más, no admiten lenguaje convencional de la poesía, i, como los ingleses, cantan con admirable sencillez cosas tan llanas i domésticas que traducirlas en nuestra lengua sería imposible o difícilísimo. Mientras en castellano el poeta se deja conducir por la forma, en alemán el poeta subyuga rima i ritmo. Los versos americanos i españoles ofrecen hoy algo duro, irreductible, como sustancia rebelde a las manipulaciones del obrero: los endecasílabos sobre todo, parecen barras de hierro simétricamente colocadas. En mui reducido número de autores, señaladamente en Campoamor, se descubre la flexibilidad jermánica, el poder soberano de infundir vida i movimiento a la frase poética.

Pero, no sólo tenemos lenguaje convencional en la poesía, sino prosa hablada i prosa escrita: hombres que en la conversación discurren llanamente, como cualquiera de nosotros, s'espresan estrafalaria i oscuramente cuando manejan la pluma: como bote-

llas de prestidijitador, chorrean vino i en seguida vinagre. Parece que algunos bosquejan un borrador i en seguida emprenden una traducción de lo inteligible i llano a lo ininteligible i escabroso; i el procedimiento no debe de ofrecer dificultades insuperables, cuando individuos profundamente legos, tan legos que no saben ni los rudimentos gramaticales, logran infundir a su prosa un aire añejo i castizo. Con períodos kilométricos salpimentados de inversiones violentas; con lluvias de modismos, idiotismos i refranes cojidos al lazo en el diccionario; con decir **pelnar canas** por tener canas, **parar mientes** por atender, **guapa moza** por joven hermosa, **antojeme** por me antojé o **dijeme** por me dijo, se sale airosamente del apuro. El empleo de refranes, aunque no sea novedad (pues Sancho Panza dio el ejemplo), posee la ventaja de hacer reír con chistes que otros inventaron. Todo esto, más que lucubración de cerebro, es labor de mano: hacer listas de frases o palabras i luego encajonarlas en lo escrito. Obras compuestas con tal procedimiento seducen un rato, pero acaban por hastiar: descubren el sabor **libresco** i prueban que el peor enemigo de la literatura se encierra en el diccionario.

Cierto, la palabra requiere matices particulares, desde que no se perora en club revolucionario como se cuchichea en locutorio de monjas. Tal sociedad i tal hombre, tal lenguaje. En la corte gazmoña de un Carlos el Hechizado, se chichisbea en términos que recuerdan los remilgamientos de viejas devotas i las jenuflexiones de cortesanos; mientras en el pueblo libre de Grecia se truena con acento en que reviven las artísticas evoluciones de los juegos píticos i la irresistible acometida de las falanjes macedónicas.

Montaigne gustaba de "un hablar ingenuo i sim-

“ple, tal en el papel como en la boca, un hablar succulento i nervudo, corto i conciso, no tanto delicado “i peinado como vehemente i brusco”. Hoi gustaría de un hablar moderno. ¿Hai algo más ridículo que salir con **magüer, aina mais, cabe el arroyo i doncel acuitado**, mientras vibra el alambre de un telégrafo, cruje la hélice de un vapor, silba el pito de una locomotora i pasa por encima de nuestras cabezas un globo aerostático?

Aquí, en América i en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa i alimenticia, como extracto de carne; una lengua fecunda como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelva períodos con el estruendo i valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico i hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje.

LA REVOLUCION FRANCESA

I

Hai épocas en que las naciones, sumerjidas en profunda modorra, oyen i ven sin tener aliento de hablar ni fuerza para sostenerse de pie; otras épocas en que se fatigan sin avanzar un palmo, como atacadas de parálisis ajitante; i otras épocas en que se rejeneran con el soplo de un viento jeneroso, traspasan las barreras de la tradición, i caminan adelante, siempre adelante, como atraídas por irresistible imán. A estas últimas épocas pertenece la Francia de la Revolución.

Los hombres de aquellos días poseen una gloria que no supieron conquistar los revolucionarios de otras naciones ni de otros siglos: haber trabajado en provecho inmediato de la Humanidad. Es que Francia, por su carácter cosmopolita, siembra para que la Tierra coseche. Los acontecimientos que en los demás países no salen de las fronteras i permanecen adheridos al terreno propio, como los minerales i vejetales, adquieren en el territorio francés la movilidad de los seres animados i s'esparcen por todos los ámbitos del Globo.

La Revolución inglesa i la Independencia norteamericana presentaron, por decirlo así, un carácter insular, fueron evoluciones locales que sólo interesaron a la dinastía de un reino i a los pobladores de un Estado; pero la Revolución francesa vino como sacudida continental, hizo despertar a todos como toque de clarín en campamento dormido, se convirtió en la causa de todos. Con razón dijo Edgar Quinet que "si la Iglesia se llama romana i católica, la Revolución tiene legítimo derecho de llamarse francesa i

“universal, porque el pueblo que la hizo es el que
“menos l’aprovecha” (1).

La Revolución significa ruptura con las malas tradiciones de lo pasado, golpe de muerte a los últimos restos del feudalismo i establecimiento de los poderes públicos sobre la base de la soberanía nacional. El 4 de Agosto muere l’antigua sociedad francesa con sus privilegios i sus castas; pero el día que l’Asamblea Constituyente declara, no los derechos del francés, sino los derechos del hombre, surge para la Humanidad un nuevo mundo moral: desaparece el siervo i nace el ciudadano, al derecho divino de los reyes sucede el derecho de rebelión, i el principio de autoridad pierde l’aureola que le ciñeron la ignorancia el servilismo.

Largas i tremendas luchas sostuvieron aquellos innovadores que todo lo atacaban i todo lo derribaban; pero ante nada se amilanaron, ante nada retrocedieron. Europa les apretaba con argolla de hierro. Francia misma les amagaba con esplosiones intestinas; ellos rechazaban transacciones, se negaban a demandar o conceder tregua, i según la frase de Saint Just, “no recibían de sus enemigos i no les enviaban sino el plomo”. Los revolucionarios combatiéron en el cráter de un volcán, rodeados de llamas, pisando un terreno movedizo que amenazaba hundirse bajo sus plantas.

Vencidas en el interior las resistencias de la nobleza i del clero, arrollados en la frontera los ejércitos de los monarcas europeos, no estaba concluída la obra: faltaba que la Revolución se pusiera en marcha, que volara de pueblo en pueblo, que dejara de

) Christianisme et la Révolution française.

ser arma defensiva para convertirse en carga ofensora. Entonces surgió Napoleón.

Como ciego de nacimiento que lleva en sus manos un'antorcha, ese tirano, que no conoció respeto a la libertad ni amor a la justicia, caminó de reino en reino, propagando luz de libertad i justicia. El divinizó la fuerza i, como nuevo Mesías de una era nueva, rejeneró a las naciones con un bautismo de sangre. Fué el Mahoma de Occidente, un Mahoma sin Alá ni Korán, sin otra lei que su ambición ni otro Dios que su persona. Sabía magnetizar las muchedumbres, subyugarlas con una palabra, i arrastrarlas ciegameute al pillaje i a la gloria, al crimen i al heroísmo, a la muerte i a l'apoteosis. Con sus invencibles leiones se precipitaba sobre la Tierra, unas veces devastando como un ciclón, otras fertilizando como una creciente del Nilo. Era el hombre del 18 Brumario, la negación de las ideas modernas, la personificación del cesarismo retrógrado; pero sus soldados llevaban de pueblo en pueblo los jérmenes revolucionarios, como los insectos conducen de flor en flor el polen fecundante. De las naciones mutiladas por las armas nacía la libertad, como la savia corre del tronco rajado por el hacha. "Los pueblos," dice Michelet, despertaban heridos por el hierro, "más agradecían el golpe salvador que rompía su "funesto sueño i disipaba el deplorable encantamiento en que por más de mil años languidecían como "bestias que pacen la yerba de los campos".

En vano asomó la Restauración apoyada en los ejércitos de la Santa Alianza; en vano desfilaron, como espectros de otras edades, Luis XVIII, Carlos X i Luis Felipe; en vano quiso Napoleón III seguir las huellas gigantescas de Bonaparte; Francia experimentó siempre la nostalgia de la libertad i regresó a la república como a fuente de rejeneración i vida.

II

La Revolución no se reduce al populacho ebrio i desenfrenado que apagaba con sarcasmos la voz de las víctimas acuchilladas en las prisiones o guillotinadas en las plazas públicas. Frente a los energúmenos que herían sin saber a quién ni por qué, como arrastrados por un vértigo de sangre, se levantaban los filósofos i reformadores que vivían soñando con la fraternidad de los pueblos i morían creyendo en el definitivo reinado de la justicia.

Si no faltaron bárbaros que ante el cadáver de un Lavoisier proclamaban que "la Revolución no necesitaba de sabios", sobraron también hombres que, según la gráfica expresión de Víctor Hugo, buscaban "con Rousseau lo justo, con Turgot lo útil, con Voltaire lo verdadero i con Diderot lo bello". ¿Quién no lo conoce? Lalande, Lagrange, Laplace, Berthollet, Daubenton, Lamarck, Parmentier, Monje, Bailly, Condorcet, Lakanal i otros mil, pertenecen a la Revolución, brillan como estela de luz en mar de sangre.

Verdad, hubo momentos en que Francia parecía retrogradar a la barbarie; pero verdad también que tras de l'acción impulsiva i perjudicial, vino inmediatamente la reacción meditada i reparadora. La Revolución, la buena Revolución, se mostró siempre inteligente: fue movimiento libre de hombres pensadores, no arranque ciego de multitudes inconscientes.

"Hasta en pleno Terror, los revolucionarios ofrecen ejemplos de habilidad i prudencia que no siempre fueron imitados en épocas más tranquilas...". Esos hombres "dan a la Ciencia vida política i la emplean como medio de infundir confianza, preparar victorias i ganar batallas" (1). Piensan en todo,

1) Blot. Essai sur l'histoire général des sciences pendant la Révolution française.

desde aplicar a la guerra el telégrafo i los globos hasta uniformar pesos i medidas con el sistema métrico decimal. Confinados en el territorio francés, se bastan a sí, de nadie necesitan: mientras unos fabrican lápices o enseñan a estraer alquitrán del pino, otros vulgarizan un nuevo procedimiento para curtir pieles o hallan la manera de obtener acero i hierro.

Francia vacilaba en la orilla de un precipicio. Las flotas enemigas dominaban el mar, bloqueaban los puertos i efectuaban continuos desembarcos. Tolón había caído en manos de los ingleses, mientras Landrecies, le Quesnoy, Condé i Valenciennes estaban en poder de los aliados. La contrarrevolución batía pendones en la Vendée, Marsella i Lyon, a la vez que el hambre i el Terror imperaban en todo el territorio francés. Era indispensable armar 300,000 soldados, i la pólvora escaseaba, pues el bloqueo cerraba el paso al salitre de las Indias. La Convención acude a los hombres de ciencia, pide milagros a la Química; i los sabios inventan en poco tiempo la elaboración i purificación del salitre. Según la frase de un convencional, "a los cinco días d'encontrada "la tierra salitrosa se carga el cañón" (1).

Los hombres de acción secundan, superan a los hombres de saber. Brotan jenerales de veinte años que enseñan el Arte de la Guerra a los encanecidos mariscales d'Europa surjen reclutas que hacen morir el polvo a los veteranos de cien campañas. Los ejércitos de la Revolución carecen de todo i suplen a todo: ganan batallas sin tener cañones, pasan ríos sin puentes, hacen marchas forzadas sin zapatos, viven quean sin ron i muchas veces sin pan (2). En sólo

(1) Biot. Idem.

(2) Napoleón. Proclamación a l'rme d'Italie.

cinco meses aplastan a los ingleses i holandeses en Hondschoote, derrotan a los austríacos en Wattignies, rechazan a los piemonteses, contienen a los españoles, recuperan las líneas de Weissemburg, liberan Landau, reconquistan Alsacia, espantan a los aliados, sofocan las sublevaciones de Lyon, arrancan Tolón a los ingleses i someten la Vendée (1).

Francia, como círculo de fuego, s'ensancha prodijiosamente, arrojando por todas partes muerte i luz. El toque de la **Marsellesa** resuena desde el Tajo hasta el Tíber i desde la tumba de Carlomagno hasta el sepulcro de los Faraones. Hai florescencia de vida, exuberancia de fuerza, desbordamiento de actividad. Todas las enerjías acopiadas durante siglos estallan a la vez. Como se ordena la construcción de un dique o el trazo de un camino, se decreta la victoria. Se trasmonta los Alpes como Aníbal i se atraviesa los desiertos como Cambises. Hoi se combate en la nieve que entumece, mañana en el arenal que sofoca. Parece que la carne no siente dolor i que el miedo ha dejado de habitar la Tierra. Se sufre cantando i se muere riendo. Francia celebra las panateneas del heroísmo.

La historia i la fábula no refieren nada igual a la epopeya que se abre con el ¡adelante! de Kellermann en Valmy para cerrarse con la soldadesca interjección de Cambronne en Waterloo.

III

Cuando asomó la Revolución, parecía que sobre la Tierra hubiera descendido un espíritu nuevo, que

(1) Louis Blanc. Histoire de la Revolution francaise.

la Humanidad acabara d'encontrar el camino de una relijión iluminada por interminable aurora boreal. Desde el Manzanares hasta el Rhin i desde el Támesis hasta el Volga, hubo una explosión de regocijo. En las calles de Samnetersburgo los hombres se abrazaban llorando. Todos los poetas cantaron el 89, desde Burns i Klopstock hasta Schiller. Todos se enorgullecían con merecer el título de ciudadanos franceses. Goethe, el impasible Goethe, confesó que la victoria de los revolucionarios franceses en Valmy señalaba el principio de una era nueva.

Francia, en un deliquio de amor, salvaba las fronteras i estendía los brazos para estrechar a todas las naciones del Globo. Los odios vinieron más tarde: el pueblo francés hizo el 89, los reyes provocaron el 93. Si algo debe censurarse a los revolucionarios es la exajeración en el ideal humanitario, el afán de convertir a Francia en el caballero andante de las naciones. A los dos meses de Valmy, el 19 de Noviembre de 1792, la Convención Nacional promulga un decreto para socorrer a los pueblos que quieran recobrar su independendencia i auxiliar a los ciudadanos que sufran o hayan sufrido vejámenes por la causa de la libertad.

La Revolución, nos parece una pesadilla de sangre cuando le vemos como hecho aislado i no como consecuencia lójica, cuando contamos las centenas de hombres que arrastró a la guillotina i no los millares de víctimas que vengó. La estupenda cólera popular, que hoi nos admira i espanta, fue reventazón de mina cargada grano a grano, durante siglos enteros, por nobleza, clero y revecía.

Hai que aceptarla como aceptamos un fenómeno atmosférico, sin contar los desastres, aprovechando los beneficios. Los hombres del 93 destruyeron,

pero también construyeron; segaron plantas fecundas, pero a la vez arrojaron buenas semillas; se manifestaron pródigos de la vida ajena, pero no fueron avaros de la propia; sintieron la embriaguez del bandido en la emboscada, pero también conocieron las alucinaciones del apóstol i del mártir.

No debe considerársele como una obra consumada, sino como un acontecimiento en marcha; ella fermenta inconscientemente en el corazón de sus propios enemigos; desaparece como locomotora en el túnel, i de cuando en cuando estalla en medio de un pueblo, como súbita llamarada de fuego subterráneo.

Todo paso de las naciones hacia la emancipación religiosa, política o social, viene como repercutimiento del empuje dado a la Humanidad por los hombres del 93. Los pueblos, que ya entrevieron anchos horizontes de luz, no se resignan hoi a tantear en el limbo ni a tener por código el amalgama de la inicua legislación romana con las absurdas decisiones canónicas. Coronando el Renacimiento i la Reforma, la Revolución servirá de correctivo a la propaganda retrógrada de las comuniones relijiosas i cortará el vuelo a la dejeneración del **tercer estado**, a la burguesía implacable i avara. De 1789 a 1793 se acabó de templar las armas que tarde o temprano herirán de muerte a los seculares enemigos de la libre expansión individual.

Imajinemos lo que sería hoi Europa sin la Revolución Francesa. Hubo entonces crímenes i horrores, pero ¿cuándo las naciones combatieron el mal con sólo el bien, se libertaron de la esclavitud con sólo la persuasión o entraron en pleno ejercicio de sus derechos con sólo amigables convenios? Las cuestiones sociales son problemas, planteados con la pluma en el silencio del gabinete, resueltos con pólvora

en el fragor de las barricadas. Los Enciclopedistas plantearon la ecuación, el pueblo francés encontró la incógnita. Las ideas que en el principio de su jectación se limitan a palabras o sombras, se convierten después en hechos o cuerpos; actúan, débiles primero, irresistibles luego, como viento que empieza por rizar la superficie de los mares i acaba por levantar la marejada tremenda i purificadora.

¿Cuándo la Humanidad ejecutó algo bueno sin lágrimas ni sangre? ¿Cuándo lo ejecuta la Naturaleza? Las lentas evoluciones del Universo ¿cuestan menos sacrificios que las violentas revoluciones de las sociedades? Cada época en la existencia de la Tierra se marca por una carnicería universal, todas las caras jeológicas encierran cementerios de mil i mil especies desaparecidas. Si culpamos a la Revolución francesa porque avanzó pisando escombros i cadáveres, acusemos también a la Naturaleza porque marcha eternamente sobre las lágrimas del hombre, sobre las ruinas de los mundos, sobre la tumba de todos los seres.

1889

LA MUERTE I LA VIDA

I

Pobres o ricos, ignorantes o sabios, nacidos en chozas o palacios, al fin tenemos por abrigo la mortaja, por lecho la tierra, por Sol la oscuridad, por únicos amigos los gusanos i la podre. La tumba, ¡digno desenlace del drama!

¿Hai gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir i otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que s'escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida, pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quien sabe la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, un sueño invencible; en seguida, un frío polar; i por último, algo que s'evapora en el cerebro i algo que marmoliza en el resto del organismo.

No pasa de ilusión poética o recurso teológico, el encarecer la belleza i majestad del cadáver. ¿Quién concibe a Romeo encontrando a Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores i miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ve ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de cojer una espada, labios que parecen concluir una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que según Bossuet no tiene nombre en idioma alguno, resume

para el vulgo lo más tremendo i espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imaginan, no sólo muertos, sino muriendo a pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambia por el horno crematorio, cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, i al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conservamos nuestra personalidad o somos absorbidos por el Todo, como una gota por el Océano? ¿Renacemos en la Tierra o vamos a los astros para seguir una serie planetaria i estelar de nuevas i variadas existencias? Nada sabemos: céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, i hace siglos de siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir "esto cabe en lo posible, esto no cabe", llega al colmo de la presunción o locura. Filosofía i Religión declaman i anatematizan; pero declamaciones i anatemas nada prueban. ¿Dónde los hechos?

Entonces ¿qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacía temblar a Turenne i horripilarse a Pascal? Ninguna, para no resultar engañados, o gozar con la sorpresa si hai algo. La Naturaleza que sabe crear flores para ser comidas por gusanos i planetas para ser destruídos en una explosión, puede crear Humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿A quién acojernos? A nadie. Desmenzadas todas las creencias tradicionales, subsisten dos magnas cuestiones que todavía no han obtenido una prueba científica ni refutación lójica: la inmortalidad del alma i la existencia de un "Dios distinto i personal", de "un Dios ausente del Universo" —como

decía Hegel. Hasta hoy ¿a qué se reducen Dios i el alma? A dos entidades hipótéticas, imaginadas para explicar el origen de las cosas i las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufragio de la tumba, nada nos autoriza para inferir que arribemos a playas más hospitalarias que la Tierra. Quizá no tengamos derecho de jactarnos con el estoico de "poseer en la muerte un bien que el mundo entero no puede arrebatarnos", porque no sabemos si la puerta del sepulcro conduce al salón de un festín o a la caverna de unos bandoleros. Morir es un mal, decía Safo, porque de otro modo, los dioses habrían muerto. Acaso tuvo razón Aquiles cuando entre las sombras del Erebo respondió a Ulises con estas melancólicas palabras: "No intentes consolarme de la muerte; preferiría cultivar la tierra al servicio de un hombre pobre i sin recursos, a reinar entre todas las sombras de los que ya no existen" (1).

En el miedo a la muerte ¿hai un simple ardid de la Naturaleza para encadenarnos a la vida o un presentimiento de venideros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células del organismo parece que sintieran el horror de morir i temblaran como soldados al entrar en batalla.

En la Tierra no se realizan esclarecimientos de derechos, sino concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ve apoteosis de justos, sino eliminaciones del débil; pero nosotros aplazamos el desenlace del drama terrestre para darle un fin moral: hacemos una **berquinada**. Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones, estendiendo a todo lo

(1) Odisea. Canto XI. Traducción de R. Canales.

creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes: abrimos con ella una **cuenta corriente**, pensamos tener un **debe** i un **haber**. Toda doctrina de penas i recompensas se funda en l'aplicación de la Teneduría de Libros a la Moral.

La Naturaleza no aparece injusta ni justa, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción, divinidad en interminable alumbramiento, madre toda seno i nada corazón, crea i crea para destruir i volver a crear i volver a destruir. En un soplo desbarata la obra de mil i mil años: no ahorra siglos ni vidas, porque cuenta con dos cosas inagotables, el tiempo i la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio como la desaparición de un astro, i rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente à uná hormiga.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro i revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia porque sus súbditos varíen de habitación o cambien de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del Universo, no escaparemos a leyes inviolables i eternas.

Amilana i aterra considerar a qué parajes, a qué transformaciones, puede conducirnos el torbellino de la vida. Nacer parece entrar en una danza macabra para nunca salir, caer en un vertiginoso torbellino para girar eternamente sin saber cómo ni por qué.

¿Hay algo más desolado que nuestra suerte?, ¿más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultado, morimos cuando no lo

queremos, vamos tal vez donde no desearíamos ir. Años de años peregrinamos en un desierto, i el día que fijamos tienda i abrimos una cisterna i sembramos una palma i nos apercebimos a descansar, asoma la muerte. ¿Queremos vivir?, pues la muerte. ¿Queremos morir?, pues, la vida. ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del Globo i el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña, cuando el corazón se retuerce en nuestro pecho como tigre vencido pero no domesticado, cuando el último átomo de nuestro ser experimenta el odio i la náusea de la existencia, cuando nos mordemos la lengua para detener la explosión de una estúpida blasfemia, ¿por qué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos, la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término. Mirabeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir i fatigados de pensar, nos desconsolamos con la perspectiva de una actividad eterna i envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces experimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, i anhelamos existir como esencia impalpable i ascendente, para viajar de mundo en mundo, viéndolo todo. escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nirvana, i de cuando en cuando recuperar la conciencia por un solo instante, para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿a qué amilanarse? Venga lo que viniere. El miedo, como las solfataras de Nápoles, puede asfixiar a los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no a los seres que levantan la cabeza unos palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxima, salgamos a su encuentro, i muramos de pie como el Emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes i furiosos; estendamos las manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau, "que nuestro último dolor sea nuestra última curiosidad".

Hai modos i modos de morir: unos salen de la vida como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros se van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuló sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones i lanzarse a lo Desconocido, como sin papelès ni bandera el pirata se arroja a las inmensidades del mar.

II

Nosotros nos figuramos al Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos o fantasea nuestra imaginación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿Qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas i la unidad material del Universo; i ¿quién sabe si nos encontramos en el caso del espectador iluso que toma por escenario i actores las simples figuras del telón!

Estendemos brazos de pigmeo para cojer i abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo i una inmensidad de espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación i el experimento derriban todos nuestros sistemas i todas nuestras religiones, como el mar desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño, Todas las jeneraciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras i guarda eternamente su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plantas i la membrana de los animales? ¿Qué diferencia media entre savia i sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres o algún día quedará desposeído de su actual supremacía? Cuando nacemos ¿surgimos de la nada o sólo realizamos una metempsícosis? ¿A qué venimos a la Tierra? Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos i víctimas. Vivir significa matar a otros: crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miríadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable, hace del Universo un festín de cien manjares; más no creamos en la resignación inerme de todo lo creado: el mineral i la planta esconden sus venenos, el animal posee sus garras i sus dientes. El microbio carcome i destruye el organismo del hombre: lo más humilde abate a lo más soberbio. El omnívoro comedor es comido a su vez.

¿Para qué tanta hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca la agonía de un hombre ¿cuántas lágrimas se derraman en un solo día? ¿Cuántas se han derramado desde que la Humanidad existe? Los nacidos superan a los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un recién nacido, ese frágil ente que dormita con ojos abiertos, como si no hubiera concluído de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reirse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la mujer que alumbra se realiza un duelo entre el sér estúpido i egoísta que pugna por nacer i la persona inteligente i abnegada que batalla por dar a otro la vida.

¿Pór qué hai un Sol hermoso para iluminar escenas tristes? Cuando se ve sonreír a los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma posevera una sola cabeza, para cèrcenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto de escupirla ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro, para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hay horas de solidarismo jeneroso en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos i aves, plantas i lagos, nubes i piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan los globos del Firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos que en sus leyes prescribían no matar animales, i concebimos la esquisita sensibilidad de los antiguos arianos que

en sus oraciones a Indra le imploraban que hiciera descender bendición i felicidad sobre los entes animados i las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala gigantesca, s'estiende para cobijar todo el Universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hai hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba o el duho-upas de Java. La Humanidad, como el océano, debe ser vista de lejos; como el tigre merece un bocado, no una caricia. El mérito enjendra envidias. el beneficio produce ingraticudes, el bien acarrea males. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo i cosechamos malas yerbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas, son impuras como el lodo de los caminos o ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué origina la perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno i sufrido? Toda carne desgarrada se rebela contra Cielo i Tierra.

Si el hombre sufre una crucifixión ¿s'eximen de padecer el animal, la planta i la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras casuísticas diferencias de materia inanimada i animada, de seres inorgánicos i orgánicos? ¿Quién sabe lo que pasa en las moléculas de una piedra? Tal vez una sola gota de agua encierra más tragedias i más dolores que toda la historia de la Humanidad. El gran paquidermo i el arador, el cedro del Líbano i el liquen de Islandia, el bloque de la cordillera i l'arenilla del mar, todos "son nuestros compañeros en la vida", nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían a los astros, unos animales gigantes. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba ¿no será el jemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del Firmamento? Dondequiera que nos trasportemos con la imaginación,

donde concibamos la más rudimentaria o la más compleja manifestación del sér, allí están l'amargura i la muerte. Quien dijo existencia dijo dolor; i la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo a la nada.

En este martirolojio infinito no hai ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales; no hai desconsuelo más profundo que lo intangible, lo impersonal, de las fuerzas opresoras: nos trituran inconscientes piedras de molino, nos estrangulan manos que sentimos i no podemos asir, nos despedazan monstruos de cien bocas invisibles. Mas el Universo ¿es actor, cómplice, verdugo, víctima o sólo instrumento i escenario del mal? ¡Quién lo sabe! Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del horror universal i eterno **alguien** goza i se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego i convertidos en luminarias.

Mas ¿qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno i de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refujio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión es inútil i ridícula, con la vida nos toca l'acción i la lucha. L'acción aturde, embriaga i cura el mal de vivir; la lucha centuplica las fuerzas, enorgullece i da el dominio de la Tierra. No vejetemos ocupados únicamente en abrir nuestra fosa ni nos petrifiquemos en la inacción hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la Humanidad? ¿Sabemos si está cerrado el ciclo de nuestra evolución? ¿Sabemos si nuestra especie dará orijen a una especie superior? ¿No concebimos que el **sér de mañana** supere al hombre de hoi como Platón al gorila, como Friné a la Venus hotento-

ta? Viendo de qué lugar salimos i dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos i lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos i lo que seremos mañana. Habitábamos la caverna o el bosque, i ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, i ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos impelen a rejiones de serenidad i luz. El animal batallador i antropólogo produce hoi abnegados tipos que defienden al débil, se declaran paladines de la justicia i se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatir las; el salvaje, feliz antes con dormir, comer y procrear, escribe la **Iliada**, erije el Partenón i mide el curso de los astros.

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra noche, ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos i las fieras: lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante. Sobradas horas poblamos el Firmamento con los fantasmas de nuestra imaginación i dimos cuerpo a las alucinaciones forjadas por el miedo i la esperanza; llega el tiempo de arrojar la venda de nuestros ojos i ver el Universo en toda su hermosura pero también en toda su implacable realidad.

No pedimos la existencia; pero con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Aceptámosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio esclusivo; nosotros reímos i nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán i se amarán sobre la nuestra.

1890

—o—

Impreso por la Organización Gráfica Victoria.

—Lima—Perú—



INDICE

Libertad de Escribir	135
Propaganda y Ataque	151

CUARTA PARTE

Víctor Hugo	166
Renán	176
Valera	195
Castelar	214

QUINTA PARTE

Los Fragmentos de Luzbel	220
Notas acerca del Idioma	242
La Revolución Francesa	258
La Muerte y la Vida	267



PQ8497. G6P3 1966 V2



a39001



004162304b

1-68

FONDO DE CULTURA POPULAR

LIMA - PERU